

# JIM THOMPSON

# LOS TIMADORES



*Los timadores* (1963), una de las novelas más memorables de Jim Thompson, narra la sobrecogedora historia de Roy Dillon y su madre Lilly, dos perdedores en un mundo hostil y ajeno. Madre a los catorce años y marcada por un conflictivo entorno familiar, Lilly consigue sobrevivir a sus terribles penurias mediante un carácter implacable y gélido cuya filosofía fatalista se resume en una frase: “Actúa o te joderán”. Tras un período de separación en la que Roy cumple una equívoca trayectoria de pequeño estafador en Nueva York y Los Ángeles, y Lilly fascina con su belleza e inteligencia al hampa de Baltimore, ambos se reúnen para, sin saberlo, dar cumplimiento al fatídico destino que les está reservado. Las personas de su entorno se convierten en piezas de un juego mortal y perverso. Pulsiones y sentimientos inconfesables afloran con demoníaca fuerza y, poco a poco, envenenan sus vidas y les precipitan a un estremecedor abismo de crímenes y depravación... Ambientada en un mundo desolado y corrupto que empuja ciegamente al crimen, *Los timadores*, traza una dramática metáfora sobre la vida y la muerte, el amor y la soledad. Nadie como él describía los círculos del infierno con que se entreteje la vida cotidiana.

**Lectulandia**

Jim Thompson

# **Los timadores**

ePub r1.1

minicaja 01.10.13

Título original: *The grifters*

Jim Thompson, 1963

Traducción: M<sup>a</sup> Antonia F. Alvarez-Nava

Diseño de portada: Juan Cueto y Silverio Cañada

Ilustración de portada: Jorge Arguelles

Retoque de portada: minicaja

Editor digital: minicaja

(r1.1) Corrección de erratas: IbnKhalidun

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA

Si la generación de creadores norteamericanos que hoy mantienen vivo el género criminal en su país se educó literariamente en la lectura de Hammett y Chandler, la nueva novela policíaca que surgiría en los años setenta en Europa meridional y América Latina y que ha venido ofreciendo una alternativa diferente al género, estudió en otra escuela, también norteamericana, pero diferente. Sus maestros fueron Chester Himes y Jim Thompson, los dos grandes «castigados» del género negro en Estados Unidos, los marginales por excelencia, los «nacidos para perder» de los años cincuenta.

Autores que tuvieron que exiliarse o sobrevivir penosamente editando en colecciones de mala muerte, castigados por listas negras y desprecio editorial, Himes y Thompson tuvieron que regresar al gran público norteamericano por el camino de Europa. Popularizados en Francia, España, Italia o Gran Bretaña, sus libros aparecen ahora como éxitos en las librerías norteamericanas, cuando ambos autores han muerto.

Jim Thompson nació en Oklahoma en 1906 y antes de convertirse en escritor profesional recorrió una amplísima gama de oficios: encargado de hoteles de paso, proyeccionista de un cine, constructor de oleoductos, chófer de transporte, experto en explosivos, vigilante armado y periodista, obviamente.

A partir de 1949 comienza a escribir para una editorial de tercera clase, la *Lion*, una serie de novelas policíacas que desentonan con el material habitual que está de moda en esa época. Sexo, visión crítica de las sociedades, figuras que encarnan simultáneamente el crimen y la vigilancia policial, personajes desgarrados. A pesar de que estaba obligado a un fuerte ritmo de producción por razones económicas, la calidad de sus novelas se mantuvo, aunque eran devoradas (para desaparecer en meses) por el mercado masivo y muchas de ellas, si no la mayoría, ni siquiera se encuentran en las grandes bibliotecas de Estados Unidos.

Perseguido por el macartismo, sin éxito comercial, Thompson arrastró en los últimos años de su vida una existencia marginal, pero siguió escribiendo. En los últimos años se sorprendió por el éxito alcanzado por sus viejos libros en España, Francia e Inglaterra y murió en California en 1977, sin saber que tres años más tarde la editorial californiana *Black Lizard* iniciaría con éxito el rescate de su obra en Estados Unidos.

# UNO

Cuando Roy Dillon salió tambaleándose del establecimiento su rostro era de un verde enfermizo y cada aliento que exhalaba suponía una intensa agonía. Un fuerte puñetazo en el estómago puede hacerle eso a un hombre y Dillon había recibido uno. No con el puño, que ya hubiese resultado suficientemente duro, sino con el extremo más grueso de un bate.

De algún modo, regresó a su coche y consiguió deslizarse en el asiento. Pero eso fue todo lo que pudo conseguir. Gimió cuando al cambiar de postura se comprimieron los músculos de su estómago; entonces, con un ahogado quejido sacó la cabeza por la ventanilla.

Pasaron varios autos mientras arrojaba vómitos al suelo. Sus ocupantes sonreían burlonamente, fruncían el ceño compasivamente, o desviaban la mirada con repugnancia. Pero Roy Dillon estaba demasiado enfermo para darse cuenta o preocuparse si se la hubiera dado. Cuando por fin vació su estómago se sintió mejor, aunque no tan bien como para conducir. Para entonces, un coche patrulla se había detenido tras él, el coche del sheriff, pues se encontraba a las afueras de la ciudad de Los Ángeles, y un agente con uniforme marrón lo invitaba a salir a la acera. Dillon obedeció vacilante.

—¿Una de más, señor?

—¿Qué?

—Es igual. —El policía se había percatado de la ausencia de alcohol en su respiración—. Veamos su permiso de conducir.

Dillon se lo mostró desplegando a la vez con aparente distracción un surtido de tarjetas de crédito. El recelo se desvaneció en la expresión del policía, dando paso a la preocupación.

—Parece usted muy enfermo, Sr. Dillon. ¿Alguna idea del origen?

—Mi comida, imagino. Debí tener más cuidado, pero tomé un bocadillo de pollo con ensalada... no tenía muy buen sabor pero... —Dejó que su voz se desvaneciera poco a poco, mostrando una tímida sonrisa de arrepentimiento.

—¡Mmm-mmmm! —El policía asintió enfáticamente—. Esa bazofia debió producirse. En fin —una perspicaz mirada de arriba a abajo—. ¿Ya se encuentra bien? ¿Quiere que lo llevemos a un médico?

—Oh, no. Me encuentro bien.

—En el cuartelillo tenemos a un hombre de primeros auxilios. No hay problema si lo examinamos allí.

Roy declinó la oferta, amable pero con firmeza. Cualquier contacto prolongado con la bofia quedaría registrado, y cualquier tipo de registro resultaría como mínimo

una molestia. Hasta ahora estaba limpio; los follones en los que la estafa lo había metido no lo habían conducido a la policía. Y tenía la intención de continuar así.

El agente regresó al coche patrulla y él y su socio se alejaron. Roy los despidió con la mano y volvió a meterse en su coche. Con cautela, esbozando una leve mueca de dolor encendió un cigarrillo. Convencido de que los vómitos se habían terminado hizo un esfuerzo para apoyarse sobre el cojín.

Se encontraba en un barrio a las afueras de Los Ángeles, uno de los muchos que se resisten a la incorporación a pesar de su interdependencia y ausencia de fronteras visibles. Había unos cincuenta kilómetros hasta la ciudad, cincuenta larguísimos kilómetros a aquella hora del día. Necesitaba recuperarse un poco, descansar un rato antes de sumergirse en la desbordada marea del tráfico de la tarde. Y aún más importante, necesitaba reconstruir los detalles de su reciente desastre mientras éstos aún permanecían frescos en su mente.

Cerró los ojos por un instante. Volvió a abrirlos para enfocarlos sobre las cambiantes luces del tráfico cercano. Y de repente, sin moverse del coche, sin apartarse físicamente de él, se encontraba de vuelta en el establecimiento. Bebía un trago del sifón a la vez que examinaba los alrededores con aire despreocupado.

Se diferenciaba muy poco de las miles de tiendas de Los Ángeles, establecimientos en cuyo interior se encontraba siempre un sifón, una vitrina o dos con cigarros, puros y dulces, y estanterías rebosantes de revistas, novelas baratas y tarjetas de felicitación. En el Este, a tales locales se los denomina kiosko o tienda de golosinas. Aquí generalmente se conocen como revisteros o sencillamente “sifones”.

Dillon era el único cliente en el interior; la otra persona presente, el dependiente, un grandullón jovenzuelo con aspecto de zoquete de unos diecinueve o veinte años. Mientras Dillon terminaba su bebida observaba la actitud del muchacho rascando el hielo de los bordes de las neveras, trabajando con una paradójica mezcla de diligencia e indiferencia. Sabía exactamente lo que había que hacer, su expresión lo reflejaba, y a la mierda con hacer más. Nada de lucimientos, nada para impresionar a la gente. El hijo del jefe, decidió Dillon posando su vaso y levantándose del taburete. Se paseó lentamente hacia la caja registradora, y el joven posó el bate con el que había estado trabajando. A continuación, secándose las manos en el mandil, también se aproximó a la caja.

—Diez centavos —dijo.

—Y un paquete de esos caramelos.

—Veinte centavos.

—¿Veinte centavos, eh? —Roy comenzó a rebuscar en sus bolsillos, mientras el dependiente se agitaba con impaciencia—. Bueno, sé que tengo cambio, estoy seguro. Me pregunto dónde demonios...

Con exasperación meneó la cabeza y sacó la cartera.



—Lo siento. ¿Te importa cambiarme uno de veinte?

El dependiente casi le arrancó el billete de la mano. Lo introdujo bruscamente en un compartimento de la caja y contó en alto el cambio. Dillon lo recogió con aire ausente a la vez que seguía rebuscando en sus bolsillos.

—En fin, ¿no es para ponerse enfermo? Sabes de sobra que tienes cambio y... — Se interrumpió abriendo los ojos y sonriendo complacido—. ¡Aquí están las dos monedas! Toma, devuélveme los veinte.

El muchacho tomó ambas monedas y le devolvió el billete. Dillon se volvió despreocupado hacia la puerta, deteniéndose en su salida para observar desinteresadamente una estantería de revistas.

Por décima vez en el día se había trabajado los “veinte”, uno de los tres trucos estándar del “timo corto”. Los otros dos son el “smack” y el “tat”, generalmente buenos para golpes mayores, pero no tan rápidos y tan seguros. Algunos primos pican con el de los “veinte” repetidamente, y ni se enteran.

Dillon no vio cómo el dependiente salía de detrás del mostrador. De repente estaba allí con una mueca gruñona en su rostro, balanceando el bate tal que un ariete.

—Asqueroso fullero —relinchó enfadado—. Los fulleros asquerosos no paran de palearme, y papá me la carga a mí.

El extremo más grueso del bate aterrizó en el estómago de Dillon; incluso el muchacho se sobrecogió ante su efecto.

—Bueno, no puede acusarme, señor —balbució—. Lo estaba pidiendo a gritos. Le-le di el cambio de los veinte y luego hizo que le devolviera el billete, y... y... — su autoconvicción comenzó a desmoronarse—. Bu-bueno, sa-sabe que lo hizo, se-señor.

Roy no podía pensar en otra cosa que en su agonía. Volvió sus ojos acuosos hacia el dependiente, ojos desbordados por la perplejidad teñida de dolor. Aquella mirada hizo polvo al muchacho.

—Ha-ha si-sido un error, señor ¡u-usted co-cometió un error, y yo, yo he co-cometido un... señor! —Retrocedió aterrorizado—. ¡No-no me mire así!

—Me has matado. —Dillon jadeaba—. ¡Me has matado, bastardo de mierda!

—¡Nooo! ¡P-por favor no-no diga e-eso, señor!

—Me estoy muriendo. —Dillon jadeó de nuevo, y entonces, de algún modo, había logrado salir del local.

Y ahora sentado en su coche y reexaminando el incidente, no encontraba motivo alguno para culparse, ni grietas en su técnica. Había sido mala suerte. Se había topado con un idiota, y eso es impredecible.

Estaba en lo cierto. Y también estaba en lo cierto sobre algo más, a pesar de que no lo sabía.

Mientras conducía de vuelta a Los Ángeles, pisando constantemente el freno para



volver a acelerar inmerso en el espeso tráfico, repetidamente deteniéndose y reiniciando la marcha, a cada minuto que transcurría, se estaba muriendo.

Su muerte sería evitable si tomaba las oportunas medidas. De lo contrario, no le quedaban más de tres días de vida.

## DOS

La madre de Roy Dillon pertenecía a una de esas familias de fingida decencia, natural de una zona alejada. Tenía trece años cuando se casó con un ferroviario de treinta, y no había cumplido los catorce cuando alumbró a Roy. Un mes o así después del nacimiento, su marido sufrió un accidente que la convirtió en viuda. Gracias a las circunstancias de tal suceso también la convirtió en respetable según los estándares de la comunidad. Nada menos que doscientos dólares mensuales para gastarse en ella misma; que era justo donde tenía la intención de gastárselos.

Su familia, a la que muy pronto cargó con el mochuelo de Roy, tenía otras ideas. Acogieron al muchacho durante tres años, logrando ocasionalmente sacarle unos cuantos dólares a su hija. Pero un día su padre apareció en la ciudad portando a Roy bajo un brazo y blandiendo un látigo con el otro. Y procedió a demostrar su teoría de toda la vida de que una chica nunca era demasiado mayor para recibir una zurra.

Como el carácter de Lilly Dillon ya se había moldeado hacía mucho, sufrió pocos cambios con los azotes. Pero se quedó a Roy, ya que no tenía elección en el asunto, y atemorizada por las severas amenazas de su padre de mantenerla vigilada, se alejó de su alcance.

Tras instalarse en Baltimore, encontró un lucrativo y poco agotador empleo como chica de alterne. O para ser más preciso, era poco agotador por lo que a ella se refería. Lilly Dillon no se molestaba por nadie; al menos no por unos cuantos dólares o copas. Su innata crueldad disgustaba a menudo a los clientes, pero atrajo la beneficiosa atención de sus jefes. Después de todo, el mundo estaba lleno de camareras, fulanas que se podían conseguir a cambio de una sonrisa o una ginebra. Pero una chiquilla inteligente, una muñeca que no solamente poseía apariencias y clase, sino que además era inteligente..., en fin, a esa clase de chiquitas se las puede utilizar.

Y la utilizaron, dándole encargos de creciente responsabilidad. Como azafata-jefe, como reclutadora para una cadena de salas, como espía de empleados torpes y con dedos pegajosos; como correo, alcahueta y sonsacadora; como recaudadora y distribuidora de fondos. Y así sucesivamente ascendiendo peldaños... ¿o sería más propio decir descendiénolos? El dinero llovía, pero muy pocas gotas caían sobre su hijo.

Quería despacharlo en algún internado, volviéndose atrás indignada sólo cuando le citaron los costos. Un par de miles de dólares al año, más un montón de extras, ¡y sólo por cuidar un crío!, ¡sólo por evitar que se metiera en líos! De eso nada, por esa cantidad de dinero podía comprarse un bonito abrigo de visón.

Debían creer que era una prima, pensó. Aunque era una lata, ella misma cuidaría

a Roy. Y éste mejor no se metía en líos, porque si no lo despellejaría vivo.

Por supuesto, estaba empapada de ciertos instintos inextirpables, si bien bastante erosionados y atrofiados; así que de tarde en tarde tenía sus momentos de conciencia. Además, había que hacer ciertas cosas por el bien de las apariencias: disipar cargos por abandono y el desagradable cumplimiento que ello suponía. En cualquier caso, evidentemente, Roy sabía por instinto que todo lo que hacía era por sí misma, movida por el temor o para tranquilizar su conciencia.

Por lo general, su actitud correspondía a la de una egoísta hermana mayor hacia un latoso hermano pequeño. Se peleaban a menudo. Ella se complacía en reducir su beneficio en algún trato mientras él danzaba a su alrededor con rabia e impotencia.

—¡Eres mezquina! Una vieja y sucia cerda y nada más.

—No me insultes, mocoso —y lo golpeaba—. ¡Yo te aprenderé!

—¡Aprenderme, aprenderme! ¡Eres tan tonta que no sabes que se dice enseñar!

—¡Claro que lo sé! ¡He dicho enseñar!

Roy era un estudiante excepcional y de excelente comportamiento. Aprender le resultaba sencillo y el buen comportamiento le parecía, simplemente, cuestión de sentido común. ¿Por qué arriesgarse con problemas que no conducen a nada? ¿Por qué detenerse inútilmente a la salida de la escuela cuando se puede estar por ahí repartiendo periódicos, llevando recados o haciendo de cadi? El tiempo era dinero, y el dinero era lo que hacía que el mundo girase.

Naturalmente, como era el chico más listo y de mejor comportamiento de la clase, provocaba el enojo de los demás. Pero no importaba la crueldad ni la frecuencia con que lo atacaran, Lilly sólo le ofrecía una sardónica condolencia.

—¿Sólo un brazo? —solía decirle cuando le mostraba un brazo retorcido e hinchado.

Y si le había caído un diente:

—¿Sólo un diente?

Y si aparecía con todo el cuerpo magullado como leve muestra de peores consecuencias venideras:

—Bien, ¿por qué refunfuñas? Podrán matarte, pero no comerte.

Aunque parezca mentira, encontraba un cierto confort en sus irónicos comentarios. Superficialmente eran peor que nada, meros insultos añadidos a las heridas, pero bajo ellos se ocultaba una escalofriante y cruel lógica. Una filosofía fatalista de “actúa o te joderán” que podía acomodarse a cualquier cosa excepto al olvido.

No sentía aprecio por Lilly, pero llegó a admirarla. No le había dado más que malos ratos, lo cual era la máxima extensión de su generosidad para con cualquiera. Pero se lo había montado, sabía perfectamente cómo cuidarse.

No mostró puntos débiles hasta que Roy alcanzó su adolescencia, un atractivo y

saludable joven con pelo negro como el carbón y grises ojos de profunda mirada. Entonces, para su íntimo regocijo, comenzó a observar un sutil cambio en su actitud, un endulzamiento en su voz cuando le hablaba y un hambre contenida en sus ojos cuando lo miraba. Y viéndola así, sabiendo lo que se ocultaba tras el cambio, se complacía en provocarla.

¿Algo iba mal? ¿Quería que se largara por un tiempo y la dejara en paz?

—Oh, no, Roy. De verdad, me-me gusta que estemos juntos.

—Mira, Lilly, lo dices por educación. Me apartaré de tu vida ahora mismo.

—Por favor, c-cielo... —Mordiéndose un labio con desacostumbrada ternura, un rubor de vergüenza extendiéndose por sus bellas facciones—. Por favor, quédate conmigo. Después de todo, yo soy tu madre.

Pero no lo era, ¿recuerdan? Siempre lo había hecho pasar por su hermano menor; era demasiado tarde para cambiar la historia.

—Me voy ahora mismo, Lilly. Sé que así lo deseas, es sólo que no quieres herir mis sentimientos.

Había madurado muy temprano, cosa nada extraña dadas las circunstancias. A la edad de diecisiete para dieciocho años, la primavera en que se graduó en la escuela superior, era tan maduro como un hombre a los veinte. Aquella noche le dijo a Lilly que se largaba. Para siempre.

—¿Largarte...? —Roy suponía que se lo esperaba, sin embargo no se resignaba—. P-pero... pero no puedes. Tienes que ir a la Universidad.

—Imposible. Ni un duro.

Se rió agitada, lo llamó tonto. Evitaba su mirada, se negaba a ser abandonada como debería ya saber que ocurriría.

—¡Claro que tienes dinero! Yo tengo un montón, y todo lo que tengo es tuyo. Tuyo.

—“Todo lo que tengo es tuyo” —repitió Roy entrecerrando los ojos apreciablemente—. Sería un buen título para una canción, Lilly.

—Puedes ir a una de las Universidades buenas de verdad, Roy. A Harvard o a Yale, o algún sitio así. Tus calificaciones son muy buenas y con mi dinero, nuestro dinero...

—Vamos, Lilly. Sabes que necesitas ese dinero para ti misma; siempre ha sido así.

Ella se amedrentó como si le acabara de asestar un duro golpe, su rostro se mutó en una expresión enfermiza, y su elegante traje de la talla nueve pareció colgarle de repente: una moral muy cruel para una vida que le había proporcionado de todo sin regalarle nada. Y por un instante Roy casi se apiadó; casi le daba lástima.

Pero ella lo estropeó. Comenzó a sollozar, a vociferar como una niña, lo cual resultaba una tontería, una estupidez que no pegaba con Lilly Dillon. Y para rematar

aquella ridícula y violenta representación intentó lanzar la vena sensiblera.

—N-no seas cruel conmigo, Roy. Por favor, por favor, no. Me-me estás rompiendo el corazón...

Roy se rió a carcajadas. No pudo contenerse.

—¿Sólo un corazón, Lilly? —le dijo.

## TRES

Roy Dillon vivía en un hotel llamado El Grosvenor-Carlton, un nombre que sugería un esplendor absolutamente inexistente. Hacía alarde de poseer cien habitaciones y cien baños, pero era un mero alarde. En realidad sólo tenía ochenta habitaciones y treinta y cinco baños, incluyendo los del pasillo y los dos del vestíbulo, que de baños no tenían nada.

Se trataba de una construcción de cuatro plantas con fachada de arenisca y un pequeño vestíbulo de suelo aterrazado. Los empleados eran ancianos pensionistas encantados de trabajar por un insignificante salario y una habitación gratuita. El botones negro, cuyo distintivo del oficio consistía en una ajada gorra de conductor de autobús, también hacía los papeles de conserje, ascensorista y chapucero para todo. Con tales disposiciones, el servicio dejaba bastante que desear. Pero como el enérgico y jovial propietario apuntaba, el que tuviera prisa que se largara a uno de los hoteles de Beverly Hills donde, sin duda, podría conseguir un bonito cuartito por cincuenta pavos al día en lugar de los cincuenta al mes que pedía el Grosvenor-Carlton.

En términos generales, el Grosvenor Carlton se diferenciaba poco del resto de los hoteles “familiares” y “comerciales” que se extendía a lo largo de la West Seventh, Santa Mónica y otras arterias del Oeste de Los Ángeles; establecimientos que albergaban a parejas retiradas y a trabajadores que precisaban de un domicilio en las cercanías. La mayoría de estos últimos, gente soltera, eran hombres: dependientes y empleados de cuello blanco. El propietario poseía arraigados prejuicios contra las mujeres libres.

—Póngalo de este modo, señor Dillon —dijo durante el curso de su primer encuentro—. Le alquilo a una mujer y tiene que tener un baño en la habitación. Yo mismo insisto, claro, porque de otro modo ocupa el baño todo el tiempo para lavarse su maldito pelo y su ropa, y toda la mierda que se le ocurre. Así que el mínimo por una habitación con baño es de diecisiete semanales, casi ochenta pavos al mes, sólo por dormir, sin derecho a cocina. Y dígame, ¿cuántas gallinas ganan lo suficiente para pagar ochenta al mes por un dormitorio y para comer en los restaurantes y comprar ropas y un montón de potingues pegajosos para untarse en esas caras que el Señor les ha dado y... y...?, ¿es usted un hombre temeroso de Dios, señor Dillon?

Roy asintió alentadoramente; por nada del mundo hubiera interrumpido al propietario. La gente era su negocio, conocerla. Y el único modo de hacerlo era escuchándola.

—Bien, yo también lo soy. Yo y mi última esposa, maldición, Dios la tenga en su seno, nos unimos a la iglesia a la vez. Eso fue hace treinta y siete años, allá en las Cataratas de Wichita, en Texas, donde tuve mi primer hotel. Allí fue donde aprendí de

gallinas. No ganan lo suficiente para el hospedaje, ¿ve?, y sólo tienen un modo de conseguirlo. Vendiendo su material, ya sabe. Explotando las lindas y cochinas huchas que todas ellas tienen. Al principio, lo hacen de vez en cuando, lo justo para el sustento. Pero muy pronto comienzan a abrir la hucha las veinticuatro horas del día; y por qué no, se dicen ellas. Todo lo que tienen que hacer es abrir su linda ranurita y el dinero sale a chorros. Y claro, si le dan al hotel mala reputación les importa una mierda.

”Oh, yo le contaré, señor Dillon. He alojado a lo largo y a lo ancho de esta maravillosa tierra nuestra y le diré que las furcias y la hostelería no combinan bien. Va en contra de la ley de Dios, y en contra de las leyes del hombre. Uno se cree que la policía está muy ocupada atrapando a los criminales ‘de verdad’ en vez de meter las narices por ahí en busca de furcias, pero así se espesa la salsa, como reza el dicho, y yo no me opongo. Una pizca de prevención, ése es mi lema. Si mantienes a las gallinas a distancia, mantienes a las furcias a distancia, y tienes un bonito lugar limpio y respetable como éste, sin un montón de polis merodeando por ahí. Claro, si un poli entra aquí ahora, sé que es nuevo y le digo que mejor vuelve cuando lo haya confirmado en comisaría. Y nunca vuelve, señor Dillon; le queda muy claro que no hace falta, porque este hotel no es una parada de furcias.

—Me alegra mucho oírlo, señor Simms —dijo Roy sinceramente—. Siempre he sido muy precavido con los lugares donde vivo.

—Pues claro; un hombre tiene que serlo —acordó Simms—. Ahora, veamos. Quería una suite con dos cuartos; pongamos... sala, dormitorio y baño. La cosa es que aquí no hay mucha demanda de suites; las partimos en dos, habitación con baño y sin él. Pero...

Abrió la puerta e hizo pasar a su futuro inquilino a un espacioso dormitorio cuyos altos techos rememoraban cierta solera de antes de la guerra. La puerta divisoria conducía a otra habitación, un duplicado de la primera, pero sin baño. Se trataba de la antigua sala, y Simms le aseguró a Roy que la reconvertiría ya mismo.

—Seguro, podemos sacar estos muebles y meter los de la sala en menos que canta un gallo. Mesa, sofá, sillas y todo lo que quiera dentro de lo razonable. Un mobiliario mejor del que haya visto jamás.

Dillon comentó que le gustaría echarle un vistazo, y Simms lo condujo al almacén del sótano. De ningún modo se trataba de lo mejor que había visto, por supuesto, pero era decente y cómodo; y ni esperaba ni quería algo bueno de verdad. Tenía una imagen que mantener. Un retrato de un joven que vivía bastante bien; bien, pero no mejor.

Se interesó por la renta de la suite. Simms abordó el tema dando un rodeo, apuntando a la doble necesidad de mantener una clientela de primera clase, ya que él no admitía menos, por Dios; y de sacar beneficio, lo cual resultaba terriblemente duro



para un hombre temeroso de Dios en aquellos tiempos.

—Ya ve, algunos de los tipos que entran aquí, quiero decir que “intentan” entrar aquí, son capaces de armarte una bronca por una bombilla fundida. No hay modo de complacerlos, usted me comprende. Son como los rateros, ya sabe, cuanto más sacan más quieren. Pero así se enrolla la canela supongo, y como solíamos decir allá en las Cataratas de Wichita, si no puedes sujetar los postes mejor no cavas agujeros. Esto... ¿ciento veinticinco al mes, señor Dillon?

—Me parece razonable —sonrió Roy—. Me la quedo.

—Lo siento, señor Dillon. Me gustaría recortárselo un poco. No digo que no lo recortaría para la correcta clase de inquilino. Si garantiza, digamos, quedarse un mínimo de tres meses, bueno...

—Señor Simms —dijo Roy.

—... bueno, podría hacerle un precio especial. Me volcaré por...

—Señor Simms —dijo Dillon en tono firme—. Me quedaré un año completo. La renta del primer y último mes por adelantado.

Y ciento veinticinco mensuales me parece bien.

—¿Le-le parece? —el propietario se mostraba incrédulo—. La alquilará por un año a ciento veinticinco y..., y...

—Sí. No me gusta mudarme muy a menudo. Saco beneficio de mis negocios y espero que los demás hagan lo mismo.

Simms tragó saliva; resollaba. Su panza se agitaba en sus pantalones, y todo su rostro, incluida la zona trasera de su calva cabeza, se enrojeció de placer. Él era un perspicaz y practicado estudiante de la naturaleza humana, declaró. Conocía a los patanes en cuanto los veía, y distinguía a los caballeros; desde el primer instante supo que Roy Dillon pertenecía a la última clase.

—Y usted es listo —asintió con prudencia—. Sabe que no es un buen negocio escatimar con la vivienda. ¿Qué demonios? ¿Qué tajada se puede sacar por escatimar unos cuantos pavos en un hotel, gente que vas a ver todos los días, si eso va a hacer que te cojan manía?

—Tiene usted toda la razón —afirmó Dillon alentadoramente.

Simms añadió que estaba malditamente seguro de que la tenía. Si por ejemplo había una investigación sobre un huésped del tipo patán ¿qué podías decir aparte de que vivía allí y que era tu costumbre cristiana no contar nada sobre un hombre a menos que fuera algo bueno? Pero si un “caballero” era el objeto de la investigación, en fin, entonces estabas obligado a decir que lo era. No solamente se “alojaba” en el hotel, “vivía” en él, un hombre de personalidad y caudal que alquilaba por un año y...

Dillon asentía y sonreía, permitiendo que continuara su parloteo. El Grosvenor-Carlton era el sexto hotel que visitaba desde su llegada de Chicago. Todos le habían ofrecido cuartos que eran idénticos y tan baratos, o más, que los que acababa de

alquilar. Pero había encontrado vagas e indefinibles objeciones a todos ellos. Su “aspecto” no era el correcto. Su “aire” no le agradaba. Solamente el Grosvenor y Simms poseían el aspecto y el aire adecuados.

—... una cosa más —decía Simms—. Este es su hogar, ¿sabe?, alquilar como usted hace es como si estuviera en un apartamento o un chalet. Es su castillo, como dice la ley. Y si quisiera traer algún huésped, ya sabe, alguna dama, está en su perfecto derecho.

—Gracias por decírmelo —asintió Roy con gravedad—. Por el momento no tengo a nadie en mente, pero acostumbro a hacer amistades allá a donde voy.

—Pues claro. Un hombre de tan buen aspecto como usted, tiene que tener muchas amigas, y apuesto a que también tienen clase. No como esas tacones de alfiler que hacen polvo el suelo en cuanto pisan el vestíbulo.

—Jamás —le aseguró Dillon—. Soy muy cuidadoso con las amistades que hago, señor Simms, particularmente con las damas.

Fue cuidadoso. Durante los cuatro años de estancia en el hotel sólo tuvo una visita femenina, una treintañera divorciada, y todo sobre ella, aspecto, vestimenta, y modales, era absolutamente satisfactorio incluso ante los ojos del discriminante señor Simms. La única falta que podía encontrarle era que no venía muy a menudo. Porque Moira Langtry también era discriminante. Si se la dejaba a su aire, cosa que Dillon trataba de evitar con frecuencia por cuestión de principios, no se habría acercado ni a dos kilómetros del Grosvenor. Después de todo, ella poseía un bonito apartamento propio con dormitorio, dos cuartos de baño y mini-bar. Si de verdad deseaba verla, y ella comenzaba a dudar que así fuera, ¿por qué no podía él ir allí?

—Bien, ¿por qué no puedes? —decía Moira sentándose sobre la cama con el teléfono en la mano—. Te queda a la misma distancia que a mí.

—Pero tú eres mucho más joven, querida. Una joven hembra como tú puede permitirse mimar a un viejo chocho.

—La lisonjería no va a llevarle a ningún lado, señor —estaba complacida—. Soy cinco años mayor que tú, y siento cada minuto de ellos.

Dillon sonrió. ¿Cinco años mayor? Mierda, o diez si ella lo decía.

—El hecho es que me encuentro algo mal —explicó—. No, no, nada contagioso. Resulta que he tropezado con una silla anoche a oscuras y me he dado un buen golpe en el estómago.

—Bien... supongo que puedo ir...

—Ésa es mi chica. Contendría la respiración si mi corazón no palpitara tanto.

—¿Sí? Oigámoslo.

—Pum pum —dijo él.

—Pobrecito —dijo ella—. Moira se dará toda la prisa que pueda.

Aparentemente estaba vestida para salir cuando él la llamó, porque tardó menos

de una hora. O tal vez se lo pareció. Se había levantado para quitar el cerrojo como preparación a su llegada, y regresando a la cama, se había sentido extrañamente cansado y mareado. De modo que permitió que sus ojos se cerraran, y cuando volvió a abrirlos, lo que le pareció inmediatamente después, ella entraba en la habitación. Caminando majestuosamente sobre sus zapatos de alto tacón; una curvada y maciza mujer de cabello negro y liso, y oscuros ojos ardientes de mirada firme.

Se detuvo nada más traspasar el umbral, segura de sí misma, pero suplicante. Posando como uno de esos arrogantemente incitadores maniqués. Echó la mano hacia atrás y cerró la puerta con llave, girándola con un débil chasquido.

Roy se olvidó de preguntarse sobre su edad.

Era lo suficientemente mayor, era Moira Langtry.

Era lo suficientemente joven.

Su aprobador silencio le habló, y con un golpe de cadera dejó que la estola de armiño le quedara colgando de un hombro. Entonces, con un delicado contoneo atravesó lentamente la habitación. Su pequeña barbilla adelantada; su cuerpo como proyectado hacia adelante por el generoso desequilibrio reinante en el interior de su blusa blanca.

Se detuvo apoyando ambas rodillas sobre la cama, y al mirar hacia arriba Roy sólo veía sus narices por encima de los contornos de sus pechos.

Levantando un dedo marcó sus prominencias.

—Te estás escondiendo —dijo—. Sal, sal de donde quiera que estés.

—Apestas —respondió ella en tono monótono; su blusa resplandecía con sus palabras—. Te odio.

—Las gemelas parecen muy inquietas —dijo él—. Tal vez debamos meterlas en la cama.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a ahogarte.

—¿Qué es este fuego abrasador que me mata? —dijo, y después tuvo que guardar silencio.

Tras una increíble suavidad, una eternidad de dulce aroma, se le permitió tomar aire. Y le habló susurrando.

—Hueles bien, Moira. Como una puta en un invernadero.

—Querido, ¡qué cosa más maravillosa para decir!

—Tal vez no hueles bien.

—Pues claro que sí. Acabas de decirlo.

—Puede que sea tu ropa.

—¡Soy yo! ¿Quieres que te lo demuestre?

Se lo demostró, y él no se opuso.

## CUATRO

Cuando se estableció por primera vez en Los Ángeles el interés de Roy Dillon por las mujeres se limitaba meramente a la necesidad. Tenía veintiún años, un viejo de veintiuno. Su atracción por el sexo opuesto era tan fuerte como el de cualquier hombre; incrementándose quizá por los éxitos que quedaban tras él. Pero era un iluminado, como reza el dicho. Antes de elegir Los Ángeles como base permanente de sus operaciones había buscado meticulosamente, y su capital se reducía en aquel momento a menos de mil dólares.

Por supuesto, era un montón de dinero. A diferencia de los operadores del “timo grande”, cuya elaborada puesta en escena puede exigir más de cien mil dólares, el timador del “corto” se las arregla con poco. Pero Roy Dillon, aunque se mantenía leal a este último, estaba abandonando sus esquemas habituales.

A sus veintiuno estaba hastiado del “golpe y millas”. Sabía que muchas “millas”, saltar de una ciudad a otra antes de que el calor comience a abrasar, podían absorber la mayoría de los “golpes”; incluso siendo un hombre comedido. Así que aunque trabajase duro, a menudo y en condiciones seguras, no estaba exento de terminar con el lobo mordiéndole la culera de sus raídos pantalones.

Roy había visto a tales hombres.

En cierta ocasión, durante un viaje urgente para salir de Denver, se había topado con una “peña” de ellos. Los pobres diablos estaban tan mermados de capital que se habían visto obligados a mancomunar sus esfuerzos.

Se trabajaban un timo de cartas. Al que hacía de mano le dieron el papel de “listillo”, a quien se suponía los otros iban a engañar. Cuando volvió la cabeza para discutir con dos de los compinches, sosteniendo las tres cartas abiertas en su mano, el fullero dibujó una pequeña marca en la carta superior, guiñándole extravagantemente un ojo a Roy.

—¡Cógela, colega! —Su susurro fue ridículamente alto—. Pon ese billete grande que tienes.

—¿El de cincuenta o el de cien? —contestó Roy con otro susurro.

—¡El de cien! ¡De prisa!

—¿Puedo apostar quinientos?

—Bueno, esto, ná. Mejor empiezas con cien.

La mano convenientemente estirada del que repartía comenzaba a cansarse. A los compinches se les terminaban las excusas para distraer su atención. Pero Roy persistía con su cruel broma.

—¿Es muy alta la carta marcada?

—¡Un as, mierda! ¡Las otras dos son doses! Venga...

—¿Un as gana a un dos?

—¡Que si un...! ¡Mierda, sí, claro! ¡Venga, apuesta!

El resto de los pasajeros del bar se percató, y comenzaban a sonreír burlonamente. Laboriosamente, Roy sacó su cartera y extrajo un billete de cien. El mano contó una masa grasienta de billetes de uno y de cinco. A continuación, barajó, escamoteó el as marcado por un dos marcado, y cambió uno de los doses de la pareja por otro as sin marcar. Sin marcar para un ojo desnudo.

Llegó el momento decisivo. Las tres cartas se colocaron boca abajo sobre la mesa. Roy las estudió entrecerrando los ojos.

—No veo muy bien —se quejó—. Préstame tus gafas —y con destreza se apropió de las “lectoras” del que hacía de mano.

A través de las gafas tintadas identificó el as de inmediato y apostó más dinero, ganando.

La peña salió cabizbaja del compartimento para la mofa de los otros pasajeros. En la próxima estación, una amplia y fangosa carretera, saltaron del tren. Seguramente ya no les quedaban fondos para ir más lejos.

Cuando el tren se puso en marcha, Roy los vio allí de pie en el andén desierto, hombros encorvados por el frío, miedo desnudo en sus pálidos y escuálidos rostros. Y en el plácido confort de su compartimento, tembló por ellos.

Tembló por sí mismo.

Ahí te conducía el “golpe y millas”, ahí es donde podía conducirte. Ahí o a algo peor; era el destino de los desarraigados. Hombres para los cuales echar raíces era un riesgo más que una ventaja. Y los chicos del “timo grande” no estaban más exentos que sus parientes de miras estrechas. De hecho, su destino a menudo era peor. Suicidio. Drogadicción y *delirium trémens*. Al hogar de los muertos o al de los locos. El estar en la cima y las ganancias iban siempre a la par. Una mala mano y al barranco.

Y eso no iba a ocurrirle a Roy Dillon.

Durante su primer año en Los Ángeles se dedicó a ser un fulano normal. Un vendedor independiente que visitaba a pequeños comerciantes. Cuando volvió a deslizarse en el mundo del timo continuó siendo vendedor, y aún lo seguía siendo. Poseía facilidades crediticias y una cuenta bancaria. Literalmente, tenía cientos de conocidos que podrían atestiguar sobre su excelente carácter.

Y en ocasiones tenían que hacerlo, momentos en los que el recelo amenazaba con enredarse en algún asunto policial. Pero, naturalmente, nunca acudía a los mismos dos veces; en cualquier caso, tampoco sucedía muy a menudo. La seguridad le daba autoconfianza. La seguridad y la autoconfianza habían engendrado una depurada técnica.

Y el lograr todo ello le había restado tiempo para las mujeres. Nada aparte de los

usuales contactos pasajeros de cualquier joven. Hasta el tercer año no comenzó a buscar un tipo de mujer en particular. Alguien que no solamente fuera extremadamente deseable, sino que además deseara, e incluso prefiriera aceptar, la única clase de relación que él estaba dispuesto a ofrecer.

La encontró. Ella era Moira Langtry. Sucedió en una iglesia.

Se trataba de una de aquellas lunáticas sectas que a menudo florecen en la costa oeste. El payaso de turno era un yogui o un swami, o algo por el estilo. Mientras su audiencia lo escuchaba como hipnotizada, él se extendía interminablemente sobre la Suprema Sabiduría Oriental, sin ni siquiera explicar ni una sola vez por qué la más elevada incidencia de enfermedad, muerte y analfabetismo pervivía en la fuente de dicha sabiduría.

Roy se sorprendió al encontrar a alguien como Moira Langtry presente. No era el modelo corriente. A su vez, se dio cuenta de la perplejidad de ella cuando lo vio, aunque él tenía sus razones para estar allí. Se trataba de un modo inocente de matar el tiempo. Más barato que el cine y mucho más divertido. Además, aunque le iba bien, no descartaba la posibilidad de mejorar. Y un hombre puede percibir el modo de hacerlo en tales reuniones. La audiencia era axiomáticamente mema. En su mayoría de memez acaudalada, viudas de mediana edad y solteronas, mujeres que sufren de un vago resquemor que puede ser rascado por un fajo. Así que... en fin, nunca se sabe ¿no?

Se podían mantener los ojos abiertos sin meterse en un lío.

El payaso terminó su representación. Se pasaron canastillas para la “Ofrenda de Adoración”. Moira tiró su programa en uno de ellos y salió. Sonriendo, Dillon la siguió.

Se había entretenido en el vestíbulo tomándose excesivo trabajo en enfundarse los guantes. Mientras se le aproximaba, lo miraba con cautelosa aprobación.

—¿Y qué hacía una chica como tú en un sitio como ése? —le dijo.

—Oh, ya sabes —se rió abiertamente—. Me dejé caer para tomarme un yogurt.

—Ajá. Menos mal que no te he ofrecido un Martini.

—En efecto. No admitiría menos de un escocés doble.

Partieron desde aquel punto.

Que los condujo rápidamente a su actual situación o a facsímiles por el estilo.

Últimamente, y hoy en particular, intuía que ella quería ir más lejos.

En su opinión sólo existía un modo de manejar la situación. Con mucho tacto; nadie podía reírse y estar serio a la vez.

Deslizó una mano por su cuerpo para dejarla reposar sobre su ombligo.

—¿Sabes una cosa? —le dijo—. Si te colocases una uva pasa aquí parecerías una pasta.

—¡Para! —le dijo ella apartando su mano y dejándola caer sobre la cama.

—También podrías dibujar un círculo alrededor y hacer que eres un donut.

—Comienzo a sentirme como un donut —le respondió—. Como la parte del centro.

Se incorporó y con un balanceo posó sus pies en el suelo para sacar un cigarrillo de la mesita. Cuando lo encendió él se lo arrebató y ella encendió otro.

—Roy —dijo—, mírame.

—Oh, te estoy mirando, querida. Créeme que te estoy mirando.

—¡Por favor! ¿Es-es esto todo lo que tenemos, Roy? ¿Es todo lo que vamos a tener? No me quejo, compréndelo, pero ¿no debería haber algo más?

—¿Cómo podríamos rematar una cosa como ésta? ¿Haciéndonos cosquillas en los pies?

Lo miró en silencio, sus ardientes ojos tornándose mates, contemplándolo a través de un velo invisible. Sin volver la cabeza extendió la mano y, muy lentamente, apagó el cigarrillo.

—Era gracioso —dijo él—. Se suponía que debías reírte.

—Oh, me estoy riendo, querido. Créeme que me estoy riendo.

Se agachó para recoger una media y comenzar a ponérsela. Un poco preocupado la tomó por el torso y la giró hacia sí.

—¿A dónde quieres ir a parar, Moira? ¿Matrimonio?

—Yo no he dicho eso.

—Pero eso es lo que yo he preguntado.

Frunció el ceño, vacilando; después negó con la cabeza:

—Creo que no. Soy una chica muy práctica, y no creo en dar más de lo que recibo. Podría sonar extraño para un vendedor de cajas de cerillas, o lo que quiera que seas.

Estaba dolido, pero continuó el juego.

—¿Te importaría pasarme el botiquín? Creo que acaban de hacerme un rasguño.

—No te preocupes. A Kitty ya se le han acabado las balas.

—El hecho es que las cajas de cerillas son una tapadera. En realidad dirijo un burdel.

—Estupendo. Temía que se tratara de algo vergonzoso —y a continuación, cortándolo con resolución, manteniéndolo a raya—. Pero ya ves a dónde quiero ir a parar. Apenas nos conocemos. No somos amigos; ni siquiera conocidos. Lo único que hemos hecho es acostarnos desde que nos conocemos.

—Has dicho que no te estabas quejando.

—Y así es. Para mí es necesario. Pero me parece que las cosas no deben comenzar y terminar con sólo eso. Es como intentar vivir a base de bocadillos de mostaza.

—¿Y tú quieres paté?



—Una chuleta. Algo nutritivo. Aah, mierda, Roy —meneó la cabeza con impaciencia—. No lo sé. Tal vez no esté en el menú. Tal vez esté en un restaurante equivocado.

—¡Madam es demasiado cruel! ¡Pie se ahogará en la sopa de pescado!

—A Pierre no le importa si madam vive o se muere. Ya lo ha puesto muy claro.

Comenzó a levantarse con cierta resolución en sus movimientos. La tomó y volvió a sentarla sobre la cama. Apretó su cuerpo contra el de ella. La soltó delicadamente. Acarició su cabello y besó sus labios.

—Mmm, sí —dijo—. Sí, estoy seguro. La venta es definitiva, no hay canjes.

—Ya estamos de nuevo —respondió ella—. En el espacio exterior sin ni siquiera haber puesto pie en tierra.

—Lo que quiero decir es que me costó mucho trabajo encontrarte. Una preciosa perdiz. Tal vez haya pájaros mejores en los arbustos, pero también puede que no, y...

—...y un pájaro en cama es mejor que un arbusto. O algo así. Temo que estoy aguándote el monólogo, Roy.

—¡Espera! —intentó sujetarla—. Estoy intentando decirte algo. Me gustas, pero soy muy vago. No quiero mirar más allá. Así que muéstrame la etiqueta, y si puedo, compraré.

—Eso está mejor. Se me ocurre una idea que podría ser bastante beneficiosa para ambos.

—¿Dónde comenzamos? ¿Unas cuantas veladas en la ciudad? ¿Una correría por Las Vegas?

—Mmm, no. Creo que no. Además, no podrías permitirte.

—Sorpresa —dijo en tono cortante—. Ni siquiera te haría pagar tu propio trayecto.

—Mira, Roy... —arrugó su cabello con afecto—. No es precisamente lo que tengo en mente. Demasiadas chicas, resplandor y cristalería fina. Si es que vamos a ir a algún sitio, será al otro lado de la calle. Ya sabes, calma y tranquilidad, así podremos charlar para variar.

—Bueno. La Jolla está muy bien en esta época del año.

—La Jolla está bien en cualquier época del año. Pero ¿estás seguro que puedes permitirte...?

—Continúa —la advirtió—. Una palabra más de esta música y tendrás el trasero más rojo de La Jolla. La gente creerá que se trata de otra puesta de sol.

—¡Buh! ¿Quién te tiene miedo?

—Y lárgate ahora mismo, ¿vale? ¡Regresa a tu alcantarilla! Me has desangrado y has hecho que derrochara mis ahorros, y ahora pretendes matarme con tu rollo.

Ella se rió afectivamente y se puso en pie. Tras vestirse, volvió a arrodillarse junto a su cama para un beso de despedida.

—¿Estás seguro de encontrarte bien, Roy? —apartó su cabello de la frente—. Estás muy pálido.

—¡Oh, Dios! —se quejó él—. ¿Es que esta mujer no va a marcharse nunca? ¡Me da un meneo de aúpa y después dice que estoy pálido!

Ella se marchó, sonriendo con aire de suficiencia. Complacida consigo misma.

Roy se incorporó con dificultad, sus piernas renqueaban cuando caminó hasta el baño. Se dejó caer sobre la cama por primera vez un poco preocupado por sí mismo. ¿Cuál podría ser la causa de aquella extraña y abrumadora fatiga? Moira no, seguro; estaba acostumbrado a ella. Tampoco el hecho de haber comido muy poco durante los últimos tres días. Solía tener rachas en las que perdía el apetito, y ésta había sido una de ellas. Comiera lo que comiera, lo devolvía en un líquido de color marronáceo. Resultaba extraño ya que no había probado otra cosa que helados y leche.

Frunciendo el ceño, se echó hacia adelante para examinarse. Había una débil mancha amarillenta en su estómago. Pero no le dolía, a menos que calcase fuerte. No había sentido dolor desde el día del golpe.

¿Entonces...? Se encogió de hombros y se tendió. Tan sólo era una de aquellas cosas, creía. No se sentía enfermo. Si un hombre estaba enfermo, “se sentía” enfermo.

Colocó las almohadas una encima de otra y se reclinó adoptando una posición semisentado. Mucho mejor, pero aún cansado, estaba inquieto. Con un esfuerzo, tomó sus pantalones de una silla próxima y sacó una moneda del bolsillo del reloj.

A simple vista parecía una moneda cualquiera, pero no lo era. La cruz estaba pulida, la cara no. Sosteniéndola entre los dedos índice y corazón por el canto pudo identificar ambos lados.

La lanzó al aire, la recogió y la depositó sobre la otra mano con una palmada. Se trataba de una de las versiones. Uno de los tres trucos estándar del timo corto.

—Cruz —murmuró, y salió cruz.

Volvió a lanzar la moneda y pidió cara. Y cara salió.

Comenzó a cerrar los ojos en cada petición, asegurándose de que no hacía trampas inconscientemente. La moneda subió y bajó; su mano palmeó fraudulentamente el dorso de su mano.

Cara... cruz... cara, cara...

Y se terminó el palmeo.

Sus ojos se cerraron y permanecieron cerrados.

Era poco más de mediodía cuando volvió a abrirlos. La penumbra ensombrecía la habitación y el teléfono sonaba. Miró a su alrededor violentamente, sin reconocer dónde se hallaba, sin saber dónde estaba. Perdido en un mundo extraño y aterrador. Después, debatiéndose por consciencia, tomó el auricular.

—Sí —respondió, y a continuación—: ¿qué, qué?, ¿repítalo? —porque el

empleado le estaba diciendo algo que no tenía sentido.

—Una visita, señor Dillon. Una joven dama muy atractiva. Dice... —una sonrisa diplomática—. Dice que es su madre.

## CINCO

Con diecisiete para dieciocho años Roy Dillon se había marchado de casa. No se llevó nada con él salvo las ropas que vestía, ropas que él mismo se había comprado y pagado. No se llevó más dinero del que guardaba en los bolsillos de su ropa, y eso también se lo había ganado él.

No quería nada de Lilly. Ella no le había dado nada cuando lo necesitaba, cuando era demasiado pequeño para conseguirlo por sí mismo, y a aquellas alturas no la iba a permitir entrar en el juego.

Durante sus primeros seis meses fuera de casa no mantuvo contacto alguno con ella. Después, en Navidades, le envió una postal, y otra en el día de la madre. Ambas pertenecían a la clase pegajosa y sensiblera, goteaban una ternura nauseabunda; pero la última era una verdadera vacilada. Corazones y flores y rollizos angelitos pululando por encima en un insano montaje irrisorio. El mensaje grabado iba dedicado a la querida y vieja mamá, y chorreaba lacrimosidad de besos de buenas noches y fuentes y bandejas de galletas recién hechas y leche cuando un niño llegaba a casa después de jugar.

Era como para pensar que la querida y vieja mamá (Dios bendiga sus plateados cabellos) era propietaria de una combinación de lechería-panadería que no servía a más cliente que a su querido chiquitín (montado en su flamante bicicleta).

Se rió tanto cuando se la envió que estuvo a punto de emborronar la dirección. Pero después volvió a meditar el tema. Tal vez aquella broma se volvía contra él. Tal vez al burlarse de ella revelaba una profunda y permanente herida, admitiendo que ella era más dura que él. Y esto, naturalmente, no le valía. Había tomado todo lo que a ella le sobraba y no le había hecho mella. ¡Por todos los demonios!, nunca debía permitir que ella lo creyera.

Así que después de aquello se mantuvo en contacto con ella, por Navidades, en su cumpleaños, y así sucesivamente. Pero se mostró muy correcto. Sencillamente no pensaba demasiado en ella, se dijo a sí mismo, como para abandonarse a la mofa. Se requería una mujer mucho mejor que Lilly Dillon para calar en él.

La única forma en la que mostraba sus verdaderos sentimientos era a través de los regalos que intercambiaban. Mientras evidentemente Lilly podía permitirse regalos mucho más caros, él no lo admitía. Al menos, no lo hizo hasta que el esfuerzo por mantenerse a la par, o incluso sobrepasarla, no solamente amenazaba sus objetivos a largo plazo, sino que además se revelaba como lo que en verdad era. Una nueva manifestación de sus heridas. Ella lo había herido, o eso parecía, e infantilmente él rechazaba todo esfuerzo de expiación.

Ella podía pensar eso y no iba a permitírselo. Así que le había escrito

fortuitamente que los regalos estaban hipercomercializados, y que mejor se dedicaban a intercambiarse prendas de recuerdo en adelante. Si le apetecía hacer un donativo de caridad en su nombre, perfecto. La Ciudad de Los Muchachos le parecía apropiada. Y él, por supuesto, también haría un donativo en su nombre. Por ejemplo, a alguna institución para mujeres voluntarias...

Pero, en fin, esto es adelantarse a la historia, saltarse sus principales ingredientes.

Hay dos horas de viaje desde Nueva York a Baltimore. Con diecisiete para dieciocho años, Roy se fue a la primera de las ciudades; objetivo lógico para un joven cuyas únicas posesiones son una buena apariencia y un innato y vivo deseo de ganar el dólar rápido.

Y por la necesidad de ganar, de ser pagado, aceptó de inmediato un empleo como vendedor a comisión. Un asunto de puerta a puerta. Revistas, cupones de fotografías, utensilios de cocina, aspiradoras..., cualquier cosa que pareciera prometedora. Pero todas ellas prometían mucho y daban poco.

Puede que Miles de Michigan hubiese ganado 1.300 dólares en su primer mes enseñándoles supertelas a sus amigos, y puede que O'Hara de Oklahoma ganara noventa dólares diarios por sus pedidos de taca-tacas marca Oopsy-Doodle. Pero Roy lo dudaba mucho. A cambio de quedar literalmente noqueado, lo máximo que había ingresado eran 125 dólares una semana. Pero fue su mejor semana. La media oscilaba entre 75 y 80 dólares, y se dejaba el pellejo para conseguirlo.

De todos modos, era mucho mejor que trabajar como mensajero, o aceptar algún empleo clerical que prometía “una buena oportunidad” y “posibilidades de mejorar” en lugar de un succulento salario. Las promesas eran baratas. ¿Qué pasaba si él iba a uno de esos sitios y prometía que algún día sería presidente? ¿Qué tal un anticipo?

Lo de las ventas era un rollo pero no conocía otra cosa. Se sentía molesto consigo mismo. Allí estaba él con diecinueve para veinte y ya era un fracasado manifiesto. ¿Qué era lo que iba mal entonces? ¿Qué tenía Lilly que él no tuviera?

Después, entró dando traspiés por los veinte.

Fue pura chiripa. El memo, propietario de un estanco, se lo había puesto a huevo. Preocupado, Roy continuó rebuscando una moneda tras haber recibido el cambio del billete, y el inquieto tendero, retrasado en despachar a otros clientes, perdió la paciencia de repente.

—¡Por amor de Dios, señor! —se quejó—. ¡Sólo es un centavo! Págueme la próxima vez.

Y le arrojó el billete de veinte. Roy se encontraba a una manzana de distancia cuando se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Apenas encajado el suceso lo siguió otro: un joven ambicioso no espera a que lluevan tales accidentes felices. Los crea. Sin dilación, comenzó.

Lo echaron fríamente de dos establecimientos. En otros tres, le insinuaron, más o

menos con educación, que no tenía derecho a la devolución del billete. En los tres restantes, tuvo éxito.

Se sentía eufórico por su buena suerte (Y había sido excepcionalmente afortunado). Se preguntaba si existirían trucos similares al de los veinte, métodos de ganar tanto dinero en pocas horas como un bobo ganaba en toda una semana.

Existían. Le fueron introducidos aquella misma noche en un bar a donde había ido a festejar su éxito.

Otro cliente se sentó a su lado dándole un codazo. Derramó parte de su copa, excusándose, insistió en pagarle otra. Después, todavía pagó una ronda más. Llegado a tal punto, Roy quiso a su vez invitarlo a una ronda. Pero el hombre había distraído su atención. Buscó en el suelo y acachándose, recogió un dado que posó sobre la barra.

—¿Se te ha caído esto, colega? ¿No? Bueno, mira, no me gusta beber tan rápido, pero si quieres que nos juguemos una ronda para quedar en paz...

Lanzaron. Roy ganó. Pero, por supuesto, no era suficiente. Lanzaron de nuevo, apostándose cuatro copas. En esta ocasión, ganó el tipo. Y por supuesto, tampoco era suficiente. No iba a permitirlo. Mierda, tan sólo estaban canjeando copas amistosamente y no iba a salir de allí ganando.

—Ahora lanzaremos por ocho copas; bueno..., pon por cinco pavos.

El “tat” con sus rápidas apuestas que se doblan es la muerte para un primo. Ahí reside su perverso encanto. A menos que lances con mucha fuerza, “el que saca ventaja” te despluma en un número relativamente bajo de tiradas.

Las ganancias de Roy se fueron por el desagüe en veinte minutos.

En otros diez, su dinero honesto las siguió. El otro tipo dijo que estaba molesto, y que Roy debía aceptar un par de pavos por la pérdida y que...

Pero el sabor del timo era muy intenso en el paladar de Roy, su sabor y su olor. Repuso con firmeza que aceptaría la mitad del dinero. El timador, de nombre Mintz, podía quedarse con la otra mitad a cambio de sus servicios como instructor en la estafa.

—Puedes comenzar las lecciones ahora mismo —le dijo—. Comienza con ese truco que acabas de trabajarme.

Se siguieron protestas indignadas de parte de Mintz y cierto lenguaje tosco por parte de Roy. Pero al final se trasladaron a uno de los reservados y aquella noche y algunas más desempeñaron los papeles de profesor y alumno. Mintz no se calló nada. Por el contrario, charlaba hasta el punto del agotamiento. Tenía la santa oportunidad de sacar a colación su presunción. Podía demostrar lo listo que era, cosa que su modo de vida generalmente aconsejaba no hacer, y podía hacerlo con absoluta seguridad.

A Mintz no le gustaba el de los veinte. Requería algo indefinible que él no poseía. Y nunca trabajaba sin un socio, alguien que distrajera al primo durante la

representación. En cuanto a lo del socio, tampoco le gustaba; reducía la tajada a la mitad. Te colocaba una manzana en la cabeza y le daba al otro tipo una pistola. Porque parecía que todos los timadores sufrían una irresistible atracción por vencer a sus colegas. Había escasa gloria en desplumar a un memo; ¡mierda!, los memos estaban hechos para ser desplumados. Pero desplumar a un profesional, aunque te saliera caro a largo plazo, ah, aquello era algo que le sacaba brillo a tu orgullo.

A Mintz le gustaba el “smack”. Era natural, ya sabes. Todo el mundo se lleva bien con las monedas.

Particularmente, le agradaba el “tac”, cuyas múltiples virtudes quedaban más allá de la enumeración. Si se echaba el anzuelo a un grupo de tíos se había hecho la semana.

El “tat” debía jugarse en una superficie muy restringida, sobre la barra o en una mesa. De este modo no llegabas a rodar el dado, aunque claro, daba la impresión de que lo hacías. Agitabas la mano vigorosamente, manteniendo el dado en una posición elevada, sin agitarlo en absoluto, y después lo lanzabas permitiendo que se deslizara y tambaleara, pero sin llegar a volcarse. Si los primos comenzaban a sospechar utilizabas una taza o un vaso para lanzar, ya que te encontrabas en un bar. Pero en este caso, tampoco agitabas el dado. Lo sujetabas como antes, haciendo que traqueteara vigorosamente contra el cristal y a continuación, volvías a lanzarlo como antes.

Se requería práctica, claro. Pero todas las cosas la requerían.

Si la cosa se calentaba, el camarero te sacaba del rollo a cambio de una buena propina. Decía que te llamaban por teléfono, que venía la pasma, o algo similar. Los camareros estaban crónicamente hartos de los borrachines. Tan pronto los tildaban para primos como no, si eso les reportaba un pavo, a menos que los tíos fueran sus amigos.

Mintz conocía muchos más trucos que los tres estándar. Algunos de ellos prometían beneficios que sobrepasaban los mil dólares de tope en el timo corto. Pero, indudablemente, requerían a más de un hombre, aparte de tiempo considerable y preparación; se encontraba, en resumen, en la frontera del timo grande. Y tenían una seria desventaja: si el primo daba propina, te cazaban. No habías cometido un error. No era cuestión de mala suerte. Sencillamente, ocurría.

Existían dos detalles esenciales en el timo que Mintz no explicó a su pupilo. Uno de ellos resultaba imposible de explicar; se trataba de un hábito adquirido, algo que cada hombre tenía que practicar por sí mismo y a su propio modo: mantener un alto nivel de anonimato mientras permanecía en circulación. Naturalmente, no podías disfrazarte. Se trataba más bien de “no hacer” nada. Evitar cualquier amaneramiento, cualquier expresión, cualquier acento o muletilla, cualquier gesto o postura o modo de andar; todo aquello que pudiera ser recordado.



Y ya tenemos el primero de los detalles esenciales inexplicados.

Presumiblemente, Mintz no le explicó el segundo porque no vio necesidad para ello. Se trataba de algo que Roy debía saber.

Las lecciones concluyeron.

Laboriosamente, Roy se puso a trabajar en el timo. Adquirió un elegante vestuario. Se mudó a un buen hotel. Aún mimándose extravagantemente, amasó un fajo de más de cuatro mil dólares.

Transcurrieron los meses. Un día, cuando comía en un comedor del Astoria, entró un detective buscándolo.

Habló con el propietario describiéndole a Roy. No tenía fotografías suyas pero sí un retrato robot, y éste era de un asombroso parecido.

Roy observó cómo miraban en su dirección mientras hablaban y pensó en huir desesperadamente. En largarse por la cocina y salir por la puerta trasera. Probablemente, lo único que evitó que lo hiciera fue la debilidad de sus piernas.

Entonces, se miró en el espejo que había a su espalda y suspiró aliviado.

Había subido la temperatura después de salir de su hotel, así que guardó su sombrero, abrigo y corbata en una caja consigna del metro. A continuación, sólo hacía una hora, se había cortado el pelo a estilo militar.

Su imagen había cambiado considerablemente; al menos, lo suficiente como para no ser reconocido. Pero temblaba de pies a cabeza. Se escabulló hasta la habitación de su hotel, preguntándose si volvería a tener agallas para trabajar de nuevo. Permaneció en el hotel hasta que oscureció y después se fue a buscar a Mintz.

Mintz se había ido del hotelillo en que vivía. Se había marchado hacía meses sin dejar dirección alguna. Roy comenzó la caza en su búsqueda. Por pura suerte, lo encontró en un bar a seis manzanas.

El timador se mostró horrorizado cuando Roy le contó lo sucedido.

—¿Quieres decir que has estado trabajando aquí todo este tiempo? ¿Has trabajado de fijo? ¡Dios mío! ¿Sabes dónde he estado durante los últimos seis meses? ¡En una docena de sitios! ¡Fui hasta la costa y volví!

—¿Pero por qué? Bueno, Nueva York es una ciudad muy grande, y...

Mintz lo cortó con impaciencia. Nueva York no era una ciudad muy grande, le dijo. Lo único es que había mucha gente viviendo apretujada en un área bastante reducida. Y no, no ayudabas a tu destino saliendo del congestionado Manhattan para meterte en otro barrio. No sólo no cesabas de toparse con la misma gente, gente que trabajaba en Manhattan y vivía en Astoria, Jackson Heights, etc., sino que además resultabas más sospechoso. Era más fácil que los primos te descubrieran.

—Y, chico, hasta un ciego podría descubrirte. ¡Mira ese corte de pelo! ¡Mira ese reloj de fantasía y los tres tonos chillones de tus zapatos! ¡Por qué no te pones un parche en el ojo y los piños de oro también!

Roy enrojeció. Le preguntó preocupado si ocurría lo mismo con todas las ciudades. ¿Tenías que mantenerte saltando de ciudad en ciudad, gastando tu capital para mudarte cuando comenzabas a conocer lo que te rodeaba?

—¿Qué quieres? —Mintz se encogió de hombros—. ¿Un huevo en la cerveza? Por ejemplo, en la zona de Los Ángeles, uno se puede quedar un rato, porque no es sólo una ciudad, sino un condado lleno de ellas, docenas de ellas. Y con un tráfico tan malo y ese asqueroso sistema de transportes la gente no se mezcla como lo hace en Nueva York. Pero... —lo apuntó con un dedo en gesto reprobante—, pero eso no significa que puedas andar por ahí como un loco. Eres un timador, ¿sabes?, un ladrón. No tienes ni hogar ni amigos, ni medios de manutención a la vista. Y mejor te metes esto en la cabezota de una vez por todas.

—Lo haré —prometió Roy—. Pero, Mintz...

—¿Sí?

Roy sonrió y meneó la cabeza, guardándose para sí mismo sus propios pensamientos. “Supón que tuviese un hogar, una residencia fija. Supón que tuviera cientos de amigos y conocidos. Supón que tuviera un empleo y...”

Y llamaron a la puerta, y él dijo:

—Entra, Lilly —y su madre entró.

## SEIS

No parecía haber pasado un año por ella desde que la había visto por última vez. Roy ya tenía veinticinco años, lo que significaba que ella rondaba los treinta y nueve. Pero aparentaba treinta y pocos, treinta y uno o treinta y dos. Se parecía a... a... ¡pues claro!, ¡a Moira Langtry! Ésa era la persona a quien le recordaba. No es que se pareciesen exactamente; ambas eran morenas y de la misma talla, pero no existía parecido facial. Se trataba más bien de una similitud de tipo más que personal. Pertenecían al mismo rebaño; mujeres que sabían a la perfección lo que se necesitaba para conservar y realzar su atractivo natural. Mujeres que o estaban dotadas o no escatimaban esfuerzos por conseguirlo.

Con timidez, Lilly tomó una silla, insegura de ser bien venida, explicando rápidamente que se encontraba en Los Ángeles por negocios.

—Controlo apuestas por fuera, Roy. Regreso a Baltimore en cuanto terminen las carreras.

Roy asintió conforme. La explicación era razonable. Apostar por fuera era práctica común en las apuestas profesionales a gran escala y consistía en rebajar los puntos de ventaja de un caballo metiendo dinero al resto de los caballos.

—Me alegro de verte, Lilly. Lo hubiera sentido si no te hubieras dejado caer por aquí.

—Yo también me alegro de verte, Roy. —Echó un vistazo a su alrededor, adelantándose en su asiento para fisgar el baño. Lentamente su timidez se tornó en una mueca de perplejidad—. Roy —le dijo—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué vives en un sitio como éste?

—¿Qué tiene de malo?

—¡No me tomes el pelo! No es tu estilo, eso es lo que tiene de malo. ¡Échale un vistazo! ¡Mira esos rancios cuadros de payaso! ¿Es una muestra del gusto de mi hijo? ¿A Roy Dillon le va lo rancio?

De no haberse sentido tan débil Roy se habría reído. Los cuatro cuadros eran su propia contribución a la decoración. Oculta en sus marcos se encontraba la pasta de sus timos, cincuenta y dos mil dólares en metálico.

Le respondió que había alquilado la habitación tal como estaba, lo mejor que podía permitirse. Después de todo, sólo era un vendedor a comisión y...

—Y aparte, eso —apuntó Lilly—. ¿Cuatro años en una ciudad como Los Ángeles y todo lo que tienes es un empleo de vendedor de pacotilla? ¿Esperas que me lo trague? Es una tapadera ¿no? Esta pocilga es una tapadera. Te estás trabajando algo, y no me lo niegues porque yo escribí el libro.

—Lilly... —su débil voz parecía surgir desde kilómetros de distancia—. Lilly

métete en tus malditos asuntos.

Ella no dijo nada por un instante, recobrándose del rapapolvo, recordándose a sí misma que él era más un extraño que un hijo. Después, en tono semisuplicante, le dijo:

—No tienes por qué hacerlo, Roy. Demasiada carne en el asador, más de la que yo he puesto jamás, y... ya sabes cuál suele ser el final, Roy. Yo...

Los ojos de Roy permanecían cerrados, muestra de que o se callaba o se largaba. Forzando una sonrisa, le dijo que de acuerdo, que no iba a regañarlo desde el primer momento en que se veían.

—¿Por qué estás todavía en la cama, hi-hijo? ¿Estás enfermo?

—No es nada —murmuró él—. Sólo...

Se acercó a la cama. Tímidamente, le puso una mano en la frente emitiendo una exclamación de sorpresa.

—¡Roy, estás frío como el hielo! Pero... —La luz se hizo sobre sus almohadas cuando ella encendió la lamparilla. Escuchó una nueva exclamación—. Roy, ¿qué ocurre? ¡Estás blanco como una sábana!

—Nada... —apenas podía mover sus labios—. No sudo, Lilly.

De repente, se sentía infinitamente asustado. Sabía, sin saberlo, que se estaba muriendo. Y junto al terrible miedo de la muerte, sentía una incontenible tristeza; incontenible porque a nadie le importaba, nadie la compartía. Nadie, nadie en absoluto, para aliviársela.

*“¿Sólo una muerte, Roy? Bueno, ¿por qué refunfuñas?*

*Pero no pueden comerte, ¿no? Pueden matarte, pero no pueden comerte”.*

—¡No! —exclamó con un sollozo, su voz abriéndose paso entre una abrumadora somnolencia—. ¡No te rías de mí...!

—¡No lo hago! ¡No me río de ti, cariño! Yo... ¡escúchame, Roy! —apretó su mano casi con violencia—. No parece que estés enfermo, no tienes fiebre ni... ¿Dónde te duele? ¿Te ha herido alguien?

No le dolía. No había sentido dolor desde el día del golpe...

—Me dieron... —murmuró—. Hace tres días.

—¿Tres días? ¿Cómo? ¿Dónde te dieron? Pero... ¡Espera un minuto, querido! Tú espera hasta que tu madre llame por teléfono, y después...

En lo que fue un tiempo récord para Grosvenor, consiguió línea exterior. Al hablar por teléfono su voz chasqueaba como un látigo.

—... Lilly Dillon, doctor. Trabajo para la compañía de entretenimientos Justus de Baltimore, y... ¿Qué? ¡No me vengas con pamplinas, tío! ¡No me digas que nunca has oído hablar de mí! ¡Si me haces tener que llamar a Bobo Justus...! Muy bien entonces, ¡veamos lo que tardas en llegar aquí!

Colgó el teléfono bruscamente y volvió junto a Roy.

El médico llegó sin aliento y con aspecto taciturno. Después, olvidándose de su vanidad herida, embebió a Lilly con sus ojos.

—Siento mucho haber sido tan brusco, señora Dillon. Bueno, ¡no me diga que ese robusto joven es su hijo!

—Eso no importa. —Lilly cortó sus lisonjas—. Haga algo por él, creo que está bastante mal.

—Muy bien, veamos.

Pasó por delante de ella para dirigirse a la cama donde la pálida figura de Roy yacía. Abruptamente, su afable actitud se desvaneció y su mano actuó con diligencia para comprobar el corazón de Roy, su pulso y la presión sanguínea.

—¿Cuánto tiempo lleva así, señora Dillon? —hablaba en tono seco, sin volverse hacia ella.

—No lo sé. Cuando llegué hace una hora ya estaba en cama. Parecía encontrarse bien mientras hablábamos, lo único es que era como si se debilitara y...

—¡Apuesto a que sí! ¿Historial de úlceras?

—No. Bueno, no lo sé. No lo he visto en siete años y... ¿Qué le ocurre, doctor?

—¿Sabe si ha sufrido algún tipo de accidente durante los últimos días? ¿Algo que pudiera haberle causado una herida interna?

—No... —volvió a corregirse—. Bueno, sí, sí. Intentaba contármelo. Hace tres días lo golpearon en el estómago, algún borracho de bar, supongo.

—¿Algún vómito después? ¿Color café? —El médico echó la sábana hacia atrás, asintiendo con gesto severo ante la mancha—. ¿Y bien?

—No lo sé...

—¿Cuál es su grupo sanguíneo? ¿Lo sabe, no?

—No, yo...

Volvió a cubrirlo con la sábana y se dirigió al teléfono. Mientras solicitaba una ambulancia, batiendo el récord del hotel por segunda vez en el día, contemplaba a Lilly con una especie de preocupado reproche. Colgó el teléfono.

—Ojalá hubiera sabido su grupo sanguíneo —dijo—. Si hubiera podido efectuarle una transfusión ahora mismo en vez de esperar a que averigüen su grupo...

—Está... Se pondrá bien, ¿no?

—Haremos todo lo posible; el oxígeno lo ayudará un poco.

—¿Pero se pondrá bien?

—Su presión sanguínea está por debajo de cien, señora Dillon. Ha sufrido una hemorragia interna.

—¡Basta! —le apetecía gritarle—. ¡Le he hecho una pregunta! ¡Le he preguntado si...!

—Lo siento —dijo él en tono pausado—. La respuesta es no. No creo que viva si no lo llevamos al hospital.

Lilly sintió un mareo. Trató de sobreponerse, poniéndose más derecha, haciendo que su voz sonara firme. Le habló al médico en tono tranquilo.

—Mi hijo se pondrá bien —dijo—, de lo contrario, haré que le maten.

## SIETE

Carol Roberg llegó al hospital a las cinco de la tarde, una hora antes del comienzo de su turno. El mero pensamiento de llegar tarde la aterrorizaba y además, viniendo tan temprano podía comer a un precio de ganga en la cafetería de los empleados antes de trabajar. Eso era importante para Carol; una buena comida a bajo precio. Incluso cuando no tenía hambre, lo cual ocurría rara vez, incluso en América, donde nadie parecía jamás tener hambre, siempre se sentía preocupada pensando en cuándo volvería a comer.

Su uniforme de enfermera estaba tan almidonado que producía suaves crujidos cuando descendía a toda prisa por el pasillo de mármol. De corte muy largo, al estilo europeo, la asemejaba a una niña vestida con las ropas de su madre; y la falda y los puños se acampanaban en los bordes, pareciendo establecer la pauta de sus ojos, su boca, sus cejas y las puntas de su cabello cortado *a lo garçon*. Todas sus facciones poseían un aspecto gracioso y respingón, como inexpugnable ante cualquier atisbo de solemnidad interior. En efecto, cuanto más seria se ponía, cuanto más determinadamente severa, mayor era el efecto de risa contenida: una niña jugando a ser mujer.

Entró en la cafetería y se fue directamente hacia la larga barra de servicio; ruborizándose cohibida, tratando de evitar mirar a cualquiera que pudiera estar mirándola. En varias ocasiones, allí y en otros sitios, se había visto obligada a compartir la mesa. La experiencia había resultado terriblemente dolorosa. Los hombres, internos y técnicos, gastaban bromas que quedaban más allá de su limitado conocimiento del idioma, de modo que nunca sabía muy bien cuál debía ser su respuesta. En cuanto al resto de las enfermeras, eran muy agradables; intentaban ser amables. Pero existía un gran abismo entre ellas que sólo el tiempo podría cubrir. Ella no hablaba, ni pensaba, ni actuaba como ellas, y ellas parecían tomar sus modales como crítica a los suyos.

Carol tomó una bandeja y cubiertos del mostrador de servicio y estudió la humeante extensión de comida. Cuidadosamente, sopesando cada artículo, eligió.

Las patatas con salsa costaban ocho centavos, así que los dos pedidos serían quince, ¿no? Un centavo menos.

—¿Los dos pedidos? —repetía la gorda del mostrador riéndose—. Ah, quieres decir un doble.

—Un doble, sí. ¿Son quince?

La mujer vaciló, mirando a su entorno con aire conspirador.

—Te diré qué, cielo. Cobraremos lo mismo que por un sencillo, ¿mmm? Me pasaré un poquitín con la cuchara.



—¿Puede hacer eso? —Los rasgados ojos de Carol se redondearon con temor reverencial—. ¿No le causará problemas?

—¿A mí? ¡Já! El garito es mío, cielo.

Carol supuso que entonces no había problemas. No sería robar. Con la conciencia aliviada también aceptó un par de salchichas extra de su pedido de puré de patatas, salchichas y chucrut.

Dudó ante la sección de postres. Estaba a punto de decidirse por un trozo de tarta en vista de sus otros ahorros cuando escuchó voces en su misma dirección: la mujer gorda hablaba con otra dependienta.

“... *La chiquilla judía es capaz de zampar un montón, ¿eh?*”.

“*Como le sale de gorra. Así salen adelante estos agarrados*”.

Por un instante, Carol se quedó helada. A continuación, muy rígida, se movió, pagando y transportando la bandeja hasta una mesa en una esquina distante. Comenzó a comer, metódicamente, haciendo un esfuerzo por tragar la comida repentinamente insípida, hasta que de nuevo volvió a ser apetitosa y deseable.

Uno tenía que hacer así las cosas, lo mejor que podía, y aceptarlas como eran. Por lo general, no parecían tan malas después de un rato; si de verdad no eran buenas llegaban a serlo en virtud de las muchas que aún eran peor. Casi todo era relativamente bueno. Comer resultaba mejor que pasar hambre; vivir mejor que morir.

Hasta la amabilidad simulada era mejor que nada en absoluto.

La gente debía preocuparse, al menos un poco, por pretender. Sus propios parientes y amigos, emigrantes como ella, no siempre lo habían hecho.

Había venido a los Estados Unidos bajo los auspicios de unos parientes, una tía y un tío que habían escapado de Austria antes de la invasión. Ahora eran gente acaudalada que la había aceptado en su casa, otorgándole el status de hija a prueba. Aunque con ciertas y rígidas condiciones: que se convirtiera en una de ellos; que viviera como ellos vivían sin importar cómo había vivido anteriormente. Y Carol no podía hacer eso.

El ritual de la cena, los numerosísimos juegos de platos, cada uno para ser utilizado con una clase de comida, resultaban casi ofensivos para ella. Demasiado despilfarro en un mundo lleno de necesidades. Y a la inversa, le parecía absurdo ayunar en medio de la abundancia.

Sentía repugnancia hacia el barbudo “Shiddem” de boca rosácea y todo su conocimiento judaico. A ella le parecía un parásito al que debían obligar a trabajar como el resto. Estaba sorprendida de hallar tal estupidez enmascarada en forma de orgullo; o lo que ella consideraba estupidez: la impenetrabilidad ante una nueva lengua y un nuevo y seguramente mejor modo de vida. Con todo ello se sentía asustada ante su evidente discrepancia, intuyendo en la misma simientes de tragedia.

Porque eran buenos con ella, o trataban de serlo, intentaba comportarse como ellos. Incluso deseaba creer que estaban en lo cierto y ella equivocada. Pero el intento y el deseo no resultaba suficiente para ellos. La acusaban de abandonar su fe, fe que no recordaba conocer. A su modo, su tiranía parecía tan mala como la que había dejado. Finalmente, se alejó.

La vida fuera de aquel refugio no era fácil. La alternativa parecía residir en un mundo con tantos prejuicios como el que había abandonado. Pero no siempre era igual. Existía gente completamente indiferente ante lo que ella había sido; esto es, eran indiferentes en un sentido crítico. Ellos, la escasa minoría, la señora Dillon era su mejor ejemplo, la aceptaban por lo que ahora era. Y...

Vio a la señora Dillon aproximarse, avanzando entre las mesas con su natural arrogancia. A toda prisa, Carol posó su taza de té y se levantó.

—Por favor, siéntese, señora Dillon. ¿Le pido un té? ¿Un café? ¿Algo de comer?

—Nada. —Lilly sonrió, indicándole con la mano que volviera a sentarse—. Esta tarde no voy a quedarme en el hospital y quería hablar contigo antes de irme.

—¿Algo va mal? ¿He-he hecho...?

—No, lo estás haciendo bien. Todo va bien, —la tranquilizó Lilly—. Pídete otro té si te apetece. No hay prisa.

—Mejor no —negó Carol con la cabeza—. Son casi las seis y la otra enfermera...

—También pago a la otra enfermera —dijo Lilly en tono resuelto—. Trabaja para mí, no para el hospital. Si no le apetece trabajar algo más por dinero extra, ya puede largarse.

Carol asintió y murmuró sumisamente. No había visto antes aquel aspecto de la señora Dillon. La sonrisa de Lilly retornó.

—Y ahora, relájate y tómatelo con calma, Carol. Me gusta cómo trabajas. Me gustas, y espero que yo también te guste a ti, mi hijo y yo.

—¡Oh, pues claro que me gustan! ¡Han sido muy buenos conmigo!

—¿Cómo es que no tienes un trabajo fijo? ¿Por qué sólo trabajos extras?

—Bueno... —Carol dudó un poco la respuesta—. El hospital, casi todos los hospitales, licencian a sus propias enfermeras y yo no poseo esa licenciatura. Después, los trabajos fijos en consultas requieren una experiencia que yo no tengo, piden contabilidad y taquigrafía y...

—Lo comprendo. ¿Cómo te va en este tipo de trabajo? ¿Bien?

—Bueno, no siempre gano tanto —afirmó Carol con solemnidad—. Depende de la cantidad de trabajo que consiga; no siempre mucho. Y, por supuesto, también están las tarifas del colegio de enfermeras. Pero..., en fin, de todos modos es bastante. Cuando sepa más y cuando mejor comprenda inglés...

—Ya, claro. ¿Cuántos años tienes, Carol?

—Veintisiete.

—Oh. —Lilly estaba sorprendida—. No pensaba que fueras tan mayor.

—A veces me siento mucho más. Como si hubiera vivido siempre. Pero sí, tengo veintisiete.

—Bueno, no importa. ¿Algún novio? ¿Sales con alguien? ¿No? —Lilly pensó que aquello también era extraño—. Pero una chica como tú debe haber tenido montones de oportunidades.

Carol negó con la cabeza, sus respingonas facciones graciosamente solemnes. Vivía en una habitación amueblada y no podía recibir a jóvenes. Además, como tenía que trabajar siempre que se le presentaba la ocasión, y como su horario era muy irregular, no era posible hacer planes por adelantado, ni tampoco concertar citas a las que luego no pudiera acudir.

—Además —concluyó, ruborizándose—, además los jóvenes intentan hacer ciertas cosas. Ellos... siempre..., oh, me da mucha vergüenza.

Lilly asintió afablemente, sintiendo una extraña ternura por la muchacha. Ahí estaba algo, alguien absolutamente real, y la realidad era para los buenos. Tal vez, bajo diferentes circunstancias, ella misma podía haberse convertido en una chica saludable y honesta, y real, como Carol. Pero..., mentalmente meneó la cabeza; a la mierda con esa música.

Ella era lo que era, y por eso Roy se había convertido en lo que hoy era. Y ya no se podía hacer nada, suponiendo que quisiera hacer algo, pero quizás no era demasiado tarde para...

—Seguramente te preguntarás por qué soy tan meticona. Quiero decir, curiosa —dijo Lilly—. Bueno, el caso es que no quiero gafar a mi hijo diciendo que se va a poner bien, pero...

—Oh, estoy segura de que así será, señora Dillon. Yo...

—No lo digas —la interrumpió Lilly bruscamente golpeando la mesa de madera con un puño—. Podría traerle mala suerte. Vamos a decir sólo que cuando deje el hospital, si es posible, me gustaría que continuaras cuidándolo; en mi apartamento. ¿Te gustaría?

Carol asintió con entusiasmo, sus ojos brillaban. Ya había trabajado más de dos semanas con la señora Dillon, mucho más de lo que había trabajado antes. Qué maravilloso sería continuar trabajando para ella y su agradable hijo, indefinidamente.

—Bueno, entonces arreglado —dijo Lilly—. Ahora, tengo que darme prisa, pero... ¿Sí?

—Me preguntaba... —Carol vacilaba—. Me preguntaba si-si el señor Dillon me querrá. Siempre es muy amable, pero... —Vaciló de nuevo, sin saber cómo decir lo que pretendía sin resultar maleducada. Lilly lo dijo por ella.

—Lo que intentas decir es que Roy está resentido conmigo. Está en contra de todo lo que hago, sencillamente porque lo hago yo.

—Oh, no. No quería decir eso. Bueno, no exactamente. Sólo intentaba...

—Bueno, se le parece bastante. —Lilly sonrió, intentando que su voz sonara alegre—. Pero no te preocupes, querida. Trabajas para mí, no para él. Todo lo que hago es por su propio bien, así que no importa si al principio está un poco resentido.

Carol asintió bastante dubitativamente. Lilly se levantó y comenzó a enfundarse los guantes.

—Por ahora, será mejor que quede entre nosotras —dijo—. Puede que Roy llegue a sugerirlo él mismo.

—Lo que usted diga —murmuró Carol.

Caminaron juntas hasta la puerta de la cafetería. Allí, Lilly se encaminó hacia el vestíbulo de entrada, y Carol se fue a toda prisa hacia la habitación de su paciente.

La otra enfermera se marchó en cuanto terminaron de comprobar el cuadro clínico. Roy le sonrió a Carol de un modo vago y le dijo que tenía mal aspecto.

—Debería meterse en la cama, señorita Roberg —dijo—. Le cedo parte de la mía.

—¡Oh, no! —Carol se ruborizó violentamente—. ¡No lo hará!

—Pero debería hacerlo. He visto antes a chicas con ese aspecto. La cama es el único remedio.

Carol soltó unas risitas contra su voluntad, sintiéndose perversa. Roy le dijo en tono severo que no debía reírse de tales cosas.

—Mejor se comporta, o no le daré un beso de buenas noches, ¡lo sentirá!

—¡Claro que no! —Carol se ruborizó, soltó otra risita y se agitó nerviosa—. Ahora, déjelo ya.

Tras unos instantes, Roy puso fin a sus burlas. Ella se sentía extremadamente violenta, supuso él, y personalmente, tampoco él estaba de humor.

En el lado izquierdo de la cama había un tarro con sangre color jarabe suspendido de una percha metálica. De su boca invertida salía un tubo que se extendía hasta una aguja con aspecto de pluma en su brazo. En la parte derecha de la cama, un mecanismo similar goteaba agua salina a la arteria de su otro brazo. La sangre y el agua lo habían alimentado desde su llegada al hospital. Tendido constantemente boca arriba con los brazos estirados sentía dolores de modo incesante, sólo aliviados cuando se le dormían brazos y cuerpo. A veces, se sorprendía a sí mismo preguntándose si merecía la pena vivir a tan alto precio. Pero eran dudas de buen humor, estrictamente irónicas.

Había contemplado la muerte un buen rato, y no le había gustado su aspecto en absoluto.

Se sentía muy, muy contento de encontrarse vivo.

Sin embargo, ahora que ya se encontraba fuera de peligro, se lamentaba de una cosa: que fuera Lilly quien salvara su vida. A la única persona a quien no deseaba deberle nada, se lo debía todo, una deuda que nunca podría saldar.

Podía impacientarse y debatir el asunto en su mente. Podía citar su propia e increíblemente fuerte constitución, su irresistible deseo por vivir, como las verdaderas fuentes de su supervivencia. Los mismos médicos lo habían dicho, ¿no? Comentaron que era científicamente imposible que un hombre viviera cuando su presión sanguínea y hemoglobina descendían a un cierto nivel. Sin embargo, a él le habían descendido por debajo de ese nivel “cuando” llegó al hospital. Sin ayuda, se había aferrado a su propia vida “antes” de que se hiciera algo por él. Así que...

Así que nada. Necesitaba ayuda urgente, y Lilly la había conseguido. Moira no había percibido tal necesidad, ni él mismo; nadie más que Lilly. Y entonces, ¿de dónde había sacado la resistencia física y mental para aguantar hasta recibir ayuda médica? ¿De extraños? No.

Lo mirase como lo mirase, le debía la vida a Lilly. Y ella, inconsciente o deliberadamente, se estaba asegurando de que no lo olvidara.

Con un estilo dulcemente felino, se había mostrado tan gélida con Moira Langtry, que ésta tras un par de visitas había dejado de acudir al hospital. Llamaba todos los días para que supiera lo preocupada que estaba por él, pero no regresó. Y Lilly casi siempre se las arreglaba para estar a mano a la hora de sus llamadas, restringiendo prácticamente el final de su conversación a monosílabos.

Indudablemente, Lilly intentaba acabar con su romance con Moira. Tampoco terminaban ahí sus intenciones. Le había elegido una enfermera de día que era un verdadero galápago; muy competente, pero simple como una valla de barro. Y para el contraste, una muñequita para el turno de noche, una cría que lo hubiera atraído aunque Lilly no le hubiera dejado pista libre, sin competición.

Oh, sabía muy bien lo que estaba sucediendo. Allá donde miraba, veía la sombra de la sutil mano de Lilly. ¿Y qué podía hacer al respecto? ¿Decirle que se largara y lo dejara en paz? ¿Podía decirle: vale, me has salvado la vida, te da eso algún derecho sobre mí?

Entró un médico, no el que le había visitado en el hotel, pues Lilly lo había despachado al instante, sino un joven de aspecto alegre. Tras él entró un ordenanza con un carrito de base metálica. Roy contempló los utensilios que portaba y se quejó.

—¡Oh, no! ¡Otra vez eso, no!

—¿Quieres decir que no te gusta? —se rió el médico—. Nos está tomando el pelo, ¿eh, enfermera? Le encantan los lavados de estómago.

—Por favor. —Carol frunció el ceño en gesto reprobante—. No tiene gracia.

—Aah, es muy difícil hacerle daño a este tipo. Manos a la obra y acabaremos ya de una vez.

El ordenanza lo sujetaba de un lado, con una mano sobre la aguja intravenosa. Carol se encargaba de la aguja del otro brazo, con la otra mano dispuesta sobre un cubo con hielo. El médico tomó un tubo estrecho de goma y se lo introdujo por la

nariz.

—Y ahora, quietecito, chaval. Estate quieto o desprenderás las agujas.

Roy intentaba estarse quieto, pero no podía. Mientras el tubo ascendía por su nariz para descender por su garganta, se debatía convulsivamente. Sufriendo arcadas, luchando por respirar, intentó soltarse. El médico lo maldijo alegremente, y Carol presionaba pequeños cubitos de hielo entre sus labios.

—Por favor, trague, señor Dillon. Trague el hielo y el tubo bajará solo.

Roy tragaba. Por fin el tubo descendió por la garganta hasta el estómago. El médico realizó algunos ajustes, moviéndolo ligeramente hacia arriba y hacia abajo.

—¿Cómo va eso? No toca fondo, ¿no?

Roy dijo que creía que no. Parecía estar bien colocado.

—Muy bien —el médico comprobó el contenedor de vidrio al que iba unida la bomba—. Regresaré en treinta minutos, enfermera. Si le causa problemas dele un puñetazo en el estómago.

Carol asintió extrañada. Continuó mirándolo con el ceño fruncido mientras él salía a grandes zancadas de la habitación. Después se acercó a la cama y enjugó el sudor del rostro de Roy.

—Lo siento. Espero que no le moleste demasiado.

—Está bien —se sentía un poco avergonzado por el jaleo que había armado—. Ya sabe, noto que está ahí dentro.

—Lo sé. Lo peor es para que baje, luego, ya no resulta tan malo. No se traga bien y cuesta mucho trabajo respirar; es difícil acostumbrarse a él. Siempre eres consciente de que tienes un cuerpo extraño.

—Parece como si a usted también le hubieran lavado el estómago alguna vez.

—Me lo han lavado, muchas veces.

—¿Hemorragia interna?

—No. Al cabo de un tiempo comencé a sangrar, pero al principio no sangraba.

—¿Y eso? —frunció el ceño—. No la comprendo. ¿Por qué le lavaron el estómago si...?

—No lo sé —de repente sonrió y meneó la cabeza—. Fue hace mucho tiempo. En fin, de todos modos no resulta agradable hablar de ello.

—Pero...

—Y creo que mejor no habla tanto. Estese tranquilo, no haga nada que disturbe sus líquidos gástricos.

—No sé cómo puede quedarme algún líquido.

—Bueno, es igual —repuso con firmeza. Él abandonó el tema.

Era fácil abandonarlo. Fácil en su insistente necesidad por vivir olvidar cualquier motivo de distracción. Los años de práctica lo habían vuelto tan fácil que casi se producía automáticamente.

Se quedó allí tendido en silencio, observando cómo Carol se movía por la habitación, interpretando su frescura juvenil como un refrescante alivio de Moira. Una chiquilla muy buena, pensó, casi tan buena como suelen venir al mundo. Sin duda, así debía permanecer. Por otra parte, resultaría un tanto extraño que una chica tan atractiva como ella hubiese permanecido estrictamente en el “lado bueno”. ¿No estaban las probabilidades en contra? Y si ella no conocía el tanteo...

Bien, se trataba de algo para meditar. Evidentemente, resultaría un modo muy agradable de poner a Lilly en su lugar.

El médico regresó. Comprobó el contenedor de vidrio y se rió feliz.

—Nada, excepto bilis. Eso es de lo que está lleno, enfermera, por si no lo sabía.

Le quitó el tubo del estómago. A continuación, maravilla de maravillas, ordenó que también se le extrajesen las agujas intravenosas.

—¿Por qué no?, ¿por qué vamos a seguir dándole de mamar a un farsante como tú?

—Oh, vete al infierno. —Roy le sonrió, doblando sus brazos aliviado—. Deja que me estire.

—Chachi, ¿hmmm? ¿Qué te parece algo de comer?

—¿Te refieres a esa tiza líquida que llamas leche? Tráemela, hermano.

—Pues no. Esta noche comerás un bistec, puré de patatas y todo el rollo. Incluso puedes fumarte un par de cigarrillos.

—Bromeas.

El médico negó con la cabeza y adoptó un aire serio.

—No has sangrado nada en los últimos tres días. Es hora de que tu estómago reasuma la peristalsis, comience a ponerse robusto, y eso no es posible sólo con líquidos.

Roy se sentía un poco intranquilo. Después de todo, se trataba de “su” estómago. El médico le aseguró que no tenía por qué preocuparse.

—Si tu estómago no lo admite, lo abrimos y te cortamos un trozo. No hay problema.

Salió silbando de la habitación.

Una vez más, Carol lo miró con el ceño fruncido.

—¡Ese hombre! ¡Oh, cómo me gustaría darle un buen meneo!

—¿Cree que no pasará nada? —preguntó Roy—. Quiero decir, si tomo algo sólido. No es que tenga mucha hambre y...

—¡Pues claro que no pasará nada! Si no, no le permitirían comer.

Tomó una de sus manos entre las suyas, lo contempló tan maternalmente que a Roy le apetecía sonreír. Contuvo el impulso asiéndose a su mano mientras la hacía sentarse en una silla a su lado.

—Eres una buena chica —le dijo con suavidad—. No he conocido a nadie como

tú.

—G-gracias... —bajó la mirada y su voz se tornó en un susurro—. Yo tampoco había conocido a nadie como tú.

La contempló en la penumbra creciente de la habitación, examinando su carita honesta y sus tiernas facciones respingonas; pensando en lo mucho que le recordaba a una niña inocente. Se puso de lado y se arrimó al borde de la cama.

—Voy a echarte de menos, Carol. ¿Volveré a verte cuando me vaya?

—N-no sé —respiraba profundamente, todavía no atreviéndose a mirarlo—. M-me gustaría, p-pero debo trabajar siempre que pueda, c-cuando me llamen, y...

—¿Carol?

—¿S-sí?

—Ven aquí.

La impulsó hacia adelante tirándole de la mano, con su brazo libre le rodeó los hombros. Por fin levantó la vista, ojos asustados, echándose hacia atrás con desesperación. Y entonces, de repente, se echó en sus brazos, su cara presionada contra la de Roy.

—¿Te gusto, Carol?

—¡Oh, sí! —asintió con gesto convulsivo—. ¡Mucho, mucho! P-pero...

—Escucha —dijo él. Y entonces, cuando ella escuchaba, esperaba, permaneció en silencio. Pisó el freno. Se dijo a sí mismo que no iría más lejos.

Pero ¿era cierto? Durante algún tiempo necesitaría cuidados, ¿o no? Lilly había insinuado algo parecido. Había sugerido que se quedara en su apartamento una semana o así. Él se había opuesto, claro, primeramente porque era su sugerencia, y segundo, porque le parecía absurdo. Si ella se encontraba trabajando en las carreras, él se quedaría solo. Pero...

Carol temblaba en sus brazos delicadamente. Se dispuso a apartarla de sí, pero contra su voluntad, sus brazos la abrazaron con fuerza.

—Estaba pensando que aún voy a sentirme un poco flojo cuando salga del hospital y que...

—¿Sí? —Carol levantó su cabeza sonriéndole con excitación—. Te gustaría que yo te atendiera algún tiempo, ¿sí?, ¿es eso?

—¿Te gustaría hacerlo?

—¡Sí! ¡Oh, Dios, sí!

—Bien —dijo él en tono serio—. Lo pensaremos. Veremos qué tiene que decir mi madre. Yo vivo en un hotel, igual me quedo algunos días en su piso, y...

—¡Y saldrá bien! —Sus ojos danzaban—. Lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que es lo que tu madre quiere! No iba... no íbamos a decírtelo aún. No estaba segura de cómo te lo tomarías, y, y...



Su voz se extinguió bajo la severa mirada de Roy. La ansiedad se asomó a las sonrientes comisuras de su boca.

—Por favor. ¿Algo va mal?

—No, nada —repuso él—. No, señor; todo marcha bien.

# OCHO

La cuarta carrera se terminó. Las multitudes de las pistas volvieron a surgir de la zona que pasaba bajo la tribuna y se dirigieron a la plazuela rodeada de arcadas, con bares, restaurantes, y ventanillas de apuestas. Algunos de ellos se apresuraban, sonreían ampliamente o lucían presuntuosas y herméticas muecas. Se encaminaban a las ventanillas de pago. Otros, la mayoría, avanzaba más lentamente, escudriñaba los programas, boletos y formularios; rostros indiferentes, desesperados, enfadados o taciturnos. Eran los perdedores. Algunos de ellos proseguían su camino por las salidas que conducían al aparcamiento, y otros se detenían en los bares, pero la mayoría se encaminaba a las ventanillas de apuestas.

Aún era temprano. Aún quedaban muchos bolsillos llenos. La tropa no rompería filas hasta el final de la sexta carrera.

Lilly cobró tres apuestas en idéntico número de ventanillas. Poniendo el dinero a un lado de su bolso, ya que tendría que dar cuentas de él, se apresuró hacia las ventanillas de apuestas. El dinero para apostar, la pasta para jugar por fuera que llegaba diariamente por giro telegráfico, ya estaba separada en fajos de veinte, cincuenta y cien. Disponía de los veinte todo lo que el limitado tiempo le permitía, generalmente quinientos a la vez. Con los de cincuenta era más precavida; disponía de los de cien con notoria tacañería.

Posiblemente o, mejor, probablemente, la mayoría de su preocupación era una pérdida de tiempo. Los agentes del tesoro no se interesaban por las apuestas; normalmente estaban ojo avizor a las ganancias, al cobro de puñados de cincuenta y cien dólares. Y Lilly no se encontraba allí para ganar, y raras veces lo hacía. Sus actividades eran más bien preventivas, por lo general despreocupadas por favoritos o semifavoritos. Los puntos de ventaja sobre tales caballos ya estaban bien cubiertos. Se dedicaba principalmente a “probables”, que no solían finalizar en dinero. Cuando lo hacían, sólo recaudaba el dinero si parecía absolutamente seguro. Si no, dejaba que las ganancias se fueran guardando los boletos para una posterior comprobación.

Hasta cierto punto era un agente libre. Poseía ciertas instrucciones generales pero se le permitía, y se esperaba, que utilizase su propio juicio. Lo cual no facilitaba más las cosas, por supuesto. Todo lo contrario. Era un trabajo duro y le pagaban muy bien por él. Y existían modos de incrementar ese sueldo.

Modos que Bobo Justus habría desaprobado; pero eran muy difíciles de detectar.

Caminó pausadamente hasta uno de los bares, sus ojos atentos tras las gafas oscuras. En varias ocasiones se detuvo y rápidamente recogió un boleto desechado añadiéndolo a los que ya guardaba en el bolso. Los boletos perdedores se tiraban, y mientras no estuvieran sospechosamente arrugados o rotos, podía contarlos como

dinero gastado.

Al menos un buen número de ellos. Uno no podía abusar. Sólo se pasó una vez en aquel mitin y fue un error. O mejor dicho, lo hizo para encubrir un error.

Había ocurrido hacía tres semanas, justo después del ingreso de Roy en el hospital. Tal vez aquella era la causa, tenía la cabeza en él en vez de en su trabajo. Pero en fin, un caballo había colado con cien a dos, y sin un pavo apostado sobre él.

Aquella noche se había sentido demasiado asustada y preocupada como para dormir. Y su preocupación se incrementó cuando al día siguiente los periódicos insinuaban las fuertes apuestas por fuera sobre el jamelgo. A modo de cara pero necesaria precaución, había enviado cinco mil dólares de su propio dinero a Baltimore; supuestas ganancias por el caballo. Aparentemente, aquello le había quitado la sogá del cuello pues no había oído ni palabra por parte de Bobo. Pero transcurrieron muchos días antes de que pudiera descansar tranquila.

Durante algún tiempo incluso se llevaba la pistola consigo cuando iba al baño.

De pie en la barra, bebía su ron con Coca-Cola observando la caótica masa humana con algo bastante semejante a asco. ¿De dónde salían? Pensaba hastiada. ¿Por qué mataban el rato en una estafa como aquella? Muchos de ellos presentaban un aspecto harapiento. Algunos incluso se traían a niños con ellos.

Madres con críos... Hombres con camisetas y pantalones flojos... Abuelas con cigarrillos colgando de sus bocas.

¡Agg! Era como para vomitar.

Se alejó de ellos arrastrando cansada un pie tras otro. Vestía ropa deportiva: un sencillo pero caro combinado de pantalones, blusa y chaqueta color piel con zapatos planos. Todo prendas frescas y ligeras, lo más comfortable que tenía. Aunque nada podía compensar las horas que pasaba de pie.

Mientras la quinta y sexta carreras transcurrían monótonamente, mientras iba y volvía de las ventanillas de pago y apuestas, la lucha entre su creciente cansancio y la interminable necesidad de mantenerse alerta llegaron casi a tablas. Era difícil pensar en otra cosa que en sentarse, en descansar durante unos minutos al menos. Era imposible no pensar en ello. Exigencia y necesidad luchaban en su interior empujándola de un lado a otro, impulsándola y a la vez sujetándola; sumándose insoportablemente a la carga que ya llevaba.

En la tribuna había asientos, por supuesto, pero eran para los palurdos. Para cuando entraba en las gradas ya tenía que regresar a las ventanillas. El esfuerzo de ir y volver le habría quitado más que le daba. En cuanto al club, con sus confortables sillas y agradable barra de cócteles, bueno, naturalmente estaba descartado. Había demasiado dinero flotando, demasiadas apuestas fuertes. A los chicos del Tesoro les encantaba el sitio.

Posó la taza del café, la tercera en la última hora, y caminó cansinamente hacia

las ventanillas de apuestas. La séptima carrera, la penúltima, estaba a punto de comenzar. Siempre atraía las apuestas más fuertes de la jornada y los palurdos se apresuraban a comprar boletos. Mientras Lilly se abría paso entre ellos un sardónico pensamiento le vino de repente a la cabeza; a pesar de su agotamiento, casi se ríe en alto.

*“Bueno, ¿no es una pasada? Pensó. Veinticinco años intentando apartarme de la chusma y aquí estoy justo en medio de ella. ¡Mierda!, nunca he salido”.*

Recaudó un par de apuestas por la séptima depositando el dinero en el bolso mientras salía en dirección al aparcamiento. No había nada que perderse en la última carrera. Si se largaba ahora, antes de que la multitud descendiera de las gradas, podía evitar el atasco de última hora.

Había aparcado el coche junto a la salida, o en una plaza tan cercana a ésta como una gran propina podía comprar. Tenía un descapotable; muy buen coche, pero para nada el más caro. Ni siquiera vacilón. Su único rasgo distintivo no estaba a la vista; un compartimento secreto que contenía ciento treinta mil dólares en metálico.

Mientras se aproximaba al coche y veía al hombre que estaba a su lado, Lilly se preguntó si viviría lo bastante para gastar el dinero.

## NUEVE

Bobo Justus tenía ondulado cabello color gris metálico y un rostro de timador intensamente bronceado. Era un hombre pequeño, es decir, bajo, pero poseía la cabeza y el torso de un uno noventa. Como conocía su sensibilidad por la altura, Lilly se alegró de llevar zapatos planos. Al menos, era algo a su favor; aunque dudaba que contase mucho a juzgar por su expresión. Se dirigió a ella con tono monótono, sin mover apenas los labios.

—¡Maldita cerda estúpida! ¡Mira que conducir esa maldita furgoneta circense! ¿Por qué no le pintas también un ojo de buey?, o cuélgale un par de cencerros en la defensa.

—Escucha, Bo. Los convertibles son muy corrientes en California.

—Los convertibles son muy corrientes en California —repitió sus palabras en tono de burla, moviendo remilgadamente sus hombros—. ¿Son tan comunes como una puta tramposa? ¿Eh? ¿Lo son, cochina fullera?

—Bo —echó un rápido vistazo a su alrededor—. ¿No es mejor que nos vayamos a algún sitio más resguardado?

Echó hacia atrás su mano como para abofetearla; después le dio un empujón hacia el coche.

—Venga ya —dijo—. Al Beverly Hills. Cuando te coja voy a reventarte todos los granos de tu precioso culito.

Puso el coche en marcha y condujo hasta el portón de entrada. Cuando se unían al tráfico ciudadano él resumió sus abusos con el labio fruncido.

Lilly lo escuchaba con atención, intentando adivinar si lo que estaba era acumulando humo o soltándolo. Seguramente lo último, supuso; habían transcurrido ya tres semanas desde su metedura de pata. Ferozmente enfadado ya habría tomado sus medidas mucho antes.

Permaneció en silencio la mayoría del tiempo, sin contestar excepto cuando era apremiada o le parecía indicado.

—... Te dije que vigilaras la quinta carrera, ¿no lo hice? Y por Dios que la vigilaste, ¿o no? Apuesto a que estuviste allí de pie riéndote hasta por los codos mientras el jamelgo se colaba con cien a favor.

—Bo, yo...

—¿Qué tajada te dieron tus colegas para que les dejases pista libre? ¿O te dieron la misma mierda que tú me diste a mí? ¿Qué coño eres tú? ¿Eh? ¿Una yegua con tetas?

—Puse dinero en el jamelgo —respondió Lilly pausadamente—. Sabes que lo hice, Bo. Después de todo, no pretenderías que me pasase.

—Pusiste dinero en él, ¿eh? Ahora voy a hacerte una pregunta: ¿Vas a seguir contándome esta cantinela, o quieres conservar la dentadura?

—Quiero conservar la dentadura.

—Ahora, voy a hacerte otra pregunta. ¿Crées que no tengo contactos aquí? ¿Crees que no puedo conseguir un informe de las jugadas sobre el caballo?

—No, no lo creo. Estoy segura de que puedes, Bo.

—El jamelgo liquidó a precio de apertura. No había ni una mísera apuesta en el panel del total cuando lo sacaron —encendió un cigarrillo dándole un par de enfurecidas caladas—. ¿Qué clase de mierda intentas colarme, Lilly? No hay movimiento ni para hacerle cosquillas al total, y tú me vienes con una ganancia de cinco de los grandes. ¿Qué te parece eso? ¿Dispuesta a soltar ahora?

Respiró hondamente. Vaciló. Asintió. Ya sólo le quedaba una salida, contar la verdad y esperar lo mejor.

Eso hizo. Justus se volvió en su asiento, estudiando, analizando su expresión durante todo el recital. Cuando concluyó se volvió hacia atrás de nuevo, guardando sepulcral silencio durante algunos minutos.

—Así que sólo fuiste una estúpida —dijo—. Dormida como una idiota. ¿Crees que voy a tragármelo?

Lilly asintió tranquilamente. Ya se lo había tragado, le dijo, hacía tres semanas; no sospechó la verdad hasta que se lo dijeron.

—Sabes que es cierto, Bo. Si no, ya estaría muerta.

—¡No pierdas las esperanzas de estarlo, hermana! ¡Tal vez vas a desear estar muerta!

—Tal vez.

—Conseguí montar una cola de más de cien metros para esta mierda. Qué te parece el trozo de cola más caro de la historia. Cuento con saldar lo que palmé.

—Entonces, mejor sigues contando —dijo Lilly—. No soy esa clase de saco de arena.

—¿Estás muy segura de ello, eh?

—Afirmativo. Dame un cigarrillo, por favor.

Él extrajo un cigarrillo del paquete y se lo pasó. Ella lo tomó y volvió a pasárselo.

—¿Te importa encendérmelo, Bo? Necesito ambas manos para conducir.

Escuchó un sonido, algo entre risa y jadeo, enfado y admiración. A continuación, le encendió el cigarrillo y se lo colocó en los labios.

Mientras continuaban el viaje podía intuir las miradas que Bobo le echaba, casi ver cómo trabajaba su mente. Ella significaba un problema para él. Era una empleada muy especial y valiosa, una que le gustaba, pero que había cometido un grave error. No había sido intencionado y constituía su único error serio en más de veinte años de fieles servicios. Así que existía un poderoso argumento para el perdón. Por otra parte,

estaba mostrando una paciencia muy poco usual en él al permitirle vivir, y seguramente no iba a incrementarse.

Evidentemente, había mucho que sopesar en el debate. Como ya le había perdonado tanto, podía perdonarla por completo. O como ya había perdonado tanto, no tenía por qué perdonar más.

Estaban casi llegando al hotel cuando tomó su decisión.

—Tengo un montón de gente trabajando para mí, Lilly. No puedo permitir que sucedan cosas como ésta.

—Nunca había ocurrido antes, Bo —luchaba por mantener un tono de voz equilibrado, sin síntomas de súplica—. No volverá a ocurrir.

—Ya ha ocurrido una vez —dijo él—. Para mí es como si fuera ya una costumbre.

—Muy bien —repuso ella—. Tú nombras el castigo.

—¿Tienes aquí algún abrigo largo? ¿Algo que puedas ponerte encima?

—No —sintió una punzada en el estómago.

Él dudó. Después dijo que no importaba; le prestaría su gabardina.

—Podías ir a la moda. Eres la mujer más desaliñada que conozco.

Aparcó a la entrada del hotel y un empleado se encargó del coche. Bobo le indicó que subiera las escaleras y, cortésmente, le ofreció su brazo cuando entraban en el edificio. Cruzaron el vestíbulo, Bobo manteniéndose muy erguido. Entraron en el ascensor.

Tenía una suite en el cuarto piso. Tras abrir la puerta, le hizo gesto de que entrara. Eso hizo ella intentando que su cuerpo perdiera la rigidez, preparándose para lo que sabía que iba a venir. Pero uno nunca puede prepararse para una cosa así, no por completo. El repentino empujón la hizo cruzar violentamente la habitación, tambaleándose y tropezando con sus propios pies, para finalmente resbalar y caer en una postura desgarbada.

A la vez que ella se ponía en pie lentamente él echó el cerrojo a la puerta, bajó las persianas y entró en el baño para salir al poco tiempo con una larga toalla en la mano. Se dirigió al aparador y tomó algunas naranjas de una cesta de fruta, metiéndolas en la toalla, cuyos cabos anudó a modo de bolsa. Balanceándola con imprecisión, se acercó a ella. Una vez más Lilly intentó perder la rigidez y fortalecerse para la sacudida.

Conocía “las naranjas”. Conocía todo ese tipo de estratagemas, aunque nunca antes había sido su víctima. Las naranjas eran un artículo utilizado por los matones, una argucia de los falsificadores profesionales de accidentes.

Al ser golpeada con la fruta, a una persona le salían más moratones que la justa proporción de las heridas producidas. Parecía verdaderamente herida cuando en realidad no lo estaba en absoluto.

Aunque podía estarlo si la golpeaban lo suficientemente fuerte y en ciertas áreas de su cuerpo. Sin sentir mucho dolor podía tener los órganos internos destrozados. Bien utilizadas (o mal utilizadas), las naranjas producían un efecto parecido a una lavativa o a una inyección de yeso.

Bobo se acercó. Se detuvo frente a ella, se apartó hacia un lado quedando un poco por detrás de ella.

Asió la toalla con ambas manos. Y asestó un golpe.

Pero dejó que las naranjas se desperdigaran inofensivamente por el suelo.

Le hizo un gesto.

Ella se agachó para recoger la fruta. Y una vez más se encontraba tendida en el suelo. Y unas rodillas se clavaban en su espalda, y una mano se apretaba contra su cabeza. Y fue obligada a yacer, miembros extendidos, mordiendo la alfombra.

Por el pasillo pasó una pareja, reían y charlaban. Una pareja de otro planeta. Desde el comedor, el de otro mundo, llegaba un débil sonido de música.

Escuchó el chasquido de un encendedor. Olió el humo. Después, olió la carne quemada cuando él mantenía la brasa candente en el dorso de su mano. La mantenía con comedia firmeza; lo suficiente para que siguiera quemando sin apagarse.

Las rodillas trabajaron con experta crueldad.

El cigarrillo abrasó su mano, y las rodillas sondeaban los nervios sensitivos de su columna. Era un mundo eterno, un infierno interminable. No había escape. No había alivio. No podía gritar. Incluso resultaba imposible revolverse. El mundo era a la vez sufrible e insufrible. Y el único alivio posible se encontraba dentro de su propio cuerpo.

La orina caliente contenida estalló en su pubis. Parecía surgir como un torrente.

Y Bobo se puso en pie, dejándola, y ella se levantó y se dirigió al baño.

Mantuvo su mano bajo el grifo de agua fría, después la secó delicadamente con una toalla y la examinó. La quemadura era horrible pero no parecía grave. No había afectado a ninguna vena. Se bajó los pantalones y se limpió con una toalla ligeramente humedecida. Eso era todo lo que podía hacer por el momento. La gabardina cubriría sus ropas manchadas.

Salió del baño y se dirigió al sofá donde Bobo estaba sentado, para aceptar la copa que éste le ofreció. Él sacó su cartera y le tendió un grueso fajo de billetes nuevos.

—Tus cinco grandes, Lilly. Casi se me olvida.

—Gracias, Bo.

—Bueno, ¿y cómo te va estos días?, ¿me robas mucho?

—No demasiado. Mis viejos no criaron crios estúpidos —dijo Lilly—. Sólo me quedo un pavo de vez en cuando. Llegan a ser unos cuantos, pero nadie sale dañado.

—Eso es —asintió Justus aprobando—. Coge un poco y deja otro poco.



—Así es como yo lo veo —dijo Lilly, enunciando con perspicacia la filosofía propia en él—. Una persona que no se cuida a sí misma es demasiado imbécil para cuidar los intereses de otra persona. Constituye un riesgo, ¿no te parece, Bo?

—¡Absolutamente! Tienes razón al mil por cien, Lil.

—O si no, es que maquina algo. Si no roba un poco, significa que está robando un montón.

—¡Correcto!

—Me gusta tu traje, Bo. No sé por qué, pero te hace parecer más alto.

—¿De veras? —le regaló una sonrisa radiante—. ¿De verdad te parece? Sabes, un montón de gente me ha dicho lo mismo.

Su amigable charla continuaba mientras la oscuridad se ceñía sobre la habitación. Y a Lilly le dolía la mano, y las ropas mojadas quemaban e irritaban su piel. Tenía que marcharse dejándolo con buena impresión sobre ella. Tenía que asegurarse de que la deuda entre ellos quedaba saldada, que iba a dejarla irse tranquila.

Discutieron varios asuntos de negocios que ella había llevado a cabo para él en Detroit y en las ciudades gemelas durante su tortuoso recorrido por la costa. Bobo le reveló que sólo iba a quedarse un día en la ciudad. Al día siguiente regresaría al este vía Las Vegas, Galveston y Miami.

—¿Otra copa, Lilly?

—Bueno, una pequeña. Tengo que irme dentro de un rato.

—¿Por qué tanta prisa? Pensaba que íbamos a cenar juntos.

—Me encantaría, pero...

Pero era mejor no quedarse, mejor largarse mientras ella fuera por delante. Había tenido mucha, mucha suerte, pero la suerte se termina.

—Tengo un hijo que vive aquí, Bo. Un vendedor. No nos vemos muy a menudo, así que...

—Bueno, claro, claro —asintió él—. ¿Cómo le van las cosas?

—Está en el hospital; problemas de estómago. Suelo visitarlo por las noches.

—Claro, naturalmente —frunció el ceño—. ¿Recibe todo lo que necesita? ¿Puedo hacer algo?

Lilly le dio las gracias negando con la cabeza.

—Está bien. Creo que saldrá en un par de días.

—Bueno, mejor te das prisa —dijo Bob—. El chico está enfermo y necesita a su madre.

Sacó la gabardina del armario y se la puso anudándose el cinturón. Se despidieron y ella se fue.

Un poco de orina se le había escurrido por las piernas haciendo que le picasen y escociesen y provocando una desagradable humedad en sus zapatos. La ropa interior también le molestaba, y la culera de sus pantalones parecía estar calada. El dolor de

su mano derecha aumentó extendiéndose lentamente por la muñeca y brazo.

Esperaba no haberle ensuciado el sofá a Bobo. Había tenido mucha suerte si consideraba la cantidad que su metedura de pata debía haberle costado; un detalle como aquél podía fastidiarla.

Recogió su coche y se alejó del hotel.

Mientras entraba en su apartamento se deshizo de los zapatos y comenzó a desprenderse de la ropa, que quedó en el suelo formando una hilera a su espalda cuando se precipitaba hacia el baño. Cerró la puerta. Arrodillándose, se colocó frente a la taza como si fuera un altar, y un gran sollozo agitó su cuerpo.

Llorando histéricamente, riéndose y gritando, comenzó a vomitar.

*“Suerte”.*

*“Fue fácil librarme”.*

*“Chico, ¡qué suerte!”.*

## DIEZ

Pocos minutos antes de las doce del mediodía Moira Langtry salió por la abovedada puerta del hospital y cruzó la calle en dirección al aparcamiento. Se había levantado inusualmente temprano aquel día para prepararse de modo especial, y el resultado era todo lo que podía esperar. Era un sueño de morena, una fragante visión de ojos apasionados y encanto. Las enfermeras la habían mirado con envidia cuando caminaba airoosamente por los pasillos. Los médicos y enfermeros casi babeaban, sin apartar sus ojos de la delicada vibración armónica de sus senos y el sensual contoneo de sus redondeadas caderas.

A las mujeres la mayoría de las veces les disgustaba Moira. Ella se alegraba de que así fuera, tomándolo como un cumplido y devolviéndoles a la vez su desagrado. Los hombres, por supuesto, se sentían invariablemente atraídos; reacción que ella esperaba y cultivaba pero a la que reaccionaba con frialdad. En muy raras ocasiones la atraían. Roy Dillon era una de esas excepciones. A su modo, le había sido fiel durante los tres años de su relación.

Roy era divertido. Roy la excitaba. Con respecto al resto de los hombres, él constituía el lujo que no había tenido en sus brazos más de media docena de veces en toda su vida. Seis hombres de los cientos que habían poseído su cuerpo.

Si lograba sacarle utilidad, muy bien. Esperaba y creía que llegaría a hacerlo. Si no, seguiría queriéndole, y no tenía intención de que se lo quitaran. Por supuesto, no era que no pudiese arreglárselas sin él; las mujeres a las que les ocurría eso con un hombre sólo salían en las películas. Sencillamente no podía permitirse tal pérdida, su clara amenaza a su propia seguridad.

Cuando las cosas llegasen a tal punto que no pudiera mantener a un hombre a su lado, entonces estaría acabada. Muy bien podría en tal caso decidirse por saltar al vacío desde la ventana más próxima.

Por eso aquel día se había levantado temprano, venciéndose a sí misma para ir a anotarse una victoria. Pensaba que si llegaba al hospital a una hora tempranera podría ver a Roy a solas, para variar, y estimular el apetito que no había saciado últimamente. Sentía que era absolutamente necesario; particularmente, con su madre trabajando en contra suya y metiéndole aquella linda enfermería por las narices.

Y aquel día, después de todas las molestias que se había tomado, su maldita y presuntuosa madre estaba allí. Era como si le hubiera leído la mente sospechando intuitivamente su visita al hospital y perdido sus malditas bragas por encontrarse allí.

Echando humo, Moira llegó al aparcamiento. El encargado de cara llena de espinillas se apresuró a abrirle la puerta del coche, y mientras se subía le recompensó con una muestra de sus piernas.

Se alejó, respirando profundamente, deseando poder encontrarse con Lilly Dillon a solas en un callejón oscuro. Cuanto más pensaba en aquella visita más se enfadaba.

¡Eso es lo que te pasa por intentar ser amable con la gente! ¡Intentas ser amable con ellos y hacen que parezcas idiota!

*“Por favor, no me venga con que no puedo ser de verdad la madre de Roy, señorita Langtry. Estoy más que harta de oírlo”.*

*“¡Lo siento! No era mi intención. ¿Usted debe tener unos cincuenta, eh, señora Dillon?”.*

*“Aproximadamente, querida. Soy aproximadamente de tu edad”.*

*“¡Creo que mejor me voy!”.*

*“Puedo llevarla si quiere. Sólo tengo un Chrysler descapotable, pero siempre es mejor que ir en autobús”.*

*“¡Gracias! Me he traído la bicicleta”.*

*“Lilly, la señorita Langtry tiene un Cadillac”.*

*“¡No me digas! ¿No le parece que son un poco vulgares, señorita Langtry? Ya sé que es un buen coche, pero últimamente no ves más que a fulleros chabacanos conduciendo Cadillacs”.*

Las manos de Moira se aferraron con más fuerza al volante.

Se decía a sí misma que no le importaría nada matar a la señora Dillon. Podría estranglarla con sus propias manos.

Al llegar al edificio donde vivía le dio las llaves del Cadillac al portero y atravesó el vestíbulo para dirigirse al restaurante.

Ya era mediodía. La mayoría de las mesas aparecían ocupadas y los camareros ataviados con chaqueta de etiqueta entraban y salían a toda prisa de la cocina con bandejas de comida de delicioso olor. Uno de ellos le llevó a Moira una enorme carta. La estudió, vacilando ante el filete mignon con champiñones (6.75).

Tenía hambre. Su desayuno había consistido en su habitual zumo de uvas sin azúcar y café solo. Pero necesitaba un trago más que la propia comida, dos o tres fuertes y reconfortantes copas. No podía permitirse demasiadas calorías al día.

Cerró la carta y se la devolvió al camarero.

—Por ahora, sólo una copa, Allen —sonrió—. Comeré más tarde.

—A su servicio, señora Langtry. ¿Un Martini tal vez? ¿Gibson?

—Mmm, no. Algo con más carácter. Por ejemplo un sidecar con bourbon en vez de brandy. Y, Allen, sin Triple Sec, por favor.

—¡Sin ningún género de dudas! —El camarero anotó en su bloc—. Siempre utilizamos Cointreau en los sidecar. ¿Le gustaría tal vez con el borde del vaso azucarado, o simple?

—Simple. Un dedo y medio de bourbon y un dedo y medio de Cointreau, y un trocito de piel de lima en vez de limón.

—Inmediatamente, señora Langtry.

—Y, Allen...

—¿Sí, señora Langtry?

—Lo quiero servido en copa de champán. Una copa completamente helada, por favor.

—Por supuesto.

Moira lo observó mientras se alejaba a toda prisa, ocultando tras sus cuidadosamente compuestas facciones una incipiente sonrisa. Bueno, no era para morir, pensó. No había duda de que el mundo se iba al infierno cuando un hombre adulto revoloteaba por ahí en traje de mono, alrededor de las damas con nariz bronceada que hacían un gran asunto de pedir un trago de alcohol. ¿Dónde había empezado todo? Se preguntaba. ¿Dónde se encontraba el principio de aquel rodeo que había desviado a la civilización de su propósito, para que mezclara copas con una mano y con la otra lanzara bombas?

Lo meditó, sin meditar aquellas palabras, por supuesto. Sencillamente sentía que los tiempos andaban dislocados, y que el mayor énfasis se utilizaba para las ocupaciones menos valiosas.

En realidad, todo se reducía a fastidiar al resto del mundo sin motivo aparente. Y el infierno de todo ello era que no parecía existir un modo de volver a la buena senda. Ya no podías ser tú mismo nunca más. Si una mujer pedía un trago doble con una cerveza en un sitio como aquel, seguramente la echarían. Y lo mismo si lo que le apetecía era una hamburguesa con cebolla cruda.

Ya no podías danzar al son de tu propia música. En aquellos días, ya no podías ni escucharla... Ella ya no podía escucharla. Se había perdido; esa música que cada uno lleva en su interior y que le hace seguir el paso a las cosas justas. Perdida junto al enorme y farolero hombre, el guasón e introspectivo hombre que le había enseñado cómo escucharla.

“Cole Langley (Linssey, Lonsdale). Cole “el granjero” Langley”.

Le trajeron la copa y le dio un rápido trago. Luego, con un toque de desesperación, medio vació el vaso. Aquello ayudaba. Ahora ya podía seguir pensando en Cole.

Ella y el granjero habían vivido juntos durante diez años, diez de los años más maravillosos de su vida. Había sido una vida tipo *camping*, de la clase ante la que la mayoría de la gente estiraría la nariz; pero había sido así por elección y no por necesidad. Tratándose de Cole, parecía el único modo de vida posible.

En aquellos días siempre viajaban en tren. Vestían lo que les apetecía, generalmente guardapolvos y pantalón caqui para él y prendas de algodón para ella. Cuando era posible de obtener Cole llevaba una botella de whisky envuelta en una bolsa de papel. En lugar de comer en restaurantes se llevaban un montón de comida

envuelta en papel de periódico. Y cada vez que el tren se detenía Cole saltaba para comprar montones de caramelos, dulces, bebidas frías, y galletas, y todo lo que caía en sus manos.

Naturalmente todo aquello no era para ellos. Cole disfrutaba con la abundancia, pero era un comedor repugnante y un bebedor con poco vicio. La comida y el alcohol eran para pasar por ahí, y del modo en que lo hacía nadie se negaba. Sabía perfectamente lo que tenía que decirle a cada persona; un versículo de las Escrituras, una cita de Shakespeare, una simple broma. Antes de una hora todo el mundo en el compartimento comía, bebía y se animaba. Y Cole solía sonreírles radiantemente, como si fueran un puñado de críos y él su cariñoso padre.

Las mujeres no la odiaban por aquellos días.

Los hombres no la miraban del modo en que ahora lo hacían.

La amabilidad, la habilidad para hacer amigos era la ventaja con la que el granjero partía en el negocio, por supuesto. Algo de lo que a la larga se aprovechaba a través de bancos en ciudades pequeñas, vía una serie de maniobras de aspecto sencillo pero desconcertantes. Pero él insistía en considerar los beneficios como un simple y justo intercambio. Sólo por dinero, algo inútil y carente de sentido por sí mismo, vendía grandes esperanzas y una nueva perspectiva en la vida. Y jamás surgía nada que transparentara la realidad de sus estratagemas. La gente siempre se quedaba con fe y esperanza.

Bueno, ¿y qué más podía pedir? ¿Qué podía ser más importante en la vida que tener algo que esperar y algo en qué creer?

Durante más de un año vivieron en una destartada granja de Missouri, sesenta acres de terreno fangoso y escarpado, con una casa que no disponía de ninguna comodidad moderna, y un retrete en el exterior. Aquella fue su mejor época juntos.

Era un retrete de dos hoyos, y en ocasiones se sentaban allí juntos horas. Fisgaban a los ocasionales transeúntes que pasaban por la carretera de barro rojo llena de baches. Observaban a los pájaros brincar por el patio. Charlaban tranquilamente o leían un periódico o revista del montón que llenaba desordenadamente una esquina del edificio.

—Pero mira esto, Moira —decía él señalando a algún anuncio—. Mientras el precio de la carne ha subido veintitrés centavos por libra durante la última década, el precio del carbón sólo se ha incrementado medio centavo por libra. Parece que los comerciantes de carbón nos dejan respirar, ¿no?

—Bueno... —no siempre sabía cómo responderle, si se trataba de un ocioso comentario o en realidad intentaba decirle algo.

—O tal vez no sea así —decía él—, si consideras que la carne se vende generalmente por libras y el carbón por toneladas.

De vez en cuando ella encontraba una buena respuesta, como la vez en la que él

había comentado: “Cuatro de cada cinco médicos toman aspirinas”, y ¿qué opinaba ella?

—Yo diría que el quinto es un tipo afortunado —respondió—. Es el único que no sufre dolores de cabeza —y Cole se había sentido muy satisfecho de ella.

Se divertían un montón con los anuncios. Después, y durante años, a veces ella observaba algún simple mensaje publicitario y rompía a reír.

*“Atención a tu parcela vallada... ¿Te invaden los gérmenes por grietas y rincones?... ¡También tú puedes aprender a bailar!”.*

Incluso ahora seguía riéndose de ellos. Pero con ironía, con sardónica amargura. No como ella y Cole se habían reído.

Un día, cuando él intentaba llegar al fondo de la pila de revistas, ésta se volcó, dejando al descubierto una especie de caja con un agujero en la parte superior. La bacinilla de un niño.

Moira comentó que era graciosa. Pero Cole continuó contemplándola mientras la risa se difuminaba en sus ojos, su boca temblaba enfermiza. Entonces, se volvió y le dijo en un susurro:

—Apuesto a que mataron al crío. Apuesto a que está enterrado bajo nuestros pies.

Ella se sentía aturdida, sin habla. Se quedó allí sentada contemplándolo, incapaz de moverse o hablar, y Cole interpretó su silencio como conformidad.

Continuó hablando en voz baja, resultando incluso más persuasivo y conmovedor de lo habitual. Y después de algún tiempo ya no existía la realidad sino un horrible malestar que él había creado, y ella se halló a sí misma asintiendo ante lo que él decía.

No, a ningún niño se le debía permitir vivir. Sí, se debía matar a todos los niños cuando nacían. Era lo mejor que podía hacerse por ellos. Era el único modo de evitarles un tormento inútil, una frustrante e inútil tortura, la confusión paradójicamente maligna que representaba a la vida en el planeta Tierra.

Subconscientemente, ella sabía que por primera vez veía al verdadero Cole, y que el risueño y gregario Cole eran tan sólo una sombra abandonando las convicciones de su propietario. Subconscientemente quería gritar, decirle que estaba equivocado, que no existían verdades absolutas y que el hombre auténtico muy bien podría estar abandonando la sombra.

Pero carecía del vocabulario adecuado a tales pensamientos, la mentalidad para hilarlos. Vagaban en su subconsciente caóticos e incoherentes, mientras Cole, como siempre, resultaba absolutamente convincente. Así que, al final, la había convencido. Aprobaba todo lo que él decía.

Y de repente había comenzado a insultarla. Entonces era una farsante, una asquerosa hipócrita. No podía hacer nada por sí misma, ni por los demás, ya que no creía en nada.

Desde ese día el granjero se deslizó por el tobogán. Saltaron de lo bucólico a San Luis, y cuando no estaba muerto de la borrachera, estaba fusilándose con lúpulo. Habían amasado un buen trozo de botín, o mejor dicho, Moira lo había amasado. En secreto, como hacen muchas esposas, a pesar de que ella no era legalmente su esposa, escaqueándolo durante años. Pero la sustancial suma no duraría mucho al ritmo que él llevaba, así que tal como lo veía sólo quedaba una salida. Decidió moverse.

En su círculo profesional aquello no representaba estigma alguno, era una práctica aceptada para una mujer prostituirse cuando su hombre estaba bajo. Pero las fulanas de por sí se encontraban a patadas, y solamente las chicas con “clase”, las damas de caro vestuario, tenían la oportunidad de sacarse una buena pasta. Y a Cole lo sacaba de quicio la Moira con clase.

Se mostraba cada vez más fanático en sus acusaciones de que era una hipócrita y una escéptica, acallando sus argumentos de que solamente lo hacía por ayudarlo. Violentemente, le gritaba que en el fondo de su corazón era una fulana, que siempre había sido una fulana, que ya lo era cuando la conoció.

Aquello no era cierto. En su anterior vida de modelo fotográfico y camarera de cócteles se había entregado ocasionalmente a hombres, recibiendo regalos a cambio. Pero no era lo mismo que prostituirse. Le gustaban los hombres en cuestión. Lo que les daba era libremente, sin ánimo de lucro, al igual que los regalos que recibía.

De este modo, las falsas acusaciones de Cole, si bien eran producto de la inconsciencia, comenzaron a hacerle más y más daño. Tal vez él no sabía lo que decía, o tal vez sí. Pero incluso el golpe inofensivo de un niño puede resultar doloroso, posiblemente más que el de un adulto, ya que la víctima del primero ha de resignarse a no devolver el ataque. La única salida cuando el daño se vuelve insoportable es quitarse del alcance del niño.

El último recuerdo de Moira sobre Cole “el granjero” Langley era el de un salvaje y llorón hombre con guardapolvos, gritando ¡puta!, mientras ella se alejaba de su coqueto apartamento conducida por un taxista que sonreía burlonamente.

Hubiera querido dejarle el dinero escaqueado, o al menos la mitad. Pero sabía que era inútil; si no se lo robaban, lo tiraría por ahí. Estaba más allá de la ayuda, de su ayuda, y todo lo que ella hiciera sólo lograría prolongar su agonía.

Desconocía lo que había sido de él. Deliberadamente, había evitado enterarse. Pero en su interior esperaba que estuviera muerto. Era lo mejor que podía esperar para el hombre al que había amado tanto.



## ONCE

Moira le pegó un buen quite a su tercer sidecar de Bourbon. Sintiéndose un tanto alegre (sentía verdadero horror por la embriaguez), le sonrió al hombre que se le acercaba.

Se llamaba Grable, Charles Grable, y era el administrador del edificio de apartamentos. Vestía pantalones a rayas y un abrigo negro mañanero. Tenía los ojos algo juntos y una mofletuda cara de aspecto irritado. Sus intentos por parecer duro cuando se sentó hacían que su boca pequeña esbozara un puchero infantil.

—No me lo digas —comenzó Moira en tono solemne—. Tú eres Addison Simms de Seattle y comimos juntos en el otoño de 1902.

—¿Qué? ¿De qué me hablas? —refunfuñó Grable—. Ahora, escúchame, Moira. Estoy...

—¿Cómo va tu parcela vallada? —le dijo Moira—. ¿Te invaden los gérmenes por grietas y rincones?

—¡Moira! —se echó hacia adelante enfadado, bajando el tono de su voz—. Te lo voy a decir por última vez, Moira. ¡Quiero que tu cuenta quede saldada hoy! Hasta el último centavo, tu renta y el resto de los gastos que tienes. O me pagas o te pongo de patitas en la calle.

—Oye, Charles, ¿no pago siempre mis cuentas?, ¿no las saldo siempre... de uno u otro modo?

Grable se ruborizó, mirando por encima de su hombro. Su voz volvió a surgir con una nota medio suplicante medio quejumbrosa.

—No puedo hacer eso más, Moira. ¡Sencillamente no puedo!

¡Gente que se queda más de lo que alquila, otros que llegan antes de la fecha de entrada, que pagan dinero que no aparece en los libros...! No, yo...

—Lo comprendo. —Moira lo miró con tristeza y seducción a la vez—. Lo que ocurre es que ya no te gusto.

—¡No, no, claro que no es eso! Yo...

—No te gusto —puso un puchero—. Si te gustara, no actuarías así.

—¡Te dije que no podía evitarlo! Yo... yo —vio la burla disimulada en sus ojos—. ¡Muy bien! —gruñó—. Ríete de mí, pero no vas a conseguir que siga siendo un ladrón. No eres más que una barata y pequeña... pequeña...

—¿Barata, Charles? Vaya, yo no creía que fuera tan barata.

—He terminado de hablar —dijo con firmeza—. O me pagas antes de las cinco o te vas, ¡y me quedaré con todo lo que tienes!

Se alejó con exageradas pisadas y una especie de furtiva indignación. Con indiferencia, Moira se encogió de hombros y tomó su copa. Es una víctima

encubierta, se dijo a sí misma. “Dejad ya de fastidiarme la fiesta, hombres”, pensó.

Pidió la cuenta y apuntó un dólar extra de propina para el camarero. Mientras él asentía elegantemente, retirando hacia atrás su silla, le dijo que también él podía aprender a bailar.

—Todo lo que necesitas es el paso mágico —dijo—. Es tan sencillo como el ABC.

Él sonrió educadamente. Las bromas subidas de tono eran material conocido en un sitio como aquél.

—¿Le apetece un café antes de irse, señora Langtry?

—No, gracias —sonrió Moira—. Las copas estaban muy buenas, Allen.

Se marchó del restaurante y salió atravesando el vestíbulo. Tomó el coche y se dirigió al distrito comercial del centro de la ciudad.

Bien mirado, había vivido bastante económicamente desde su llegada a Los Ángeles. Económicamente, en cuanto a su dinero se refería. De la pasta con la que se había largado de San Luis aún le quedaban varios miles de dólares, más, por supuesto, ciertos artículos fácilmente negociables como el coche, las joyas, y las pieles. Pero últimamente, tenía una fuerte corazonada: su vida allí tocaba a su fin, era hora de cobrar lo que pudiera y donde pudiera.

Odiaba marchar de la ciudad; particularmente odiaba la idea de tener que dejar a Roy Dillon. Pero no necesariamente tenía que ser así, y si lo era, bueno, sencillamente no tenía solución. Era necesario tener en cuenta las corazonadas. Uno hacía lo que tenía que hacer.

Al llegar al centro aparcó en un lugar privado. Era propiedad de una de las joyerías de más clase, una que había frecuentado como compradora y como vendedora, aunque principalmente lo último. El portero tocó su sombrero con una mano y abrió las puertas de vidrio cincelado para que entrara. Uno de los directivos más jóvenes salió a su encuentro sonriente.

—¡Señora Langtry, es un placer volver a verla! Dígame, ¿en qué podemos servirle hoy?

Moira se lo dijo. Él asintió gravemente y la condujo a una pequeña oficina privada. Tras cerrar la puerta, la ayudó a acomodarse en su asiento y se sentó al otro lado del despacho.

Moira sacó un brazalete de su bolso y se lo tendió. Sus ojos se abrieron apreciativamente.

—Exquisita —murmuró alargando el brazo para coger una lupa—. Un excelente trabajo. Ahora, veamos...

Moira lo observaba mientras encendía una pequeña lamparilla y le daba la vuelta al brazalete entre sus fuertes y aseadas manos. La había atendido en varias ocasiones. No era atractivo, sino más bien feo. Pero le gustaba, y sabía que él se sentía

enormemente atraído por ella.

Dejó que la lupa cayera de su ojo, meneó la cabeza en actitud de sincero pesar.

—No puedo comprender una cosa así —dijo—. Es algo que se ve en contadas ocasiones.

—¿Qué quiere decir? —Moirá frunció el ceño.

—Quiero decir que esto es una de las mejores filigranas en platino que haya visto jamás; prácticamente una obra de arte. Pero no las piedras. No son diamantes, señora Langtry; una excelente imitación, pero imitación a fin de cuentas.

Moirá no podía creerlo. Cole había pagado cuatro mil dólares por aquel brazalete.

—¡Pero tienen que ser diamantes! ¡Cortan el cristal!

—Señora Langtry —sonrió irónicamente—, el cristal corta al cristal. Prácticamente cualquier cosa es capaz de hacerlo. Deje que le muestre una prueba eficaz para los diamantes.

Le tendió la lupa y sacó un cuentagotas de un cajón. Cuidadosamente, vertió una pequeña cantidad de agua sobre las piedras.

—¿Puede apreciar cómo el agua se esparce y resbala por ellas? Con diamantes reales eso no ocurriría; el agua se adhiere a la superficie en pequeñas gotitas.

Moirá sonrió tristemente quitándose la lupa del ojo.

—¿Sabe por casualidad dónde fue adquirido, señora Langtry? No me cabe la menor duda de que podría recuperar su dinero.

Lo desconocía. Seguramente Cole lo había comprado como imitación.

—¿No tiene ningún valor para usted?

—Oh, por supuesto que lo tiene —dijo en tono reconfortante—. Le puedo ofrecer, bueno, ¿cinco mil dólares?

—Muy bien. Si es tan amable de extenderme un cheque.

Pidiendo disculpas, se ausentó unos minutos. Regresó con el cheque que metió en un sobre, para dárselo y sentarse de nuevo.

—En fin —dijo—. Espero que no esté demasiado contrariada con nosotros. Espero que volverá a concedernos el placer de servirle de nuevo.

Moirá vacilaba. Le echó un vistazo al pequeño rótulo que había sobre su mesa; Sr. Cáster. La tienda se llamaba Cáster's. ¿Tal vez el hijo del propietario?

—Debería habérselo dicho, señora Langtry. Tratándose de un cliente tan estimado como usted, sería un placer acudir nosotros mismos a su casa. No es en modo alguno necesario que venga a la tienda. Si cree que hay algo que pueda interesarnos...

—Sólo tengo una cosa, señor Cáster. —Moirá lo miró con solemnidad—. ¿Está “usted” interesado?

—Bien. Por supuesto tendría que verlo, pero...

—Lo está usted viendo, señor Cáster. Está mirándolo.

Parecía perplejo, después, abrumado. A continuación, su rostro asumió casi la

misma expresión que lucía cuando examinaba el brazalete.

—¿Sabe un cosa, señora Langtry? Raras veces damos con un brazalete como el que usted nos ha vendido. Un buen engarce y trabajo son generalmente indicativos de piedras preciosas. Siempre me duele mucho cuando descubro que no lo son. Siempre confío —arqueó una ceja—, en estar equivocado.

Moira sonrió; le agradaba más que nunca.

—Llegado tal punto —dijo—, creo que debería decir “vaya”.

—Dígalo por ambos, señora Langtry —se rió—. Ésta es una de las ocasiones en las que casi desearía no estar casado. Casi.

Caminaron juntos hasta la entrada; la encantadora y elegante mujer y el feo y pulcro joven. Cuando se despedían él sostuvo su mano por un instante.

—Espero que todo se resuelva para usted, señora Langtry. Ojalá hubiera podido ser de utilidad.

—No se preocupe, sólo quédese ahí y dispare —le respondió Moira—. Está en el equipo correcto.

Ya tenía bastante hambre así que tomó un café y una pequeña ensalada en una cafetería, para luego regresar a su apartamento.

El administrador estaba al acecho y llamó a su puerta nada más cerrarla. Con brusquedad, le lanzó un papel con una detallada cuenta. Moira la examinó arqueando sus cejas a cada instante.

—Un montón de dinero, Charles —murmuró—. ¿No la habrás hinchado un poco, eh?

—¡No me hables de ese modo! ¡Debes hasta el último centavo y lo sabes, y por Dios que lo vas a pagar!

—Tal vez pueda pedirle la pasta a tu esposa, ¿no te parece, Charlie? Puede que tus crios incluso rompan sus huchas de cerdito.

—¡No los metas en esto! Si te atreves a acercarte a mi familia, te..., te... —Su voz se tornó en súplica quejumbrosa—. ¿No... no... no me harías eso, eh Moira?

Moira lo miró con desprecio.

—Oh, no te mees, por amor de Dios. Firma la maldita cuenta como pagada, ahora te doy el dinero.

Se volvió bruscamente y entró en el dormitorio. Abrió su bolso y sacó un rollo de billetes que dejó caer sobre la cómoda. Después, mientras se desvestía con rapidez y se quedaba sólo con un negligé negro, su gesto de hastío y enfado se difuminó para dar paso a una sonrisa.

Riéndose en silencio se tendió sobre la cama. Muy a menudo irrumpía en tales ataques de alegría. Enfrentada a alguna faceta desagradable, se esforzaba por apartar su mente de ella, dejando que vagase errante hasta posarse sobre alguna paradoja ridículamente paralela. Y entonces, sin motivo aparente se reía.

Sus carcajadas comenzaron a ser audibles y Grable receloso la llamó desde algún lugar junto a la puerta.

—¿Qué estás tramando, Moira? ¿De qué te ríes?

—No lo entenderías, Charlie; sólo de un pequeño detalle del menú de la comida. Vamos, entra.

Entró. La miró y tragó saliva. Exasperadamente apartó la vista de ella.

—Quiero, quiero ese dinero, Moira, ¡lo quiero ahora!

—Bueno, pues ahí está. —El negligé se abrió al balancear su desnudo pie para señalar la cómoda—. Ahí está el dinero, y aquí la pequeña Moira.

Se adelantó hasta el mueble. Justo antes de llegar sus pies vacilaron y se volvió lentamente.

—Moira, yo..., yo... —La contempló tragando saliva de nuevo, lamiendo la saliva de las comisuras de sus labios infantiles. Y en esta ocasión ya no pudo apartar sus ojos.

Moira se contempló a sí misma, siguiendo el curso de la mirada de él.

—El embrague automático, Charles —susurró—. Viene con la tapicería de lujo y la parcela alambrada de alto voltaje.

Dio una carrerilla hacia ella. Se detuvo extendiendo su mano en desdichada súplica.

—¡P-Por favor, Moira! ¡Por favor, por favor! ¡He sido bueno contigo! ¡He dejado que te quedases mes tras mes!, y... podrías, ¿no podrías sólo...?

Moira le dijo que ni hablar, no podía ser. Todos los pasajeros debían pagar a la entrada, y no se admitían pases o rebajas.

—Es una norma estricta de la Comisión para el Comercio Sexual, Charles. Todos los usuarios deben cumplirla.

—¡Por favor! ¡No seas así! ¡Vamos, no seas así! —Al borde del sollozo se dejó caer de rodillas al lado de su cama—. ¡Oh, Dios, Dios, Dios! ¡No me hagas...!

—Sólo una opción para el cliente —dijo con firmeza—. La dama o el botín. Así que: ¿qué va a ser? —Cuando se abalanzó sobre ella añadió—: Como si no lo supiera.

Permaneció allí tendida mirando por encima de su hombro, intentando borrar su jadeante y penetrante presencia, haciendo un esfuerzo mental por trasladar sus pensamientos hasta Roy Dillon.

Su última tarde juntos en el hotel. ¿Por qué aquella repentina hemorragia, un tipo joven con un estómago que parecía sólido? ¿Qué podía habérsela causado?, ¿era real?, ¿podía tratarse de alguna maquinación de su madre para separarlos?

¡Sí, tenía toda la pinta de ser una maquinadora nata!, ¡toda la pinta! Saltaba a la vista que era más retorcida que un tornillo, y el doble de dura; todo el que supiese por donde se andaba se daría cuenta de ello. Y estaba montada en el dólar y...

Moirá no quería pensar en ella, ¡bruja creída! ¡En todo menos en ella!, ¡qué bien poder darle su “merecido”!, pero...

Levantó sus ojos hacia el techo. ¡Vaya un sujeto que tenía encima!, ¡qué sujeto más repulsivo! Debía llevar puestos cuarenta pavos de colonia y potingues en el pelo, pero no se le notaba para nada. Era como si estuviera envuelto en ello; como un trozo de carne envuelta en papel de regalo, y cuando lo abrías...

—¡Guaaa! —apretó sus labios rápidamente, sus mejillas alteradas por la risa contenida. Intentó apartar su mente de la causa, de aquel loco menú. Pero no podía, y de nuevo se agitó por la risa.

—¿Qué coño pasa? —se quejó Grable—. ¿Cómo puedes reírte en medio de...?

—Nada. N-no importa, Charles. S-sólo, sólo, ah ja, ja ja ja, ja, ja l-lo siento, pero... ah ja, ja, ja ja...

*“Menú especial comida: Tomate de invernadero a la parrilla cubierto de una generosa loncha de queso curado”.*

## DOCE

El apartamento de Lilly Dillon se encontraba en el último piso de un edificio en Sunset Strip, a pocas manzanas al este de los límites de Beverly Hills. Alquilado amueblado, consistía en un dormitorio, baño, aseo, cocina, salón, y un estudio. En este último situado al fondo, o sur del edificio, habían colocado una cama de hospital para Roy. Aquel día se encontraba allí descansando en la cama, ataviado con pijama y bata, cabeza erguida de modo que podía contemplar la ilimitada superficie de campos petrolíferos, el océano y varios pueblos de la costa.

Se sentía perezoso y cómodo. Se sentía intranquilo y culpable. Era su tercera semana fuera del hospital. Estaba completamente recuperado, y no existía excusa válida para su permanencia allí.

Y sin embargo demoraba su marcha. Lilly quería que así fuera. Los médicos lo animaban pasivamente a que lo hiciera viendo en su prolongada convalecencia un amplio margen de seguridad.

Los vasos herniados de su estómago podían volver a abrirse si las circunstancias lo proporcionaban. Podían herniarse de nuevo. Por todo ello, si deseaba permanecer completamente inactivo y a salvo de el mínimo riesgo, a los médicos les parecía acertado.

Aparte de Lilly y el tema de su salud, Roy tenía otra razón para quedarse; una razón culpable, una que no quería admitir. Ella, Carol Roberg se encontraba en la cocina fregando los platos de la comida y sin duda preparando algún postre para ambos. A él no le apetecía, había engordado casi cuatro kilos en las últimas dos semanas, pero sabía que a ella sí. Y por nada del mundo se lo habría impedido.

Carol era muy delicada con la comida, como con todo lo demás. Pero nunca había visto a nadie que pudiera zamparse tanta comida a tanta velocidad como Carol.

Se preguntaba el porqué de su insaciable apetito, cuando no se estaba preguntando cualquier otra cosa sobre ella. La mayoría de las mujeres que conocía parecían no tener apetito jamás. Moira por ejemplo...

Moira...

Se revolvió nervioso al recordar su visita de aquella mañana. Le había dicho el día anterior en una conversación telefónica a baja voz que Lilly se iría muy temprano del apartamento aquella mañana y que podía dejarse caer. Había venido, mostrándose sorprendida cuando vio a Carol y mirándolo interrogantemente.

Carol se sentó con ellos en el salón. Al parecer pensaba que era de personas educadas hacerlo, pues intentó entablar conversación hablando del tiempo y de los acostumbrados tópicos rutinarios. Después de lo que le pareció a Roy la media hora más larga de su historia se disculpó y se fue a la cocina. Moira se volvió hacia él con

los labios fruncidos.

—He intentado que se fuera —dijo Roy con impotencia—. Le dije que se tomara el día libre.

—¿Has “intentado”? Si se tratara de mí te limitarías a decirme que me largara.

—Lo siento —dijo—. Deseaba tanto como tú que estuviéramos solos.

Echó un rápido vistazo por encima de su hombro, después se bajó de la cama y acercándose a su silla la tomó en sus brazos. Ella aceptó el beso pero no respondió. La besó de nuevo, deslizando sus manos por su cuerpo, recorriendo sus suaves y apetecibles curvas. Tras semanas de forzosa continencia y la constante tentación que Carol representaba, deseaba a Moira más que nunca. Pero ella se apartó bruscamente.

—¿Cuánto tiempo más planeas quedarte aquí? —le preguntó—. ¿Cuándo regresas a tu hotel?

—Bueno, no sé exactamente. Me imagino que muy pronto.

—No tienes demasiada prisa, ¿eh? Te gusta el sitio.

Roy le respondió irritado que no tenía quejas; Lo cuidaban bien, mucho mejor de lo que lo harían en un hotel, y Lilly deseaba que se quedara.

—Mmm, apuesto a que sí, ¡y apuesto a que sí te cuidan bien!

—¿Qué quieres decir?

—¿Bromeas? ¡He observado cómo miras a esa enfermera bobalicona! ¡O has perdido el seso o crees que es demasiado buena para tirártela! ¡Ella lo es, pero yo no!

—Oh, por amor de Dios... —enrojeció—. Mira, siento lo de hoy. Si hubiera existido algún modo de librarme de ella sin herir sus sentimientos...

—Naturalmente, eso no podías hacerlo. ¡Oh, no!

—Pongamos tan sólo que no lo haría —dijo, cansado de disculparse.

—Bueno, olvídale —recogió sus guantes y se puso en pie—. Si a ti te parece bien, a mí también.

La siguió hasta el vestíbulo, intentando zanjar la desavenencia sin suavizarla demasiado; queriéndola, deseándola más que nunca, pero cauteloso ante cualquier refuerzo de influencia sobre él por parte de ella.

—Me iré de aquí un día de éstos —le aseguró—. Puede que yo esté mucho más ansioso de lo que tú estás.

—Bien... —le sonrió tanteando, sus oscuros ojos buscando su rostro—. No estoy muy segura de eso.

—Ya verás. Tal vez podamos ir a La Jolla este fin de semana.

—¿Sólo tal vez?

—Es prácticamente seguro —dijo él—. Te daré un toque por teléfono, ¿mmm?

Así que había arreglado las cosas, al menos por un tiempo, y en cierto modo. Pero no había obtenido nada a cambio, nada aparte de su *status quo*, y un deseo insatisfecho que se agitaba en su interior implacablemente. Se imponía algo, se dijo a



sí mismo. Con la presencia de Moira fresca, con Carol tan fácilmente accesible...

Carol. Se preguntó lo que iba a hacer con ella, o si debería hacer algo con ella. Tenía un aspecto absolutamente virginal, y si lo era, ahí quedaba eso: así permanecería por lo que a él se refería. Pero las apariencias engañan, y a veces, cuando consentía que la besara y se abrazaba a él por un instante, bueno, no estaba tan seguro de su actual *status*. De hecho, casi podía asegurar que su juicio resultaba equivocado.

Y si ese era el caso, por supuesto...

Carol regresó de la cocina portando dos vasos repletos de helado. Aceptó uno de ellos y ella se sentó con el otro. Sonriendo, observó cómo se lo engullía, le apetecía tomarla en sus brazos y darle un fuerte achuchón.

—¿Bueno? —dijo.

—¡Genial! —exclamó entusiasmada. A continuación, levantó sus ojos hacia él y se ruborizó por su propia timidez—. ¡Me paso el día comiendo! Debes de pensar que soy una cerdita, ¿no?

Roy se rió.

—Si hacen cerditos como tú, me pondré a criarlos. ¿Qué tal si te comes el mío también?

—Pero, es tuyo. ¡Ya no puedo comer más!

—Claro que puedes —le dijo, posando ambas piernas en el suelo—. ¿Puedes venir al dormitorio cuando termines?

—Iré ahora. Te apetece un masaje, ¿no?

—No, no —dijo rápidamente—. No hay prisa; primero termínate tu helado.

Cruzó el salón gruesamente alfombrado y entró en el dormitorio. Vaciló un rato, casi decidido a detenerse mientras estuviera a tiempo. Después, rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión, se despojó de la bata y de la camisa del pijama y se tendió sobre la cama.

Carol llegó unos minutos más tarde. Se dispuso a tomar la botella de alcohol del baño, pero él extendió su brazo hacia ella.

—Ven aquí, Carol. Quiero preguntarte algo.

Ella asintió y se sentó al borde de la cama. Él la atrajo hacia sí, acercando su rostro al suyo; y entonces, mientras sus labios se unían, comenzó a impulsarla sobre la cama.

Nerviosa, con el cuerpo repentinamente rígido, intentó separarse.

—¡Oh, no! Por favor, Roy. Yo... yo...

—Está bien. Quiero preguntarte algo, Carol. ¿Me dirás la verdad?

—Bueno —intentó esbozar una sonrisa—. ¿Es tan importante para ti, o tal vez intentas tomarme el pelo de nuevo? ¿No?

—Es muy importante para mí —dijo él—. ¿Eres virgen, Carol?

Su sonrisa se desvaneció bruscamente, y por un instante perdió toda expresividad. Luego, un vestigio de color volvió a asomarse y sus ojos contemplaban el suelo, y casi de modo imperceptible, negó con la cabeza.

—No, no soy virgen.

—¿No lo eres? —se sentía ligeramente decepcionado.

—No lo soy. Aunque no por muchas veces. —Bajo la superficial firmeza, su voz temblaba ligeramente—. Y ahora, ya no te gusto.

—¿Que no me gustas? Pues claro que me gustas. ¡Me gustas más que nunca!

—P-pero... —sonrió trémulamente, comenzó a experimentar una sensación de jubilosa incredulidad—. ¿Lo dices de verdad? ¿No intentarás tomarme el pelo sobre algo tan importante?

—¿Qué tiene de importante? Venga, vamos, cielo.

Riéndose alegremente, permitió que la impulsara sobre él, abrazándolo con jubiloso asombro. ¡Oh, Dios qué feliz era; era tan feliz...! Y después, sin resistencia alguna, rebotante de felicidad, le había soltado:

—Pero... ¿No deberíamos esperar, Roy? ¿No te gustaría más después?

—¡No podrías gustarme más! —tiró con impaciencia de su blanco uniforme—. ¿Cómo se quita este maldito chisme?

—Pero hay algo más que debes saber. Tienes derecho a saberlo. Yo... yo no puedo tener niños, Roy. Nunca.

Aquello lo detuvo, lo hizo vacilar, pero sólo un segundo. Tenía un modo muy poco elegante de expresar las cosas, retorciéndolas y marcando énfasis en los puntos no indicados. Así que no podía tener hijos y tanto mejor, aunque él se hubiera cuidado de eso de todos modos.

—¿A quién le importa? —le dijo casi furioso en su hambre por ella—. No importa, ni tampoco que no seas virgen. Ahora, por amor de Dios, deja de hablar y...

—¡Sí! ¡Oh, sí, Roy! —Se abrazó a él en completa rendición, guiando sus inquietas manos—. Además quiero lo mismo. Y es tu derecho...

El uniforme se deslizó por su cuerpo, la ropa interior; la innata modestia, los temores, el pasado. En la semioscuridad de las cortinas de la habitación renació, y ya no existía pasado sino un futuro.

La marca purpúrea aún permanecía en su brazo izquierdo extendido, pero ahora era meramente una cicatriz de la niñez; enfriada por el tiempo, reducida por el crecimiento. No importaba. Lo grabado en su memoria no importaba, la esterilización, la pérdida de virginidad, porque él había dicho que no importaba. Así que todo ello carecía de sentido; la indeleble marca tatuada en el campo de concentración de Dachau.

## TRECE

Salió del baño, ahora por modestia llevando la ropa interior puesta; aún ruborizada y ardiente, y rebosante. Remilgadamente maternal, extendió la sábana y la dobló sobre su pecho.

—Debo cuidarte —dijo—. Ahora más que nunca, eres lo más importante que tengo.

Roy le sonrió perezosamente. Era dulce, un pedazo de mujer, pensó. Y seguramente la más honesta que había conocido. Si no le hubiera dicho que no era virgen...

—¿Te encuentras bien, Roy? ¿No te duele en ningún sitio?

—Nunca me he sentido mejor en mi vida —se rió—. Y no es que antes me encontrara mal.

—Eso es bueno. Sería terrible si te hubiera lastimado.

Le repitió que se encontraba bien; ella era justo lo que necesitaba. Carol le dijo con seriedad que también ella lo necesitaba, y él se rió de nuevo guiñándole un ojo.

—Te creo, cielo. Por cierto, ¿cuánto tiempo hacía..., o no debería preguntar?

—¿Cuánto? —frunció el ceño ligeramente, la cabeza ladeada en señal de sorpresa. Después—: Oh —dijo—. Bien, hace...

—No importa —contestó él rápidamente—. Olvídalo.

—Fue allí —extendió su brazo tatuado—. También allí me hicieron estéril.

—¿Allí? —Frunció el ceño—. No... ¿A qué te refieres?

Se lo explicó como ausente, con la sonrisa fija. Sus ojos rasgados lo miraban, atravesándolo, hacia algo que estaba mucho más lejos. Al parecer, hablaba en abstracto, un confuso y poco sólido teorema apenas merecedor de ser narrado. Parecía sacado de un cuento de hadas, algo tan repleto de terrores que se solapaban uno al otro como estancados; no anticipando, jamás la trama o tema, físicamente inmóviles, solamente horror sobre horror hasta que por su peso se hundían muy muy lentamente, ahogando con ellos al oyente.

—Sí, sí, eso es —le sonrió como quien sonríe a un niño precoz—. Sí, era muy joven, siete u ocho, creo. Ése era el motivo, ¿ves?: descubrir la edad más baja en la que una mujer puede concebir. Puede pasar a una edad muy temprana, como a los cinco, creo. Pero se buscaba la edad media mínima. Con mi madre y mi abuela era justo al revés, quiero decir que experimentaban a qué edad máxima podía suceder. Mi abuela murió muy poco después del comienzo del experimento, pero mi madre...

A Roy le apetecía vomitar. Le apetecía solmenarla, golpearla. Como fuera de sí, al igual que le ocurría a ella, se sentía furioso. Subjetivamente sus opiniones no constituían un paralelo demasiado distante de la filosofía popular actual; las cosas

que se oían y se leían y se veían en todos los sitios. El pío luto del pecado, la jubilosa absolución de los pecadores, las incómodas miradas recelosas y desaprobantes hacia aquellos que recordaban los crímenes cometidos. Después de todo, los antiguos amigos, pobres tipos, eran ahora nuestros amigos y resultaba de mal gusto enseñar cámaras de gas por televisión. Después de todo, no se podía condenar a todo un pueblo, ¿se podía? ¿Y qué si eso era exactamente lo que ellos habían hecho? ¿Se iba a volver a cometer el mismo deplorable error? Después de todo, ellos odiaban a los rojos tanto como nosotros, ansiaban tanto acabar hasta con el último maloliente rojo en el mundo. Y después de todo, aquella gente, contra los que según se afirma se había cometido el pecado, se lo había buscado.

Era su propia culpa.

Era culpa de “ella”.

—Ahora escúchame —la interrumpió enfadado—. ¡No, no quiero seguir escuchando, mierda! Si me lo hubieras contado en primer lugar en vez de decirme solamente, en vez de dejarme creer que... que...

—Lo sé —dijo ella—. Ha estado muy mal por mi parte. Pero yo también estaba pensando en otra cosa.

—Bueno, vale —murmuró—. No quiero que te sientas culpable. Me gustas; tengo un altísimo concepto de ti, Carol. Por eso te pregunté lo que te pregunté, y te dije lo importante que era para mí. Ahora me doy cuenta de que pudiste interpretarlo mal, y desearía con todo mi corazón que hubiera algo que yo pudiera hacer para arreglar esto. Pero...

Pero ¿por qué continuaba mirándolo de ese modo, sonriéndole con aquella estúpida sonrisa, esperando a que él llenara el vacío de su vida? Ya le había dicho que lo sentía, se había disculpado por algo que en parte era culpa suya. Pero todavía se quedaba allí sentada esperando. ¿Pensaba en serio que él iba a renunciar a su vida, al único modo de vida aceptable para él, simplemente para corregir un error? Bien, ¡pues no tenía derecho! Aunque pudiera darle lo que ella había esperado, y al parecer aún deseaba, no iba a hacerlo.

Era una buena chica, no sería justo para ella.

—Bueno, te diré qué —dijo sonriendo para congraciarse—. Ya no podemos cambiar lo que ha sucedido, así que: ¿Por qué no hacemos como que no ha ocurrido? ¿Qué te parece eso, mmm? ¿Vale? ¿Lo olvidamos y volvemos a empezar?

Ella lo miraba en silencio.

—Perfecto —dijo Roy enérgicamente—. ¡Ésa es mi dulce chica!

“Y ahora voy a largarme de aquí para que puedas terminar de vestirme y... y..., bueno...”

Se marchó, enfundándose la bata mientras salía de la habitación. Regresando al estudio, se tendió sobre la cama de hospital; contempló ciego el panorama del sur,

aún imaginándose a la chica en la habitación. Había puesto muy mal las cosas, supuso. Su labia habitual le había fallado, justo cuando más la necesitaba, y había dado la impresión de impaciente y hasta ridículo.

¿Qué le había ocurrido? Se preguntaba. ¿Qué había salido mal en su jugada?

Había sido un error honesto. Ella no había perdido nada por su culpa. ¿Por qué no podía hacérselo comprender? ¿Por qué, cuando le resultaba tan fácil ejecutar una estafa auténtica sin contragolpes?

“No se le pueden hacer trampas a un hombre honesto”, pensó.

Y se sintió infundadamente irritado por tal idea.

La oyó acercarse, el crujir de su uniforme almidonado. Poniéndose una sonrisa se irguió y se volvió.

Ella llevaba su abrigo. Portaba su pequeño botiquín de enfermera.

—Me voy ahora —dijo—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—¡Que te vas! Pero... oh, bueno, escucha —dijo en tono complaciente—. No puedes hacer eso, lo sabes. No sería profesional; una enfermera no puede dejar plantado a su paciente.

—Tú no necesitas una enfermera, ambos lo sabemos. En cualquier caso, ya he dejado de trabajar como enfermera para ti.

—Pero... pero, maldita sea, Carol...

Ella se volvió dirigiéndose hacia la puerta. La siguió con la mirada, impotente por un instante, después la alcanzó y la volvió hacia sí.

—Mira, no voy a permitir que te vayas, —dijo—. No hay razón para ello. Necesitas el trabajo, y ambos, mi madre y yo, queremos que lo cumplas. Mira...

—Por favor, deja que me vaya —se apartó de él, avanzando de nuevo hacia la puerta.

Apresuradamente, Roy le cerró el paso.

—No lo hagas —le suplicó—. Si estás resentida conmigo, vale; tal vez creas que tienes derecho a estarlo. Pero también mi madre está mezclada en esto. Qué va a pensar, quiero decir, ¿qué voy a decirle cuando llegue a casa y se entere de que tú...?

Se interrumpió, enrojeciendo, dándose cuenta de que sonaba temeroso de Lilly. Un espectro de sonrisa rozó los labios de Carol.

—Tu madre se disgustará —dijo ella—, pero no se sorprenderá. Creía que tu madre no te entendía, pero ahora me doy cuenta de que sí.

Roy apartó la vista de ella... Le dijo bruscamente que eso no era en absoluto lo que él quería decir.

—Tienes que cobrar algún dinero, tus honorarios. Si me dices cuánto...

—Nada. Tu madre me pagó anoche.

—Muy bien, pero todavía queda hoy.

—Por hoy no se me debe nada. No he dado nada de valor —respondió.

Roy exhaló un enfurecido gruñido.

—Deja de comportarte, como una cría de dos años, ¿vale? Se te debe dinero, y ¡por Dios que lo vas a cobrar! —extrajo bruscamente la cartera del bolsillo de su bata y vaciando su contenido se lo tendió.

—Muy bien ¿cuánto?, ¿qué te debo por hoy?

Ella bajó su mirada hacia el dinero. Delicadamente, separando los billetes con un dedo, seleccionó tres que levantó en su mano.

—Tres dólares, ¿sí? Me parece que ése es el precio normal.

—Parece que lo conoces muy bien —dijo él enfurecido—. Aah, Carol, mira...

—Gracias. Es demasiado.

Se volvió y atravesando la alfombra, salió por la puerta.

Roy levantó ambos brazos al viento en señal de impotencia, dejándolos caer a continuación. Ahí quedaba eso. No se podía arreglar un mal rollo con otro.

Entró en la cocina, calentó un poco de café y se lo bebió de pie. Levantando su taza miró al reloj que había sobre la cocina de gas.

Lilly llegaría en pocas horas. Tenía que hacer algo antes. Arreglaría lo de Carol ante sus ojos, y aunque significara un autoengaño, tenía que hacerlo; por su propio bien.

Se vistió y bajó a la calle sintiéndose un poco flojo. No porque algo fuera mal, sino por su larga inactividad. Para cuando tomó un taxi y llegó a su hotel ya se sentía tan fuerte como de costumbre.

La recepción que recibió en el hotel lo incomodó. Por supuesto que siempre había trabajado para caer simpático; era parte esencial de su tapadera. Sin embargo se sintió un poco desconcertado por la bienvenida a casa (¡casa!) protagonizada por Simms y el resto de los empleados. Se alegró al no tener que darles un corte; abandonar el barco y dejarlos sin remos, como solía dejar a la gente que se preocupaba demasiado por él.

Aturdido, aceptó sus felicitaciones por la recuperación, tranquilizándolos en cuanto al presente estado de su salud. Estuvo de acuerdo con Simms en que la enfermedad llama a la puerta de todos los hombres, siempre de modo inconveniente e inesperado, y que así era como se rizaba el rizo.

Por fin escapó a su habitación.

Extrajo tres mil dólares de uno de los cuadros de payasos. Después tras reemplazar cuidadosamente la pintura en la pared, salió del hotel y regresó al apartamento de Lilly.

El lugar producía una extraña sensación de vacío sin Carol. Hambrientamente vacía, como suele ocurrir cuando un familiar tal o cual ya no está donde solía estar. Existe una extraña sensación de anormalidad, de que algo va mal. Queda un hueco que clama ser llenado, y la única cosa que puede llenarlo no lo hará.

Vagando desasosegadamente de estancia en estancia, trataba de escucharla, trataba de verla en su mente. Podía verla en todos los sitios, aquella figurilla de rígido almidonado, aquel cabello liso rizado en las puntas, aquel rostro entre rosado y blanquecino, aquellas pequeñas y limpias facciones respingonas cual inocencia infantil. Podía escuchar su voz en todos los sitios; y siempre él, “tú”, aparecía en lo que ella decía... ¿Necesitaba algo? ¿Había algo que pudiera hacer por él? ¿Se encontraba bien? Debía decírselo, por favor, si quería algo.

*“Te encuentras bien, ¿sí? Sería terrible si te hubiera lastimado”.*

Avanzó hacia el baño, se detuvo frente al umbral. Había una toalla colgada sobre el lavabo; restregada, escurrida, y colgada a secar, pero todavía ligeramente empapada del color amarillento de sangre lavada.

Roy tragó saliva dolorosamente. A continuación, la tiró en un cesto y cerró la tapa bruscamente.

Las largas horas transcurrían muy lentamente, horas que hasta aquel día siempre le habían parecido cortas.

Poco después del crepúsculo Lilly regresó.

Como de costumbre, se dejó los problemas afuera; entró luciendo una expectante sonrisa.

—¡Vaya, pero si estás vestido! Qué bien —dijo—. ¿Dónde está mi chica, Carol?

—No está aquí —repuso Roy—. Ella...

—Ah, bien, supongo que llego un poco tarde, y por supuesto, tú te encuentras bien —se sentó abanicándose con una mano—. ¡Fue ese asqueroso tráfico! Ganaría tiempo si brincase sobre un pie en vez de ir en coche.

Roy vacilaba, queriendo decírselo, aliviado por cualquier cosa que pudiera retardarlo.

—¿Cómo va tu mano, la quemadura?

—Bien —la balanceó descuidadamente—. Parece que estoy marcada de por vida, pero al menos me ha aprendido..., enseñado algo. Aléjate de los gilipollas con puros.

—Creo que deberías venderla.

—No puede ser. Tengo que meterla y sacarla del bolso continuamente. En fin, ya va mejorando.

Cambió de tema despreocupadamente, complacida pero a la vez violenta ante su desacostumbrada preocupación. Cuando el silencio se hizo, sacó un cigarrillo del bolso. Sonrió alegremente cuando Roy se apresuró a darle fuego.

—Hey, vaya, parece que por aquí se preocupan por mí, ¿no? Un poco más y... ¿Qué es esto?

Miró el dinero que él había lanzado sobre su regazo. Con gesto asombrado arqueó las cejas.

—Tres mil dólares —apuntó él—. Espero que sea bastante para quedar a pre con

lo del hospital y todo lo demás.

—Bueno, claro. Pero no puedes... Oh —dijo en tono hastiado—. Supongo que sí puedes, ¿me equivoco? Pensaba que ibas a jugar limpio, pero supongo...

—Pero sabías que no iba a hacerlo —asintió Roy—. Y ahora hay algo más que debes saber. Sobre Carol.



## CATORCE

Desde Sunset Strip, un sordo clamor que se incrementaba gradualmente ascendía flotando hasta el apartamento de Lilly, el ruido de la hora de la cena y los primeros albores de los clubes nocturnos. Anteriormente, desde las cuatro hasta las siete más o menos, se había escuchado el jaleo del tráfico comercial: pesados camiones y más ligeras camionetas realizando los últimos repartos de la jornada para después alejarse de la ciudad; utilitarios acelerando y derrapando y maniobrando para conseguir una posición al salir en un enjambre en dirección a sus propios nidos de Brentwood Bel Air y Beverly Hills. Los coches eran de todas las clases y tamaños, desde pequeños turismos en adelante, aunque se imponían de modo abrumador, siendo aún más predominantes a ratos, las marcas de la clase más alta. En cierta ocasión, atrapado en medio del tráfico de Strip, Roy había examinado sus componentes, y excepto por un par de motocicletas y un Ford, hasta donde le llegaba la vista no había visto más que Cadillacs, Rolls Royces, Lincolns e Imperials.

Ahora, escuchando los latidos de la noche, Roy deseaba encontrarse allí abajo, o prácticamente en cualquier sitio menos donde estaba. Le había contado a Lilly lo de Carol tan rápido como le fue posible, deseoso de zanjarlo. Pero, a grandes rasgos, seguramente sonaba peor que en detalle. Había sentido la necesidad de volver a empezar su narración, de explicar exactamente lo que le había conducido a aquello. Pero habría empeorado el asunto, dando la impresión de que se las estaba dando de honrado aunque mundano joven, a quien la deliberada estupidez de una joven había colocado en embarazosa situación.

Sencillamente, no existía un modo razonable de contar la historia, supuso. No existía a pesar de la inexistente gazmoñería por parte de Lilly, y del hecho de que nunca en su vida había desempeñado el papel de madre, tal como él lo veía.

El bolso de Lilly se cayó al suelo produciendo un golpe seco. En un impulso Roy se agachó a recogerlo, retrocediendo incómodamente en su intento al observar lo que se había desprendido de su interior; una pequeña pistola con silenciador.

La mano de Lilly se cerró sobre ella. Se irguió de nuevo sopesándola en su mano de modo ausente. Después, al ver la expresión de inquietud en el rostro de Roy, su boca se torció para esbozar una irónica sonrisa.

—Tranquilo, Roy. Es una tentación, lo admito, pero me costaría el permiso.

—Bueno, por nada del mundo quisiera que eso te sucediera —respondió Roy—. Y mucho menos después de todas las molestias que te he causado.

—Oh, vamos, no deberías sentirte así —dijo Lilly—. Ya has pagado tu cuenta, ¿no es así? Me has azotado el dinero como si ya no estuviese de moda. Te has explicado y te has disculpado; en realidad no hiciste nada que tuvieras que explicar o

que mereciera disculpas, ¿no? He sido una estúpida. Ella ha sido una estúpida, estúpida como para amarte y confiar en ti, y en interpretar por el lado bueno lo que dijiste e hiciste. Fuimos tontas, con otras palabras, y es tarea del estafador encargarse de los tontos.

—Piensa lo que te dé la gana —dijo Roy malhumorado—. Me he disculpado, he hecho todo lo que he podido. Pero si vas a ponerte grosera...

—Pero si yo siempre he sido una grosera, ¿no? Siempre te he hecho pasar malos ratos. No había nada bueno dentro de mí, nunca jamás. ¡Y tú no has perdido la primera cochina ocasión que se te ha presentado para devolverme la bola!

—¿Quééé? —La miró con rabia—. ¿De qué demonios me hablas?

—De lo mismo sobre lo que llevas comiéndote el coco toda la vida y compadeciéndote a ti mismo y fastidiándome a mí. Porque tuviste una niñez muy dura. Porque yo no estuve a la altura de tus ideales de madre.

Roy contestó malhumorado y a bulto que tampoco había estado a la altura de los ideales de nadie más. A continuación, un tanto avergonzado se retractó no con mucho entusiasmo.

—Vamos, no quería decir eso, Lilly; estaba un poco ofendido. De todos modos te lo has hecho muy bien, mucho mejor de lo que yo tenía derecho a esperar, y...

—Es igual —lo cortó—. No fue suficiente; tú me lo has probado. Pero hay un par de cosas que me gustaría aclarar, Roy. Para tu modo de pensar fui una mala madre..., no, sí lo fui, así que reconozcámoslo. Pero me pregunto si se te ha ocurrido que no me daba cuenta.

—Bueno... —Vaciló—. Bueno, no. Creo que no se me ha ocurrido.

—Se trata sencillamente de comparar, ¿no? Al vivir en buenos barrios y ver al resto de las madres, yo era un asco. Pero yo no me crié en esa clase de ambientes, Roy. Donde yo crecí un crío tenía suerte si lograba ir tres meses a la escuela. Tenía suerte si no moría de raquitismo, paludismo o sencillamente hambre, o algo peor. No me acuerdo de un solo día, desde que fui lo suficientemente mayor para recordar, en el que comiera bien y no recibiese una zurra...

Roy encendió un cigarrillo, mirándola por encima de la cerilla; más irritado que interesado por lo que decía. ¿Y qué importaba todo aquello? Tal vez su infancia había sido muy dura, aunque tendría que fiarse de su palabra. Lo único que él sabía era cómo había sido la suya propia. Pero si decía la verdad y sabía lo mal que se pasaba, ¿por qué le había dado a él lo mismo? No había tenido que sufrir las mismas presiones sociales ejercidas sobre sus padres. ¿Por qué, mierda, ya estaba casada y vivía fuera de casa a la edad en la que él ni siquiera había terminado la escuela?

Algo en este último pensamiento se caló en su interior, abriéndose paso a través de los escalonados raciocinios que lo avivaban con su rosada luz, al tiempo que la mantenía a ella alejada en la oscuridad exterior. Exasperado, se preguntaba cuánto le

llevaría salir de allí decentemente. Era lo único que deseaba. Nada de excusas o explicaciones. Por culpa de Carol y porque le debía “algo” a Lilly, había asumido el papel del que pide disculpas y da explicaciones. Y lo había aceptado resueltamente; pero...

Por fin se dio cuenta de que la habitación estaba en silencio. Llevaba en silencio un rato. Lilly reposaba sobre el respaldo de su silla contemplándolo con una taimada sonrisa de hastío.

—Da la impresión de que te estoy deteniendo —dijo—. ¿Por qué no sales corriendo y me dejas cocer en mis propios pecados?

—Vamos, Lilly... —Hizo un gesto a la defensiva—. Nunca te he reprochado nada.

—Pero tienes mucho que reprocharme, ¿no es así? Fue una guarrada por mi parte ser una niña a la vez que tú. Actuar como una niña en vez de como una adulta. Sí, señor. Fui un mal bicho por no crecer y actuar como una adulta tan rápido como tú pensabas que debería haberlo hecho.

Roy estaba dolido.

—¿Qué pretendes que haga? —le preguntó—, ¿que te coloque una aureola? Ya te la estás colocando tú misma.

—Y a la vez haciéndote parecer un tonto, ¿eh? Pero soy así y lo sabes; siempre he sido así. Siempre criticando al pobrecito y pequeño Roy.

—¡Oh, por amor de Dios, Lilly!

—No, tengo algo más que decir. No creo que sirva de nada, pero tengo que decirlo de todos modos. Deja la estafa, Roy. Déjala ahora mismo y mantente a distancia.

—¿Por qué? ¿Y por qué no la dejas tú?

—¿Por qué? —Lilly lo miró fijamente—. ¿Me lo preguntas en serio? ¿Por qué, bobo sin mollera? ¡No viviría ni un segundo si alguna vez diera la impresión de que me quiero retirar! Llevo metida en esto desde que tenía dieciocho años. No se sale tan fácilmente de este rollo, ¡te arrastra!

Roy se humedeció los labios nervioso. Tal vez no exagerara, aunque resultara consolador creer lo contrario. Pero él no estaba metido en su liga, y nunca lo estaría.

—Sólo me dedico al timo corto, Lilly —dijo—. Únicamente material de poca monta. Puedo largarme cuando me apetezca.

—No siempre será de poca monta. Contigo es imposible. Sólo tienes veinticinco años y ya puedes permitirte derrochar tres de los grandes sin despeinarte. Sólo tienes veinticinco y has aportado un rollo nuevo al timo: cómo sacarles tajada a los primos sin cambiar de hotel. ¿Vas a detenerte ahora? —Su cabeza describió una firme negativa—. Nanay. El timo es como todo lo demás. No te quedas quieto; o subes o

bajas, generalmente bajas, pero mi Roy está subiendo.

Roy se sentía culpablemente halagado. Comentó que de todos modos sólo se trataba de timos. No conllevaba los peligros de la estafa organizada.

—¿Que no, eh? —inquirió Lilly—. Bueno, pudiste haberme engañado, pero me han contado una historia de un tipo de más o menos tu edad que recibió un golpe en las tripas que casi lo mata.

—Bueno, pero...

—Ya, ya, eso no cuenta; es distinto. Y aquí tienes algo que también es distinto. —Extendió su mano quemada—. ¿Quieres saber cómo me he hecho esto en realidad? Muy bien, te lo voy a contar...

Se lo contó, y él escuchaba con repugnancia; avergonzado y turbado. Poco dispuesto a asociar tales hechos con su madre e incapaz de relacionarlos consigo mismo. Sólo contribuían a ensanchar la grieta que se abría entre él y Lilly.

Ella se percató; comprendió que era inútil. Una furia lenta comenzó a manar por su cuerpo.

—Ahí queda eso —dijo—, que no tiene nada que ver contigo, ¿verdad? Simplemente es un capítulo más de Los Avatares de Lilly Dillon.

—Y muy interesante —respondió él en tono alegre—. Tal vez deberías escribir un libro, Lilly.

—Tal vez tú deberías escribirlo —dijo Lilly—. El de Carol Roberg sería un capítulo muy bueno.

Rígidamente, Roy se puso en pie. Asintió fríamente, recogió su sombrero y se dirigió a la puerta; pero se detuvo en un apelador gesto.

—Lilly —comenzó—, en verdad, ¿a dónde quieres ir a parar? ¿Qué más puedo hacer por lo de Carol que no haya hecho ya?

—¿Tú me lo preguntas? —dijo Lilly amargamente—. ¿De verdad que tienes agallas para quedarte ahí de pie preguntándomelo?

—Pero... ¿no estarás sugiriendo que me case con ella? ¿Pedirle que se case conmigo? ¡Oh, venga, Lilly! ¿Qué clase de solución iba a representar para ella?

—¡Oh, Dios! Dios, Dios, Dios —se quejó Lilly.

Ruborizándose, Roy se puso el sombrero con brusquedad.

—Siento ser una decepción tan grande para ti. Ahora me voy.

Lilly lo miró mientras aún vacilaba, y le respondió que no se había dado cuenta de ese detalle.

—Es la segunda vez que me engañas esta noche —dijo—. Visto y no visto, y cuando se va nadie lo sabe.

Se marchó abruptamente.

Avanzaba a grandes zancadas por el pasillo. Su marcha se redujo y se detuvo; estuvo a punto de dar la vuelta y regresar. En el mismo instante Lilly saltaba de su

asiento, se dirigía a la puerta y se detenía indecisa.

Se parecían mucho, cada uno era parte del otro. Estuvieron tan juntos..., por un instante.

El instante transcurrió; un instante antes de la muerte. Después, ignorando al instinto, cada uno tomó su decisión. Cada uno, como siempre había sucedido, siguió su camino.

## QUINCE

Roy cenó tarde en un restaurante del centro. Comió con gran apetito, diciéndose a sí mismo, y sin duda creyéndolo, que era agradable comer en un restaurante. Estaba acostumbrado. La sutil monotonía de la comida, fuese cual fuese el restaurante, poseía una cualidad reconfortante, no muy distinta de la leche de una madre para un niño. En aquella formal y familiar nutrición se reforzaba el credo “ten fe o perece”; cuanto más cambiaban las cosas más inalterables permanecían.

Por lo mismo, era agradable estar de vuelta en su cama del hotel. Porque aquella era su propia cama estuviera donde estuviera; estandarizada, siempre a punto y esperando por él, proporcionando simultáneamente los placenteros requisitos esenciales de la permanencia y la ausencia. Tal vez, en sus sueños, Carol la compartió brevemente con él. Esbozó una mueca de dolor; casi le apetecía gritar. Pero existían fantasmas enteramente sumisos, también cómodamente estandarizados, que acudían raudos al rescate. No guardan más de él, de lo que él mismo les pedía, una sensual pero inmaculada penetración que llegaba a su fin sin compromiso mental o moral. Uno se bañaba de prisa o lentamente, sin peligro de acercarse al agua.

Así que con todo ello, Roy durmió bien aquella noche.

Se despertó temprano y permaneció tendido en la postura que presumiblemente todos los hombres adoptan al despertar. Las manos cruzadas tras la nuca, los ojos contemplando distraídamente el techo, permitiendo a su mente vagar. Luego, saltando enérgicamente de la cama se lavó, se vistió y se marchó del hotel.

Tras el desayuno visitó una barbería, abandonándose a las atenciones del barbero, y regresó a su suite de dos habitaciones. Tomó un baño y se puso ropas limpias, sombrero y zapatos incluidos, y de nuevo salió del hotel.

Sacó su coche del aparcamiento y se adentró en el tráfico. Al principio se sentía un poco extraño, nervioso debido a su prolongada ausencia de la conducción. Pero se le pasó rápidamente. Tras unas cuantas manzanas volvió a ser él mismo, manejando el automóvil con naturaleza automática, conduciendo con la misma habilidad irreflexiva que un taquígrafo aplica a su máquina de escribir. Formaba parte de la corriente de autos, contribuía al movimiento de su pausada marea y al tiempo era impulsado por ella. Sin perder su identidad, libre para apartarse de la marea cuando lo deseara, todavía pertenecía a algo.

Como muchas compañías que en su día habían formado parte integral del conjunto del centro de la ciudad, Sarber & Webb se encontraba ahora en un distrito cuasi residencial; espaciosamente liberada por un germinante vacío de la avidez del gigante que inevitablemente volvería a rodearla algún día. La firma ocupaba un espacioso edificio de ladrillo y arenisca, una sola y elevada planta que dominaba unas

tres cuartas partes del área total. En la parte trasera se elevaba la planta y media que alojaba las oficinas de la compañía.

Roy metió su coche en el aparcamiento privado situado a un lado del edificio. Silbando distraídamente, con ojos aprobantes ante la familiar escena que lo rodeaba, sacó su maletín del coche.

Observó que también alguien más contemplaba la escena, pero no con su misma despreocupación. Un hombre joven..., bueno, tal vez no fuera tan joven, en mangas de camisa pero con chaleco. Parecía un empleado a primera vista. Se encontraba en la parte trasera de la amplia acera que circundaba el edificio mirando críticamente hacia arriba, hacia abajo y a su alrededor, apuntando notas ocasionalmente en un bloc.

Se volvió y observó cómo Roy se aproximaba. Su mirada intransigente y desaprobante al principio acusó cierta efusión cuando Roy pasó resueltamente a su lado y le sonrió con un:

—Hola.

Entonces asintió respondiendo:

—Hola —pero lo dijo como si le diera vergüenza pronunciar tal palabra.

Roy continuó su camino sonriendo, meneando mentalmente la cabeza.

En el interior del edificio un largo y ancho mostrador se extendía a lo largo de toda la parte frontal, abriéndose al final en una portilla. Tras él, estantes de mercancía sobresalían ordenadamente, repletos de miles de artículos que Sarber & Webb vendían al por mayor, y formaban media docena de pasillos paralelos.

A aquella temprana hora Roy era el único vendedor-cliente que se encontraba allí. También a aquella hora, la mayoría de los empleados solían encontrarse tomando café al otro lado de la calle o reunidos en grupillos a lo largo del mostrador, fumando y charlando hasta que eran capaces de resignarse a los quehaceres cotidianos. Pero aquella mañana no se respiraba la típica familiaridad.

Todo el mundo estaba presente y sin un cigarrillo o una taza de café a la vista. La actividad bullía en los pasillos: transporte de pedidos, confección del inventario, renovación de existencias, tareas de limpieza y orden... Todos estaban muy ocupados, o aún peor, disimulando su ocupación.

A lo largo de los años había hecho migas con todos ellos, y todos se acercaron para tenderle la mano y ofrecerle una palabra de felicitación por su recuperación. Pero no perdieron mucho tiempo. Sorprendido, Roy se volvió hacia el empleado que abría un catálogo para él.

—¿Qué mosca le ha picado a este sitio? —preguntó—. No he visto tanto ajeteo desde que el garito se incendió.

—Kaggs lo ha picado, ¡eso es lo que lo ha picado!

—¿Kaggs? ¿Es eso un tipo de plaga galopante?

El hombre se rió tristemente.

—¡Ni que lo jures, hermano! —Se limpió sudor imaginario de la frente—. Si ese hijo de puta se queda mucho tiempo...

Kaggs, le explicó, era un pez gordo de la Secretaría del Interior, una especie de mezcla de interventor, investigador de conflictos laborales, y experto en rendimiento.

—Llegó justo después de que ingresaras en el hospital; uno de esos novatos de escuela, eso es lo que parece. Y no ha tenido ni una palabra amable pa'nadie. Ni el apuntador sabe na'de él, y aquí tol mundo es o un memo o un vago. Tú ya sabes de sobra que eso es mentira, Roy. ¡No encontrarás en ningún lao una panda de tíos que trabajen tan duro, ni que sean tan eficientes!

—Eso es cierto —asintió Roy, a pesar de que distaba bastante de la realidad—. Tal vez me ponga la cuenta en la mano, ¿no crees?

—Iba a decírtelo. Ya se ha cargao a la mitá de los vendedores; dice que se terminó el por mayor para ellos. ¿Y qué sentido hay en eso? Todos venden a comisión. Si no venden no ven un chapo, así que... psss, ¡aquí viene!

Como Roy había sospechado, Kaggs era el joven de aspecto crítico que estaba fuera del edificio. Una décima de segundo después de que el empleado pronunciara la última palabra ya se encontraba a su lado, tendiéndole la mano como un revólver.

—Kaggs. Secretaría del Interior. Encantado de conocerlo.

—Éste es el señor Dillon —dijo el empleado nerviosamente servil—. Roy es uno de nuestros mejores vendedores, señor Kaggs.

—El mejor. —Kaggs ni siquiera miró al empleado—. Lo cual no es mucho tratándose de este sitio. Quiero hablarle, Dillon.

Comenzó a volverse, aún asiendo la mano de Roy como si quisiera tirar de él. Roy se quedó quieto y de un tirón hizo que Kaggs se volviera hacia él de nuevo. Le sonrió complacientemente mientras Kaggs pestañeaba perplejo.

—Ha sido un cumplido un tanto irónico, señor Kaggs —le dijo—, y yo nunca consiento que la gente me diga cosas así. Si lo hiciera no sería un buen vendedor.

Kaggs consideró tal afirmación y asintió con seca prudencia.

—Tiene razón. Me disculpo. Y ahora, todavía me gustaría hablar con usted.

—Usted primero —dijo Roy, recogiendo su maletín.

Kaggs lo condujo a lo largo del mostrador, saliendo bruscamente por la portilla para dirigirse a la entrada del edificio.

—¿Qué le parece un café?, ¿vale? Da mal ejemplo; demasiada gandulería por aquí. Pero es difícil hablar cuando hay tanta gente intentando escuchar.

—Usted no parece pensar mucho en ellos —apuntó Roy.

Kaggs le contestó crispado mientras cruzaban la calle, que no tenía sentimientos por la gente en abstracto.

—Depende cómo se lo monten. Si están al tanto suelo tener cantidad de consideración con ellos.



En el restaurante pidió un vaso de leche además de un café, alternando ambas bebidas.

—Úlcera —dijo—. ¿Conoces el tema, eh? —Y sin aguardar la respuesta continuó —: Te controlé cuando pasaste delante de mí esta mañana, Dillon. Nada de cortes o titubeos en tus ademanes. Parecía que ibas a algún sitio y conocías el camino. Imaginé que debías ser Dillon; te relacioné con las ventas a la voz de ya. Y cuando dije que ser el mejor vendedor en este sitio no era mucho, era justo lo que quería decir. En mi libro estás fichado como vendedor de primera, pero aquí no has tenido ningún incentivo, nadie que te pisara los talones, sólo un atajo de burros; así que en general no te han agobiado mucho. A propósito, estoy poniendo en la calle a los vagos. Me importa un bledo si son vendedores a comisión o no. Si no ganan pasta, tampoco nos dejan en buen papel, y no podemos permitirnos tenerlos por ahí. ¿Y cuál es tu experiencia como vendedor, eh? Quiero decir, antes de venir aquí.

—Vender es todo lo que he hecho desde que salí de la escuela —dijo Roy sin saber a dónde pretendía ir a parar, pero deseando seguirle el rollo—. Di un nombre y lo he vendido. Material de puerta en puerta. Primas, cepillos, sartenes y ollas, revistas.

—Estás cantando mi canción —sonrió Kaggs a medio labio—. Soy de la clase de tío que se abrió camino en la escuela vendiendo suscripciones. Te pasaste al negocio de la venta a pequeños comerciantes cuando te uniste a nosotros, ¿por qué?

—Resulta más fácil que te abran la puerta —dijo Roy—, y te puedes hacer con clientela regular. La venta a comerciantes se despacha de un tiro.

Kaggs asintió con un gesto aprobante.

—¿Alguna vez fuiste supervisor de vendedores? Ya sabes, para controlarlos y mantenerlos despiertos.

—He organizado grupos de tienda en tienda —respondió Roy—. ¿Y quién no?

—Yo, por ejemplo. Parece que no tengo el talento.

—¿O el tacto? —sonrió Roy.

—O el tacto. Pero yo no cuento; me lo hago bien. La cosa es que Sarber & Webb necesita un jefe de ventas; ya debería tenerlo hace rato. Alguien que haya demostrado que es un vendedor y que pueda manejar a otros vendedores. Tendría que limpiar mucha madera apolillada, o devolverle un poco de savia. Contratar hombres nuevos y darles un buen recital si rebajan la mercancía. ¿Qué te parece?

—Me parece una buena idea —dijo Roy.

—Bueno, de mano no sé cuánto has hecho en tu mejor año. Creo que unos seis mil seiscientos. Pero ponlo de este modo. Subiremos la cifra en mil quinientos; ocho mil para redondear. Eso al principio, claro. Ocho mil el primer año y si no sirves te doy una patada. Pero estoy seguro de que servirás y con creces. Supe que eras mi hombre desde el primer minuto en que te vi. Y ahora que hemos zanjado esto voy a

pedirte un cigarrillo y tomarme una taza de café de verdad, y si a mi estómago no le gusta le daré una patada también.

Roy le tendió el paquete de cigarrillos. Con la rápida charla de Kaggs se había olvidado de considerar su verdadero significado.

Y dándose cuenta de repente, viniéndole a la mente como una sacudida, tembló al sostener la lumbre para Kaggs. Éste lo miró, pestañeando.

—¿Algo va mal? A propósito, ¿no te matan el café y los cigarrillos? Bueno, a tu úlcera.

Roy negó con la cabeza.

—Bueno, eh... no es una úlcera grave. Lo que pasa es que está en mal sitio; ha tocado una vena. Esto, mira Kaggs...

—Perk, Roy. Perk de Percy, y sonrío cuando lo digas. ¿Cuántos años tienes, Roy? ¿Veinticinco o veintiséis? Perfecto, no hay razón para que no puedas...

La mente de Roy trabajaba veloz. ¡Jefe de ventas! Él, Roy Dillon, timador de lujo, ¡Jefe de ventas! ¡Pero era imposible, mierda! Resultaría comprometedor, lo limitaría en exceso. Perdería la libertad de movimiento necesaria para llevar a cabo los timos. El trabajo en sí, su importancia, imposibilitaría tales actividades. Como vendedor a comisión le resultaba fácil entretenerse en lugares donde podía practicarse el timo. Pero como jefe de ventas de Sarber & Webb, ¡no! El mínimo desliz y al carajo.

No podía aceptar el empleo, y por otra parte, ¿cómo iba a rechazarlo sin levantar sospechas? ¿Cómo puede alguien rechazar un trabajo que está muy por encima de su listón, que no sólo era mejor que el que tenía sino además prometía mejorar sin duda?

—... me alegro de que quede zanjado, Roy —decía Perk Kaggs—. Ahora, ya hemos perdido bastante tiempo aquí, así que si has terminado tu café...

—Kaggs... Perk —dijo Roy—. No puedo hacer el trabajo, quiero decir que no puedo hacerlo de momento. Hoy es el primer día que me levanto y salgo y sólo me dejé caer para saludar y...

—Oh. —Kaggs lo miró con prudencia—. Bueno, estás un poco pálido. ¿Cuándo estarás listo?, ¿en una semana?

—Bueno..., el médico me va a hacer un chequeo dentro de una semana, pero no puedo asegurar que...

—Dos semanas entonces; o un poco más si lo necesitas. Habrá mucho trabajo y tienes que estar en forma para hacerlo.

—¡Pero necesitas a un hombre ya! No sería justo que...

—Yo me encargo de la sección justicia. —Kaggs se permitió una gélida sonrisa—. Las cosas llevan tanto tiempo yéndose al cuerno que un poco más no importa.

—Pero...

No quedaba nada más que decir. Tal vez se le ocurriera una excusa durante la

próxima semana, pero en aquel momento no le venía ninguna a la cabeza.

Cruzaron la calle juntos, y después cada uno se fue por su lado. Se metió en el coche inseguro, puso el motor en marcha y volvió a apagarlo.

¿Y ahora qué? ¿Cómo iba a pasar el tiempo que Kaggs le había concedido? Lo de vender, por supuesto, estaba descartado, ya que se sentía supuestamente indispuesto para trabajar. Pero quedaba lo otro, su verdadera ocupación; la fuente de ingresos ocultos tras los cuatro cuadros de payasos.

De nuevo puso el motor en marcha. Luego, con un gruñido medio contenido volvió a pararlo. Ya que el trabajo quedaba descartado lo mismo sucedía con el timo. No osaría manipular ni un truco; al menos antes del fin de semana. Para entonces ya sentiría esa acostumbrada ociosidad y sería capaz de abandonarse sin recelo al ajetreo nocturno.

El fin de semana. Y sólo era miércoles.

Pensó en Moira. Con una mueca inconsciente la apartó de su mente. Hoy no; lo de Carol aún estaba demasiado reciente.

Poniendo por tercera vez el coche en marcha, condujo un par de horas y después comió en un restaurante y regresó al hotel.

Pasó una inquieta tarde de lectura. Cenó y mató la noche en el cine.

De nuevo enfrentado a la ociosidad del día siguiente se sintió movido a llamar a Moira. Pero de algún modo, sin pensar en ello, marcó el número de Carol en su lugar.

Con voz soñolienta Carol le dijo que no podía verlo. No había ningún motivo para que se vieran.

—Oh, vamos, puede que sí lo haya —respondió él—. ¿Por qué no nos encontramos y charlamos de ello?

Ella vacilaba.

—¿Sobre qué exactamente?

—Bueno... ya sabes, sobre un montón de cosas. Comemos juntos y...

—No —dijo ella con firmeza—. No, Roy. Es imposible. Trabajo regularmente en el hospital. Turno de noche. Durante el día debo dormir.

—Entonces por la tarde. —De repente era muy importante para él verla—. Antes de que vayas a trabajar; o puedo recogerte por la mañana después de que acabes. Yo...

Se apresuró a decir que tenía un nuevo empleo. En fin, estaba pensando en aceptarlo. Quería conocer su opinión y...

—No —dijo ella—. No, Roy.

Y colgó.

## DIECISÉIS

Al día siguiente telefoneó a Moira Langtry. Pero nuevamente fue frustrado. Estaba sorprendido a la vez que irritado ya que de momento ella pareció acoger la idea de irse a La Jolla el fin de semana, pero se volvió atrás casi instantáneamente. No podía ser, le explicó. Al menos, debido a problemas femeninos, dificultades periódicas, no resultaría práctico. ¿Mañana? Mmm, no, se temía que no. Pero pasado mañana, domingo, sí sería posible.

Roy sospechaba que sencillamente estaba un poquitín molesta con él que era una especie de castigo por las inatenciones de las pasadas semanas. Evidentemente, no le apetecía ni por asomo suplicarle, así que contestó con aire desenfadado que le parecía bien el domingo también, y los planes se hicieron sobre tales bases.

Mató el resto del día, o la mayoría, con una excursión a las playas de Santa Mónica. Como el día siguiente era sábado ya estaba libre para dedicarse al timo otra vez. Pero tras ciertas vacilaciones mentales decidió en contra.

Lo dejaría pasar. No estaba de humor. Necesitaba recomponerse un poco más, sacudirse algunas inquietantes memorias que podrían añadirse a los riesgos de una profesión que ya tenía suficientes riesgos de por sí.

Haraganeó todo el día. Se puso melancólico; casi se compadecía a sí mismo. Vaya un modo de vida, pensó resentido. Siempre atento a cada palabra que pronunciaba, siempre escudriñando meticulosamente cada palabra que le decían. Y jamás realizando un movimiento que no estuviera cuidadosamente estudiado por adelantado. Figuradamente, caminaba por la vida en la cuerda floja, y solamente podía apartar su mente de ella bajo su propio riesgo.

Por supuesto, sus esfuerzos estaban bien remunerados. Rápidamente había acumulado un buen botín, y continuaría acumulándolo. Pero ahí estaba el problema; ¡sencillamente acumulaba! Tan inútil como un montón de cupones de detergente.

No hace falta ni decirlo, tal situación no se prolongaría por siempre; no viviría por siempre una vida de segunda clase en un hotel de segunda clase. En cinco años más su botín del timo ascendería lo suficiente como para retirarse y podría abandonar las precauciones ahora obligadas por el timo. Pero necesitaba aquellos cinco años para asegurarse dicho retiro, llenarlo con todas las cosas de las que había tenido que privarse. ¿Y si no vivía cinco años? ¿Ni siquiera un año? ¿O ni siquiera un día? ¿O ni siquiera...?

Tal reflexión se agotó en sí misma, y también a él. El interminable día pasó y se quedó dormido. Y después, milagrosamente, era de día. Después, por fin, tenía algo que hacer.

Iban a hacer el viaje en tren que partía para el sur a la una, y Moira iba a

encontrarse con él en la estación. Roy dejó el coche en el aparcamiento de la estación —alquilaría otro para las vacaciones— y sacó su bolsa del maletero.

Sólo eran las doce y cuarto, demasiado temprano para esperar a Moira. Compró los billetes, le dio los números de asiento, su bolsa y una buena propina a un mozo de estación y entró en el bar.

Tomó una copa, estirándola al máximo mientras consultaba ocasionalmente el reloj. A la una menos veinte se levantó de su taburete y salió del bar.

En domingo el tren del sur siempre iba atestado, transportando no solamente a civiles sino también a tropeles de marines y marineros que regresaban a sus bases en Camp Pendleton y San Diego. Roy los observó fluir ininterrumpidamente a través de las puertas numeradas y por las largas rampas que conducían a los trenes. Un poco nervioso consultó nuevamente su reloj.

La una menos diez. Había tiempo suficiente, claro, pero no demasiado. La estación tenía más de una manzana de ancho y la rampa hacia el tren casi lo mismo de largo. Si Moira no llegaba en aquel instante bien podía quedarse en casa.

La una menos cinco.

Menos cuatro.

Amargamente, Roy se dio por vencido y se dispuso a regresar al bar. No lo hacía intencionadamente, estaba seguro. Lo más probable era que la hubiese detenido un atasco de tráfico, una de las marañas de coches en los nudos de Gordian que afectaba los supuestos accesos de velocidad ilimitada. Pero ¡maldición!, ¡si saliera primero de los sitios en vez de esperar hasta el último minuto!

Oyó su nombre.

Se volvió y la vio atravesar la puerta de entrada corriendo detrás de un mozo que transportaba su equipaje. El hombre le mostró una sonrisa a Roy al pasar a su lado.

—Hago lo que puedo, jefe. Vengan detrás de mí.

Roy tomó a Moira por un brazo y la condujo detrás del hombre.

—Lo siento —se excusó—. ¡Ese maldito apartamento! El ascensor se quedó atascado y...

—No importa. Ahorra aliento —dijo él.

Cruzaron a la carrera el suelo de mármol del edificio, atravesaron la puerta de entrada y descendieron por lo que parecía una interminable rampa. Al otro extremo se encontraba el ferroviario, reloj en mano. Mientras se aproximaban lo guardó en su bolsillo y comenzó a subir por la corta rampa lateral del andén de carga.

Lo siguieron y lo pasaron.

Justo cuando el tren se ponía en marcha se subieron al último vagón.

Otro mozo los acomodó en sus asientos. Sin aliento, se dejaron caer pesadamente sobre ellos y en los treinta minutos siguientes apenas se movieron.

Por fin, cuando salían ya de la ciudad de Fullerton, Moira volvió la cabeza aún

apoyada sobre el blanco respaldo de su asiento y le sonrió.

—Es usted un buen hombre, McGee.

—Y usted una buena mujer, señora Murphy —dijo él—. ¿Cuál es su secreto?

—Ropa interior en la sopa de marisco. ¿Cuál es el suyo?

Roy dijo que el suyo se inspiraba en una lectura.

—Estaba leyendo una maravillosa historia cuando entraste. De un autor llamado Bluegum La Bloat. ¿Te suena?

—Mmm. Me resulta familiar.

—Creo que es su mejor trabajo —dijo Roy—. El escenario es un lavabo de hombres en una estación de autobuses, y los personajes, un aseado viejo y un gordo joven que viven en uno de los wáteres de monedas. Le piden poco a la vida. Solamente la intimidad de hacer lo que la naturaleza humana pide a veces. ¿Pero lo consiguen? ¡Mierda, no! Cada vez que se ponen a la faena si me perdonas el lenguaje, algún imbécil con diarrea entra corriendo y mete una moneda en la ranura. Y en su grosero abandono a la necesidad se pierden los propios deseos de ambos. Al final, al no ser fructíferos sus planes, recogen todos los corazones de manzana de los orinales y se adentran en los bosques para hacer un pastel.

Moira le ofreció una severa mirada.

—Voy a llamar al revisor —declaró.

—¿No podría comprar tu silencio con una copa?

—El silencio lo compro yo, un par de horas es lo que necesito después de esto. Pídete una copa y asegúrate de enjuagarte la boca con ella.

Roy se rió.

—Te espero si quieres.

—Vete —dijo Moira con firmeza, cerrando los ojos y recostándose sobre su asiento—. ¡Vete, chico, vete!

Roy le dio una palmadita en el costado. Poniéndose en pie atravesó dos vagones hasta el coche-bar. Se sentía bien otra vez, en forma de nuevo. Las introspectivas reflexiones de los últimos días lo habían abandonado, y casi le apetecía hacer una pirueta.

Como se imaginaba, el bar estaba atestado. A menos que pudiera escurrirse en algún grupo, que era justo lo que pretendía, no había sitio para sentarse.

Supervisó la escena aprobantemente, después se volvió al camarero.

—Un bourbon con agua —dijo.

—Lo siento, señor. No puedo servirle a menos que esté sentado.

—Veamos. De todos modos, ¿cuánto es?

—Ochenta y cinco centavos, señor. Pero no puedo...

—Dos dólares. —Roy asintió posando los dos billetes sobre la barra—. Cambio exacto ¿no?

Tomó el vaso y comenzó a atravesar el pasillo, balanceándose ocasionalmente con el movimiento del tren. A medio camino, se dejó balancear sobre una mesa donde se sentaban cuatro militares, tirando sus bebidas y vertiendo un poco de su copa sobre la mesa.

Se disculpó efusivamente.

—Tenéis que permitir que os pague una ronda. No, insisto. ¡Camarero!

Ampliamente complacidos lo instaron a sentarse, apretándose un poco en la mesa para hacerle sitio. Las bebidas llegaron y desaparecieron. Mientras protestaban Roy invitó a otra ronda.

—Pero no es justo, colega. La próxima vez invitamos nosotros.

—No, veterano —respondió Roy complacido—. No creo que me dé para beber otra pero...

Se detuvo mirando al suelo. Frunció el ceño y fijó más la vista. A continuación, agachándose, extendió su mano bajo la mesa e irguiéndose de nuevo, dejó caer un pequeño dado sobre ella.

—¿Se os ha caído a alguno, muchachos? —preguntó.

El dado corrió. Las apuestas se doblaron y redoblaron. Con la engañosa velocidad del tren el dinero manó hacia los bolsillos de Roy Dillon. Cuando sus cuatro víctimas se acordaran de él más tarde sería un “tío a tope”, tan amablemente preocupado por unas ganancias inintencionadas que no quería, tanto que los haría avergonzarse de cualquier pensamiento de duda por su parte. Cuando Roy se acordara de ellos más tarde..., pero no lo haría. Toda su mente se concentraba en “ellos”, en lo que tardaría en desplumarlos; en mantenerlos constantemente distraídos y desarmados. Y con tanta intensidad de concentración, con alimentar esas candentes llamas, ya no le quedaría nada sobre ellos que pensar más tarde. Ellos disfrutaban sus copas, las de Roy eran insípidas. De vez en cuando, uno de ellos iba al lavabo; él no podía. Ocasionalmente, miraban a través de la ventanilla comentando la belleza del paisaje, porque era precioso con todas aquellas playas nevadas, el verde y oro de las arboledas, las montañas azul grisáceo y las casas blancas con tejados rojos sorprendentemente parecidos a los del sur de Francia. Pero aunque Roy les hacía coro con algún comentario apropiado, no miraba donde ellos miraban, no veía lo que ellos veían.

Por fin, como resucitando de su concentración, se dio cuenta de que el vagón estaba casi vacío y que el tren avanzaba lentamente a través de los barrios periféricos de San Diego, final del trayecto.

Se puso en pie y tras chocarles la mano a los militares se volvió para salir del coche bar. Y allí a la entrada estaba Moira sonriéndole.

—Pensé que mejor venía a buscarte —dijo—. ¿Te has divertido?

—Oh, ya sabes. Estaba sólo jugándome unas copas a los dados —se encogió de

hombros—. Siento haberte dejado sola tanto tiempo.

—Olvidalo —le sonrió tomándolo del brazo—. No me ha dado más.



## DIECISIETE

Roy alquiló un coche en San Diego y condujo hasta el hotel de La Jolla donde iban a alojarse. Se encontraba asentado sobre un hermoso césped en un peñasco que dominaba el Pacífico.

Moira se sentía muy complacida con el hotel. Al respirar aquel limpio y fresco aire insistió en dar un paseo por los alrededores antes de entrar.

—Vaya, esto es estupendo —declaró—. ¡Esto es vida! —y mirándolo seductoramente—. No sé cómo agradecértelo.

—Oh, ya se me ocurrirá algo —contestó Roy—. Tal vez puedas enjuagarme los calcetines.

Roy cubrió los registros y siguieron al botones al piso de arriba. Sus habitaciones se encontraban en lados opuestos de un pasillo. Moira lo miró interrogantemente exigiendo una explicación.

—¿A qué viene lo del *apartheid*? —dijo—. No es que no pueda soportarlo si tú puedes...

—He pensado que sería mejor así, habitaciones separadas registradas a nombre de cada uno. Ya sabes, por si surgiera algún problema.

—¿Y por qué iba a surgir algún problema?

Roy le contestó en tono despreocupado que no tenía por qué surgir ninguno; no existía razón para ello.

—Pero ¿por qué correr riesgos? Además estamos en frente. Ahora, si quieres que te muestre lo conveniente que es...

La atrajo hacia sí y permanecieron unos instantes abrazados. Pero cuando él se dispuso a proseguir desde ese punto ella se apartó.

—Luego, ¿vale? —Se inclinó ante el espejo para arreglarse despreocupadamente el cabello—. Me di tanta prisa por la mañana que estoy a medias.

—Pues luego —asintió Roy en gesto aprobante—. ¿Te apetece comer algo ahora o prefieres esperar a la cena?

—A la cena, desde luego.

La dejó aún inclinada ante el espejo y se fue a su propia habitación. Mientras deshacía la bolsa de viaje, decidió que más que estar mosqueada por lo de las habitaciones separadas, sentía curiosidad; en cualquier caso, tal arreglo era imperativo. Se le conocía como soltero. Desviarse de esa soltería conllevaba el utilizar un nombre falso. ¿Y dónde quedaba entonces su tapadera de protección tan detallada y dolorosamente edificada durante años?

Estaba ligado a la tapadera, ligado a ella y ligado por ella. Si Moira se sorprendía o se mosqueaba, ya podía dejar de hacerlo. Deseaba no haber tenido que darle

ninguna explicación; las explicaciones siempre resultan mal. También le molestaba que ella lo hubiera visto operando en el coche bar. Pero los deseos y las molestias eran pequeños detalles, reflexiones más vanas que inquietantes.

Era normal apostarse una copa. Era normal mostrarse precavido al registrarse en un hotel. ¿Por qué iba Moira a pensar en lo primero como una actividad profesional y en lo segundo como su tapadera, una tapadera que siempre debería ir unida a él como su sombra?

Al terminar de deshacer su equipaje Roy se tendió sobre la cama, sorprendentemente agradecido ante aquella oportunidad para descansar. No se había dado cuenta de lo cansado que estaba, de que pudiera alegrarse tanto por descansar un rato. Al parecer, reflexionó, aún no se encontraba completamente recuperado de los efectos de la hemorragia.

Arrullado por los distantes latidos del océano se rindió a un reconfortante sueño, despertando justo antes del atardecer. Se estiró perezosamente y se sentó, sonriendo inconscientemente por el placer de aquella comodidad. Una brisa de salino perfume entró por las ventanas. A lo lejos, en el Oeste, bajo un cielo pastel, un sol rojo anaranjado se hundía lentamente en el océano. Había visto muchas veces el sol ponerse en el sur de California, pero cada vez resultaba una experiencia nueva. Cada crepúsculo parecía más hermoso que el último.

De mala gana, al oír el teléfono, se apartó de aquel esplendor. La voz de Moira era animada.

—¡Buu, feo! ¿Me vas a invitar a cenar o no?

—Por supuesto que no —dijo él—. Dame una buena razón para que lo haga.

—Imposible. No por teléfono.

—Entonces escíbeme una carta.

—Imposible. El correo no funciona los domingos.

—Disculpas —refunfuñó él—. ¡Siempre disculpas! Bueno, de acuerdo, pero solamente hamburguesas.

Tomaron unos cócteles en el bar del patio del hotel. Después, adentrándose en la ciudad, cenaron en una marisquería con una espléndida panorámica del océano. Moira había declarado un armisticio con su dieta y probó con creces que pretendía cumplirlo.

Comenzaron con un cóctel de langosta, de hecho una comida por sí mismo. El plato principal consistió en una crepitante fuente de mariscos variados rodeados de patatas delicadamente doradas, todo ello servido con pan de ajo y una buena ensalada. Después tomaron el postre, un inflado pastel de queso, y abundante café solo.

Moira suspiró alegremente al aceptar un cigarrillo.

—Como dije antes, ¡esto es vida! ¡De verdad te digo que no puedo moverme!

—Entonces no te apetecerá bailar, claro.

—Tonto —dijo ella—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Le encantaba bailar y lo hacía muy bien, como por la misma razón también él se defendía. En más de una ocasión sorprendió las miradas de otros clientes fijos en ellos. Al verlos también, Moira se apretó contra él, inclinando su flexible cuerpo sobre el de Roy.

Tras una hora o así de baile, cuando la pista se volvió opresivamente atestada, se fueron a dar un paseo en coche a la costa bajo la luz de la luna, dando la vuelta al llegar a la ciudad en Oceanside. Las rizadas olas de la marea nocturna espumaban fósforo. Se aproximaban desde los abismos del océano enrollándose sobre sí mismas, batiendo la playa en series rítmicas de rugidos atronadores. Entre los bajos rocosos de la playa relucía esporádicamente la negrura de alguna foca.

Eran casi las once cuando regresaron al hotel. Moira contenía un bostezo. Se disculpó comentando que era el tiempo, no la compañía. Pero cuando llegaron a las puertas de sus habitaciones, le tendió la mano para darle las buenas noches.

—¿No te importará, eh Roy? Ha sido una velada maravillosa, supongo que me he gastado.

—Pues claro que sí —dijo él—. Yo también estoy bastante cansado.

—¿Pero estás seguro? ¿Seguro que no te importa?

—Lárgate —dijo él empujándola hacia su puerta—. No pasa nada.

Pero claro que pasaba algo, y por supuesto que le importaba un montón. Entró en su propia habitación conteniendo un enfurecido impulso de meter un portazo. Tras deshacerse de sus ropas se sentó al borde de la cama y chupeteó airadamente un cigarrillo. ¡Unas vacaciones a tope, eso era! ¡Se tendría bien merecido el que se largara y la dejara plantada!

El teléfono sonó débilmente. Era Moira. Habló con risa sofocada.

—A-Abre tu puerta.

—¿Qué? —sonrió a la expectativa—. ¿Para qué?

—Abrela y averigúalo, cabeza hueca.

Colgó y abrió la puerta. Escuchó un sibilante “¡pasillo!” desde la puerta de enfrente. Se echó hacia atrás y Moira apareció dando brincos por el pasillo. Su negro cabello estaba recogido en un firme moño. Completamente desnuda y con un dedo apoyado en su barbilla describió una reverencia ante él.

—Espero que no le importe, señor —dijo—. Acabo de lavar mi ropa y no sabía lo que hacer con ella. —Después, gorgoteando, atragantada por la risa, se echó en sus brazos—. ¡Ay, chico! —balbució—. ¡Si hubieses podido verte cuando te di las buenas noches! Parecías tan... tan... a, ja, ja, ja...

La tomó en brazos y la posó sobre la cama.

Lo pasaron a tope.

## DIECIOCHO

Pero después, cuando ella regresó a su habitación, lo abordó la depresión, y lo que le había parecido un rato genial se tornó desagradable, incluso ligeramente repugnante. Era la depresión de la saciedad, la cola de la cometa de la falta de moderación. Flotabas a lo alto, a lo lejos, generosamente, aprovechándote de la brisa que podría transportarte indefinidamente. Y después todo se terminaba, y te hundías, te hundías, te hundías.

Revolviéndose inquieto en la oscuridad, Roy se convenció a sí mismo de que aquella melancolía era natural y un precio muy bajo por lo que había recibido. Pero en cuanto a lo último no estaba demasiado convencido. Existía demasiada monotonía en los deleites de la velada. Había seguido esa misma ruta demasiadas veces. Había estado allí antes, malditamente a menudo, y aunque viajaras marcha atrás, hacia adelante, o caminando sobre las manos, siempre llegabas al mismo sitio. Llegabas a ningún sitio, en otras palabras, y cada viaje se llevaba un poco más de ti.

Y sin embargo, ¿deseaba realmente que las cosas cambiaran? Incluso ahora, en medio de la tristeza, ¿no estaban ya sus pensamientos desplazándose hacia afuera, al otro lado del pasillo? Sacó las piernas de la cama y se sentó al borde. Encendió un cigarrillo, se echó un batín por encima de los hombros y permaneció allí sentado contemplando la noche de luna. Pensaba que tal vez no fuera ni él ni ellos, ni él ni Moira, lo que le había producido aquella triste desesperación. Tal vez se trataba de una combinación de detalles.

Aún no había recobrado todas sus fuerzas. Había utilizado un montón de energía para alcanzar al tren. Y practicar el timo después de un período de ausencia tan largo le había sometido a una tensión inusual. Luego, habían concurrido un sinfín de detalles; por ejemplo, la curiosidad de Moira sobre las habitaciones separadas. Y aquella cena tan pesada, por lo menos el doble de lo que necesitaba o le apetecía. Y después de todo ello...

Su mente se instaló en la cena, en su copiosidad y potencia. Y de repente el cigarrillo tenía un sabor asqueroso, y una ola de náusea se extendió por su estómago. Corrió hacia el baño con una mano en la boca y los carrillos hinchados. Y llegó a duras penas.

Se deshizo de la comida, de cada uno de sus asquerosos bocados. Se enjuagó la boca con agua templada y bebió varios vasos de agua fría. E inmediatamente comenzó otra vez a vomitar.

Inclinado ante el lavabo examinó su estómago con ansiedad, y para su tranquilidad lo encontró limpio. No se veía traza marronácea alguna que indicase hemorragia interna.

Temblando ligeramente regresó deprisa a la cama y se cubrió con las mantas. Ya se sentía mucho mejor, más ligero y más limpio. Cerró los ojos y se quedó dormido al instante.

Durmió profundamente, sin sueños, aparentemente comprimiendo dos horas de sueño en una. Se despertó sobre las seis y media; sabía que ya había gozado de su ración y que dormir más resultaba incuestionable.

Se afeitó, se duchó y se vistió. Todo ello no le llevó más de media hora, aunque lo realizó con toda la calma posible. Así que allí estaba, sólo las siete de la mañana y tan desocupado como si se encontrara en Los Ángeles.

Evidentemente no podía llamar a Moira a aquella hora. Le había dicho que tenía la intención de dormir hasta el mediodía y que no repararía en asesinar al que se atreviera a despertarla antes. De todos modos tampoco tenía prisa por ver a Moira. Ya era bastante con tener que recuperarse como para encima verse obligado a entretenerla a ella.

Bajó a la cafetería del hotel y se tomó unas tostadas y café. Pero lo hizo exclusivamente por disciplina, costumbre. Pasase lo que pasase la noche anterior un hombre desayunaba por la mañana. Desayunaba, con hambre o sin ella; de lo contrario se vería inevitablemente envuelto en problemas.

Al descender por el sendero de gravilla blanca hasta la roca que dominaba el océano, permitió que sus ojos erraran sin rumbo fijo por la amplia extensión de mar y arena: las blancas crestas de aspecto glaciar, las oscilantes velas en la distancia, las majestuosas gaviotas siempre al acecho. Desolación. Lo eterno, lo infinito. Al igual que la concepción de Dostoievski sobre la eternidad, una mosca dando vueltas alrededor de un retrete; los contados indicios de vida que no hacían más que enfatizar la soledad.

Y a aquella hora de la mañana, un poco de esto último, acompañaba a Roy Dillon. Bruscamente se apartó de todo ello y se dirigió al coche alquilado.

El café y las tostadas no le habían sentado demasiado bien. Le hacía falta algo que le entonasen el estómago y sólo se le ocurría una cosa. Una botella de buena cerveza, o mejor aún, de Ale. Y estaba seguro de que no la encontraría a una hora tan temprana en una comunidad como La Jolla. Allí los bares, o mejor dicho, las coctelerías, no abrían hasta poco antes del almuerzo. Si existían bebedores matinales en la ciudad, e indudablemente existían, tendrían sus propios bares fichados.

Virando hacia San Diego, Roy salió de los barrios periféricos de La Jolla para adentrarse en los más humildes, reduciendo ocasionalmente la marcha para un rápido vistazo apreciativo a los varios establecimientos. Muchos de ellos estaban abiertos, pero no eran lo que buscaba. Sólo tendrían cervezas de la costa oeste, las cuales para el gusto de Roy resultaban imbebibles. Estaba claro que ninguno de ellos tendría

buen a Ale. Aproximándose a San Diego ascendió por Mission Valley unos kilómetros; después, bordeando una elevada colina, se adentró en Mission Hills. Allí, tras vagar unos treinta minutos, encontró el lugar apropiado. No se trataba en absoluto de un lugar lujoso; ninguna de aquellas elegantes coctelerías donde las bebidas eran secundarias con respecto al ambiente. Sencillamente, un buen bar de aspecto sólido, con un aire que le inspiró inmediatamente confianza.

El propietario contaba dinero ante la máquina registradora cuando Roy entró. Era un hombre delgado pero fuerte, de cabello gris y bronceado rostro de arrugada sonrisa. Asintió con un gesto de saludo a través del espejo posterior.

—Sí, señor. ¿Qué va a ser?

Roy lo nombró y el propietario le contestó que por supuesto que tenía buena Ale: si la Ale no era buena era bazofia.

—¿La quiere de importación o Ballantine?

Roy eligió Ballantine y el hombre se mostró complacido ante tal gratificante reacción.

—¿Es buena, eh? ¿Sabe?, creo que yo también voy a tomarme una.

A Roy le gustó el tipo de inmediato; el sentimiento era recíproco. Le gustaba el aspecto de aquel sitio, su modesta honestidad y decencia; el sosegado orgullo de su propietario por ser el dueño.

Al cabo de diez minutos ya se tuteaban. Roy le explicó el motivo de su presencia en la ciudad. Le dijo que utilizaba sus vacaciones como excusa para beber fuera de las horas punta. Bert, el dueño, le confesó que también él solía evitar la copa del mediodía, pero como se iba de vacaciones al día siguiente, ¿qué había de malo en romper la costumbre?

Entraron dos hombres, se bebieron de golpe un trago doble y se marcharon inmediatamente. Bert los contempló con aire de tristeza y regresó hasta donde estaba Roy. Aquella no era forma de beber, dijo. De vez en cuando incluso el mejor de los hombres necesitaba una copa o dos por la mañana, pero aún así, aquél no era modo de beber.

Al alejarse de nuevo para atender a otro cliente, rozó al pasar una pequeña caja con frutos secos y salados, desplazándola de su posición. Al mirar distraído en esa dirección, Roy vio algo que le hizo fruncir el ceño. Se levantó un poco en su taburete para ver mejor y asegurarse de lo que era. Volvió a sentarse sorprendido e inquieto.

¡“Un Punchboard”! ¡Un Punchboard en un sitio como aquel! Bert no era un tonto, ni para que lo timasen ni en la realidad cotidiana, pero un Punchboard era un artículo exclusivamente de tontos.

En sus comienzos en el mundo del timo existían todavía pandillas que se trabajaban aquellos tableros, un hombre los instalaba y otro le sacaba la pasta. Pero llevaba años sin verlos. Todo el mundo los había retirado hacía mucho tiempo, e

intentar instalar uno ahora era lo mismo que pedir a gritos una fractura de mandíbula.

Por supuesto que algunos comerciantes y camareros todavía los compraban para pinchar los números ganadores al principio, y de este modo los clientes no tenían la más mínima oportunidad de obtener el premio. Pero Bert no haría eso. Bert...

Roy se rió irónicamente para sus adentros y tomó un espumoso trago de Ale. ¿Qué era aquello? ¿Es que él, Roy Dillon, iba a preocuparse ahora por la honestidad o no honestidad de un camarero, o por la posibilidad de timarlo?

Había entrado otro cliente, un obrero vestido de caqui, y Bert le estaba sirviendo una Coca-Cola. Regresó de nuevo con dos botellas de Ale y volvió a llenar los vasos. Entonces, Roy hizo como si descubriera el tablero.

—Ah, ese chisme. —Bert lo retiró de la barra trasera y se lo colocó enfrente—. Un tipo se lo dejó olvidado hace tres o cuatro meses. No me di cuenta hasta que se marchó. Iba a tirarlo pero de vez en cuando entra algún cliente que quiere probar su suerte, así que... —hizo una pausa incitante—. ¿Quieres probar? Las posibilidades van desde un centavo a un dólar.

—Bueno. —Roy observó el tablero.

Impresas en la parte superior aparecían cinco monedas doradas de imitación que representaban premios en metálico desde cinco hasta cien dólares. Bajo cada una de ellas había un número. Para ganar era necesario pinchar acertadamente un número o varios de entre los miles que aparecían en el tablero.

Ninguna de las cifras ganadoras estaba pinchada. Evidentemente, Bert era tan honesto como aparentaba.

—Bueno —dijo Roy tomando la llave metálica que colgaba del tablero—. ¿Qué puedo perder?

Pinchó unos cuantos números lentamente para que Bert los inspeccionara. Al sexto intento acertó el premio de cinco dólares, y Bert sonriente depositó billete sobre billete. Roy lo dejó en la barra fijando de nuevo su atención en el tablero.

No podía decirle a Bert que aquel era un truco para primos. Hacerlo revelaría un conocimiento que ningún hombre honrado debería poseer. Lo que estaba claro, a pesar de que alguien más iba a hacerlo, era que no quería robarle a aquel tipo. El timo no era para él aquel día, o eso pensó. Sencillamente, no había suficiente en juego.

Si acertaba cada premio del tablero las ganancias ascenderían a menos de doscientos dólares. Y naturalmente, nunca lograría acertarlos todos. Los profesionales del ramo siempre se tiraban al premio gordo y dejaban los demás en paz. Pero él ya había acertado el de cinco dólares, así que...

Pinchó el número de diez dólares. Aún sonriente, más complacido que desconcertado, Bert volvió a colocar el dinero sobre la barra. Roy sacó la llave metálica para un nuevo intento.

Aquel era el modo de hacerlo, decidió. El modo de apartar el tablero de la

circulación. Un premio más, el de veinticinco, y le comentaría a Bert que algo debía funcionar mal en aquel aparato. Bert se vería obligado a deshacerse de él. Y Roy, por supuesto, se negaría a aceptar las ganancias.

Pinchó el tercer número “de la suerte”. Haciéndose el sorprendido se aclaró la garganta para la advertencia. Pero Bert, cuya sonrisa era más rígida ahora, se había vuelto para mirar al cliente de la Coca-Cola.

—¿Sí, señor? —le preguntó—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, señor —respondió el hombre en tono alegre pero firme—. Sí, señor, una cosa más. ¿Tiene usted licencia de juego?

—¡Huh! ¿Qué...?

—¿No la tiene, eh? Muy bien, le diré otra cosa que tampoco tiene; que no va a tener más. Su licencia de alcohol.

—P-pero... —Bert había palidecido bajo su bronceado rostro. Las licencias de alcohol en California cuestan una pequeña fortuna—. ¡P-pero no puede hacerme eso! Sólo estábamos apostándonos...

—Cuéntaselo a los chicos de la Federal. Yo soy local —le mostró su cartera con las credenciales. Luego, asintió fríamente hacia Roy—. Es usted bastante bobo, señor. Nadie excepto un enterado intentaría timar a un primo con tres aciertos de una sentada.

Roy lo miró con tranquilidad.

—No tengo ni idea de qué me habla —dijo—. Y no me agrada su lenguaje.

—¡En pie! ¡Voy a arrestarle por tramposo!

—Está cometiendo un error, oficial. Soy vendedor y...

—¿Me quieres complicar la vida?, ¿eh? ¡Asqueroso timador hijo de puta...!

Tomó a Roy por las solapas y poniéndolo en pie bruscamente lo estampó contra la pared.



## DIECINUEVE

Primero fue el registro; vaciado de bolsillos, cacheo de pies a cabeza y la inspección manual a ambos lados de los testículos. Después vinieron las preguntas sucedidas por respuestas que fueron inmediatamente etiquetadas de mentiras.

—¡Tu nombre verdadero, maldito seas! ¡Me importan un bledo estas credenciales falsas! ¡Todos los tramposos las tenéis!

—Ése es mi verdadero nombre. Vivo en Los Ángeles y llevo trabajando cuatro años para la misma compañía...

—¡No me cuentes más bolas! ¿Quién se trabaja los tableros contigo? ¿En cuántos sitios habéis utilizado esta estratagema?

—He estado enfermo. Llegué a La Jolla anoche... con una amiga, de vacaciones.

—¡Muy bien, muy bien! Ahora vamos a empezar de nuevo y ¡por Dios que mejor empiezas a cantar!

—Agente, aquí en la ciudad hay por lo menos cien comerciantes que pueden identificarme. Llevo años vendiéndoles y...

—¡Cállate! ¡Deja de contarme esa mierda! ¡Cuál es tu verdadero nombre!

Las mismas preguntas una y otra vez. Las mismas respuestas una y otra vez. A cada instante el poli se volvía hacia el teléfono de la pared para pasar la información y que la comprobasen. Pero aunque tal información se verificase no se daría por vencido. Sabía lo que sabía. Con sus propios ojos había visto a aquel tramposo trabajarse ágilmente el tablero y sacar tres premios. Y a pesar de la perfecta tapadera de Roy, ¿cómo iba a ignorar un timo evidente?

De nuevo estaba al teléfono, su duro rostro malhumorado al enterarse de las respuestas a sus preguntas. Roy miró de soslayo a Bert. Fijó su mirada sobre el tablero y de nuevo levantó la vista hacia Bert. Asintió casi imperceptiblemente; no estaba seguro de que Bert hubiera recibido su mensaje.

El poli colgó el teléfono con brusquedad. Contempló a Roy irritado, se pasó una carnosa mano por la cara y titubeando, intentó articular las palabras que la situación exigía, las disculpas que ultrajaban su instinto y se burlaban de la evidencia recogida por sus ojos.

Desde detrás de la barra Roy escuchó un rechinar sordo, el ruido del triturador de basura. Sonrió para sus adentros.

—Bien, agente —dijo—. ¿Alguna otra pregunta?

—Eso es todo. —El poli meneó la cabeza—. Parece que he cometido un error.

—¿Sí? Me estampa contra la pared y me insulta, me trata como a un criminal. Y después me dice que parece que ha cometido un error. ¿Se supone que eso lo arregla todo?

—Bueno... —Labios apretados, escupiendo las palabras—. Lo siento, perdón. No era mi intención.

Roy se alegraba de que todo quedase aclarado. Violentemente el poli se volvió hacia Bert.

—¡Muy bien, señor! ¡Quiero que me dé el número de su licencia de alcohol! Voy a acusarlo por... por: ¿dónde está ese tablero?

—¿Qué tablero?

—¡Maldito sea, no me venga con esa mierda! ¡El tablero que estaba justo aquí en la barra... el que este tipo estaba operando! ¡Ahora, o me lo da o yo mismo lo encontraré!

Bert tomó un trapo y se puso a limpiar la barra.

—Suelo hacer limpieza a esta hora del día —dijo—. Retiro las chatarras y las tiro al triturador de basura. Pero no puedo asegurarle que haya visto algún tablero, aunque si había uno aquí...

—¡Lo ha tirado! ¿Cree, cree que va a salirse con la suya?

—¿Y no es así? —dijo Bert.

El poli comenzó a tartamudear furiosas incoherencias.

—¡Se va a enterar, por Dios que se enterará! —Y volviéndose hacia Roy—: ¡Usted también, señor! ¡No crea que me la ha dado! ¡Voy a estar al acecho y la próxima vez que pise esta ciudad...!

Se giró sobre sus talones y salió a paso airado del bar. Sonriendo, Roy volvió a sentarse en su taburete.

—Parece como si estuviera picado por algo ¿no? —dijo—. ¿Qué hay de otra Ale?

—No —respondió Bert.

—¿Qué? Oye, mira, Bert, siento que te causara problemas, pero el tablero era tuyo. Yo no...

—Lo sé. El error fue mío. Pero nunca cometo el mismo error dos veces. Ahora quiero que te vayas y no quiero que regreses.

Entró otro cliente y Bert se fue a atenderlo. Roy se levantó y se fue.

La deslumbrante luz solar le pegó de lleno en la cara, doblando su efecto por el contraste con el bar fresco y en sombra. La cerveza fría —¿cuánta habría bebido?— se agitó en su estómago y luego poco a poco volvió a asentarse.

En modo alguno estaba borracho. Jamás se emborrachaba. Pero no sería inteligente regresar a La Jolla sin comer.

Había un pequeño restaurante en la esquina, donde se tomó un tazón de sopa y dos tazas de café solo. Con sorpresa se percató de la hora que era cuando se marchaba: la una y cinco. Buscó a su alrededor un teléfono. Pero no había, ni tampoco encontró una cabina, así que se dirigió al coche.

Decidió que seguramente sería mejor no llamar a Moira. La policía la habría

llamado y no le apetecía darle explicaciones por teléfono.

Descendió la enorme colina hasta Mission Valley, después tomó la carretera de la izquierda que conducía hasta la costa. Se tardaba unos veinte minutos en llegar a La Jolla, veinticinco en alcanzar las afueras. Entonces estaría de vuelta en el hotel con Moira y le explicaría en tono despreocupado que el problema con la bofia había sido un...

¿Caso de error de identidad? No, no. Algo más ordinario, algo como consecuencia lógica de una circunstancia inocente. El coche, por ejemplo, era un coche alquilado. La última persona que lo había utilizado estaba mezclada en una seria violación de tráfico. Había huido, digamos, de la escena de un accidente. Así que la policía vio el coche aquella mañana...

Bueno, claro, la historia presentaba inconsistencias, la policía tenía que saber que se trataba de un coche alquilado por la matrícula. Pero a él no le correspondía explicar eso. Él había sido la víctima de un planchazo policial. ¿Quién entendía sus errores?

*“Una mañana a tope, pensó. El tablero era de Bert. ¿Por qué tenía que mosquearse conmigo? ¿A mí qué demonios me importa lo que crea un camarero?”*

Cerca del cruce con Pacific Highway el tráfico se espesó, y al llegar a la carretera de la costa ya estaba atascado en un nudo de cuatro carriles que dos polis luchaban por deshacer. Tal aglomeración no encajaba en el patrón normal de un lunes de San Diego. El tráfico no estaba tan mal ni durante los cambios de turnos de la planta de aviones, además tampoco era la hora.

Los vehículos se deslizaban lentamente, el de Roy inmerso entre ellos. Casi una hora más tarde, cerca de Mission Beach, salió de la carretera para entrar en una estación de servicio. Y allí se enteró del motivo de la congestión.

Los caballos corrían en Del Mar. Era el comienzo de la temporada local de carreras de caballos.

En otros treinta minutos el tráfico era menos denso, y regresando a su ruta alcanzó La Jolla veinte minutos más tarde. Llegaba con mucho retraso y al entrar en el hotel llamó a Moira desde el vestíbulo. No hubo respuesta, pero había dejado un mensaje para él al encargado.

—Oh, sí, señor Dillon. Me rogó que le comunicase que se había ido a las carreras.

—¿Las carreras? —Roy frunció el ceño—. ¿Está seguro?

—Sí, señor. Pero sólo iba a quedarse a la mitad del programa del día. Dijo que regresaría temprano.

—Ya veo —asintió Roy—. A propósito, ¿Ha llamado la policía preguntando por mí?

El empleado admitió con delicadeza que sí, añadiendo que también habían llamado a la señora Langtry.

—Naturalmente, hemos dado las mejores referencias sobre usted, señor Dillon. No habrá sido, esto, nada serio, espero.

—Nada, gracias —dijo Roy, y subió a su habitación.

Permaneció un rato mirando a través de los ventanales franceses, contemplando el mar brillante por los rayos de sol. Después, con los ojos ligeramente doloridos, se tendió en la cama dejando que sus pensamientos vagasen a su libre albedrío. Penetró en ellos para casarlos con recelo e instinto hasta que formaron un patrón uniforme.

Primero estaba la curiosidad sobre su modo de vida y el trabajo que hacía. ¿Por qué permanecía año tras año en un lugar como el Grosvenor-Carlton? ¿Por qué seguía estancado año tras año en un empleo como vendedor a comisión? Después estaban las sutiles quejas acerca de su relación. En realidad no se “conocían”, necesitaban “conocerse mejor”. Por ese motivo había organizado la excursión, para conocerse mejor, ¿y cómo pasaba ella el tiempo? Bueno, pues dejándolo solo a cada oportunidad que se le presentaba, y luego sentándose tranquilamente a verlas venir.

Así que estaba al tanto; debía estarlo. Sus acciones de aquel día lo probaban...

La policía la había llamado preguntando por él y sin embargo, no estaba preocupada ni lo más mínimo. Tenía la seguridad de que no habría problema, pues su tapadera llevaba años funcionando y así continuaría fuera cual fuera el problema. Así que como ya había averiguado todo lo que necesitaba se había ido a las carreras.

Las carreras...

Bruscamente se sentó con ceñudo gesto, su mansa irritación con ella transformándose en rabia.

Se había encargado de posponer al máximo la excursión a La Jolla. Después de desear tanto ese viaje lo retardaba sin explicación aparente..., hasta aquella semana.

“El comienzo del mitin de Del Mar. Las pistas en Los Ángeles quedaban temporalmente cerradas e inactivas”.

O... tal vez no. No podía estar completamente seguro de que Moira se dedicara a curiosear en los asuntos de Lilly al igual que había curioseado en los de él. Puede que sólo estuviera ofendida por haberla dejado sola tanto tiempo y se hubiera ido a las carreras como modo de expresar su descontento.

Moira regresó al hotel sobre las cuatro, quejándose en tono festivo de la incomodidad del paseo en coche, fingiendo ponerle mala cara a Roy por irse sin ella.

—Pensé que te daría una lección, ¡grandísimo canalla! No estás furioso ¿no?

—No estoy muy seguro. Tengo entendido que la poli te llamó preguntando por mí.

—Ah, eso —se encogió de hombros—. ¿Y cuál era el problema?

—¿No se te ocurre nada?

—Bueno... —comenzó a retraerse un poco. Acercándose a la cama se sentó con cautela a su lado—. Roy, llevo mucho tiempo queriendo decírtelo. Pero antes quería

asegurarme de que ...

—Corta el rollo —dijo Roy insensiblemente—. ¿Has visto a Lilly en las carreras?

—¿Lilly? Ah, quieres decir tu madre. ¿No vive en Los Ángeles?

Roy le contestó que así era.

—Pero las pistas de Los Ángeles cerraron la semana pasada, así que debe estar aquí en Del Mar, ¿no te parece?

—¿Cómo voy yo a saberlo? ¿A dónde quieres ir a parar, eh? —se quejó ella. Se puso en pie y él la sujetó asiéndola por el frente de su vestido.

—Voy a preguntártelo de nuevo. ¿Has visto a Lilly en las pistas de Del Mar?

—¡No! ¿Cómo iba a verla? ¡Me senté en el club!

Roy mostró una leve sonrisa y le indicó su metedura de pata.

—Y Lilly no se sentaría en el club ¿no? ¿Cómo sabías eso?

—Porque... —Se ruborizó por la culpabilidad—. Muy bien, Roy, la he visto. Estaba fisgando. ¡Pero no es lo que tú te crees! Sólo sentía curiosidad por ella, quería saber a qué había venido a Los Ángeles. ¡Como siempre era tan grosera conmigo sabía que me pondría pingando ante ti a cada oportunidad que se le presentara! Pensé que quién se creía ella para sentirse tan superior y poderosa. Hablé con un amigo mío de Baltimore y...

—Ya veo. Debes de tener unos amigos que están muy enterados.

—Roy —dijo en tono suplicante—. No te enfades conmigo. No sería capaz de hacerle daño como tampoco te lo haría a ti.

—Mejor no lo intentes nunca —dijo él—. Lilly viaja con una compañía demasiado rápida.

—Lo sé —asintió con sumisión—. Lo siento, querido.

—¿Y Lilly no te vio a ti?

—Oh, no. No anduve por ahí, Roy, en serio. —Lo besó son-riéndole a los ojos—. Bueno y nosotros...

—Sí —asintió—. Podemos muy bien regresar a Los Ángeles ¿no? Ya has averiguado lo que querías saber.

—Mira cariño, no te lo tomes así. Lo sé hace mucho tiempo. Sólo esperaba una buena oportunidad para hablar contigo.

—Bueno, ¿y qué es lo que sabes de mí?

—Sé que eres un manipulador del timo corto. Y al parecer uno muy bueno.

—Hablas la jerga. ¿Cuál es tu rama?

—El grande, el timo grande.

Él asintió, esperó. Ella se arrimó a él tomando su mano y posándola sobre su pecho.

—Formaríamos un equipo de primera, Roy. Pensamos igual; nos llevamos bien. Mira querido, ¡podríamos trabajar dos meses y vivir a tope el resto del año! Yo...

—Espera —dijo él apartándola amablemente—. No hay que precipitarse, Moira. Esto requiere mucha charla.

—¿Y bien? Entonces charlemos.

—Aquí no. No hemos venido aquí por negocios.

Ella buscó su cara y su sonrisa se desvaneció ligeramente.

—Ya veo —dijo—. Te resulta duro rechazarme aquí. Resultará más fácil en terreno conocido.

—Eres lista —dijo Roy—. Tal vez seas demasiado lista, Moira. Pero yo no he dicho que lo rechazara.

—Bueno... —Se encogió de hombros y se levantó—. Si lo quieres así.

—Lo quiero así —dijo.

## VEINTE

Tomaron el tren de las seis de vuelta a Los Ángeles. Iba lleno como el tren en el que habían venido, pero la composición de la multitud resultaba distinta. Estos pasajeros eran principalmente hombres de negocios, gente que tras terminar su larga jornada en San Diego regresaba a sus hogares en Los Ángeles, u otros que vivían en San Diego y tenían que estar en Los Ángeles por la mañana temprano. Luego, estaban unos pocos que habían prolongado el fin de semana y se enfrentarían a reproches o algo peor cuando llegaran a la metrópoli californiana.

Definitivamente, el espíritu vacacional estaba ausente. Una especie de melancolía impregnaba el tren, y parte de ella envolvía a Moira y a Roy.

Tomaron una copa en el medio vacío coche bar. Después, al enterarse de que el tren no llevaba comedor, permanecieron allí el resto del trayecto. Sentados en la confortable intimidad de una mesa privada, el muslo de ella se apretaba afectuosamente contra el de él, mientras contemplaba la lastimera soledad del mar, las desnudas y anhelantes colinas, las casas firmemente cerradas a todo lo que no fuera ellas mismas. La idea que le había propuesto a Roy, algo que era un mero deseo, se convirtió en un objetivo imprescindible, algo que debía ser.

No podía continuar como en años anteriores, supliendo la falta de capital con su cuerpo, intercambiando el uso de su cuerpo por el sustento que éste necesitaba. No quedaban muchos años. El cuerpo inevitablemente utilizaba más de lo que recibía. Cuantos menos años quedaban a más velocidad se mermaba la carne. Así que era hora de ponerle fin a una etapa. Ponerle fin a la carrera con el ser. La mente se rejuvenecía por el uso, creciendo en impaciencia ante las demandas de su propietario, ansiosa y capaz de proveer al cuerpo que le daba cobijo, de empapararlo de su propia juventud y vigor, o un facsímil razonable de lo mismo. Y por todo ello, de ahora en adelante debía utilizar la mente. Los planes siempre lucrativos que la mente era capaz de concebir y llevar a la práctica. Su mente y la de Roy, ambas trabajando juntas como una, y el dinero que él podría proporcionar.

Tal vez lo había presionado demasiado; a ningún hombre le gustan las presiones. Tal vez su interés por Lilly Dillon había sido una metedura de pata; todo hombre es susceptible ante su madre. Pero no importaba. Lo que sugería era justo y razonable. Sería bueno para ambos.

Era lo que tenía que ser. ¡Y maldito Roy, mejor...!

Roy hizo un comentario casual, dándole un ligero codazo para que contestara, y ella indignada por sus propios pensamientos se volvió hacia él con expresión envejecida por el odio. Perplejo, Roy se apoyó nuevamente en su respaldo.

—¡Oye, bueno! ¿Qué ocurre?

—Nada. Sólo pensaba en una cosa. —Sonrió quitándose aquella máscara tan deprisa que él no estaba seguro de lo que acababa de ver.

—¿Qué me decías?

Roy negó con la cabeza; ya no se acordaba.

—Pero quizá deba enterarme de su nombre, madame. El verdadero.

—¿Qué te parece Langley?

—Langley... —Meditó sorprendido por un instante—. ¡Langley! ¿Quieres decir, el granjero? ¿Formabas equipo con el granjero Langley?

—Ésa soy yo, colega.

—Vaya, vaya —vacilaba—. ¿Y qué fue de él en realidad? He escuchado un montón de historias pero...

—Lo mismo que les ocurre a todos ellos, quiero decir, a muchos de ellos. Sencillamente explotó; priva, droga, la rutina.

—Ya veo, ya veo —dijo él.

—Pero no tienes que preocuparte por él —se pegó más a él malinterpretando su actitud—. Todo eso se terminó ya. Ahora sólo contamos nosotros, Moira Langtry y Roy Dillon.

—Aún está vivo, ¿no es así?

—Posiblemente. En realidad no lo sé —respondió ella.

Y podía haber añadido: “Ni me importa”. Porque tal conocimiento la había abordado de repente, aunque no para su sorpresa. No le importaba en absoluto porque él nunca le había importado. Era como si hubiera estado hipnotizada por él, arrollada por su personalidad como les había ocurrido a otros; forzada a seguir su camino, a aceptarlo como el único camino posible. Sin embargo, subconscientemente siempre había resistido y resistido, amasando lentamente odio por haber sido forzada a llevar una vida que era completamente ajena a la que ella deseaba. ¿Qué clase de vida era aquella para una atractiva joven?

Nada estaba claro, definido. Nada de lo que fuera consciente, o pudiera admitir. Pero en su interior lo sabía, lo sabía y se sentía culpable por ello. Por eso, cuando llegó la catástrofe intentó cuidarlo. Pero incluso no había sido un medio de devolverle el golpe, el último y firme empujón al borde del abismo, y como subconscientemente lo sabía, se había sentido aún más culpable y como obsesionada por él. Pero ahora que sus sentimientos habían alcanzado la superficie se daba cuenta que no existía nada, ni jamás había existido, por lo que sentirse culpable.

El granjero había recibido lo que se merecía. Cualquiera que la privara de algo que deseaba se merecía lo que él había obtenido.

Eran las nueve y cuarto cuando el tren llegó a Los Ángeles. Cenaron en un buen restaurante de la estación. Después corrieron bajo la fina lluvia hasta el coche de Roy y se fueron al apartamento de Moira.



Se desprendió enérgicamente de sus prendas de abrigo y se volvió hacia él con ambos brazos extendidos. Él la abrazó unos instantes, besándola, pero interiormente apartándose de ella, sutilmente cauteloso ante su forma de actuar.

—Y ahora —dijo ella atrayéndolo hacia el sofá—. Ahora vamos a hablar de negocios.

—¿Ah, sí? —Se rió incómodo—. Antes de que empecemos tal vez sea mejor...

—Puedo arañar diez de los grandes sin problema. Eso te dejaría tu parte en veinte o veinticinco. Hay un sitio en Oklahoma que está de primera si hay hielo bastante, tan bien como Fort Worth en los viejos tiempos. Podemos trasladarnos allí con una tienda de cuerdas y alambres o algo así y...

—Espera —dijo Roy—. ¡Espera, chica!

—¡Es perfecto, Roy! Pon, diez de los grandes para la tienda, diez para el hielo y otros diez para...

—¡He dicho que esperes! No tan deprisa —dijo él enfadándose un poco ahora—. Aún no he dicho que me iba a unir a ti.

—¿Qué? —Lo miró sin comprender, un ligero destello se asomaba a sus ojos—. ¿Qué has dicho?

Él se lo repitió, suavizándolo con una amplia sonrisa.

—Hablas de cifras muy altas. ¿Por qué crees que yo tengo todo ese dinero?

—¡Tienes que tenerlo! ¡Seguro que lo tienes! —Le sonrió con firmeza; una profesora regañando a un niño travieso—. Vale, sabes que lo tienes, Roy.

—¿Lo tengo?

—Sí. Te he visto trabajar en el tren, la mayor habilidad que he visto jamás. Esa maña no se aprende de la noche a la mañana. Lleva años, y tú llevas años haciéndotelo sin problema, tirándote el rollo de menganito el honrado y por detrás sacándoles a los primos...

—Y yo también he sacado lo mío; dos veces en menos de un par de meses. Lo bastante como para tener que ingresar en el hospital aquí, y hoy en San Diego...

—¿Y qué? —No hizo caso a la interrupción—. Eso no cambia nada. Lo único que demuestra es que ya va siendo hora de que te menees, de que subas hasta donde hay pasta gansa y no tengas que jugarte el cuello todos los días.

—Tal vez me guste donde estoy.

—¡Pues a mí no! ¿Qué intentas venderme, eh? ¿Qué bola me intentas colar?

La contempló fijamente sin saber si reírse o enfadarse, moviendo nerviosamente los labios. Nunca había visto a aquella mujer. Nunca la había escuchado antes.

La lluvia susurraba en la ventana. Desde la distancia llegaba el débil chirrido de un ascensor. Y junto a él, junto a aquellos sonidos, el de la pesada respiración de ella; fatigada, furiosa.

—Ahora mejor me largo —dijo—. Ya hablaremos otro día.

—¡Vamos a hablar ahora mismo!

—Entonces no hay nada de que hablar, Moira —dijo con tranquilidad—. La respuesta es no.

Se puso en pie. Ella saltó también de su asiento.

—¿Por qué? —le preguntó inquieta—. ¡Dime por qué, maldito seas!

Roy asintió, un brillo apareció en su mirada. Le dijo que la mejor razón que se le ocurría era que ella le daba un miedo de muerte.

—He visto gente como tú antes, nena. Muy duros, y retorcidos como un tornillo. U obtienen lo que desean o si no... Pero no siempre se salen con la suya, todo se termina.

—¡Un cuerno!

—Mmm Mmm, hechos. Más tarde o más temprano les alcanza un rayo, cielo. No quiero estar cerca cuando te alcance a ti.

Se dirigió a la puerta. Con mirada salvaje y rostro a manchas por la rabia, se precipitó a cortarle el paso.

—Es tu madre, ¿no es eso? ¡Claro que sí! ¡Que todo quede en familia!, ¿no? ¡Por eso actuáis de modo tan extraño el uno con el otro! ¡Por eso vivías en su apartamento!

—¿Quééé? —Se detuvo repentinamente—. ¿Qué estás diciendo?

—¡No te hagas el inocente, maldito! ¡Tú y tu propia madre! ¡Conozco tu juego, debería haberme dado cuenta antes! ¡Cerdo hijo de puta! ¿Cómo es? ¿Te gusta...?

—¿Te gusta a ti esto? —dijo Roy.

De repente le dio una bofetada y luego otra con el reverso de su mano, mientras ella se tambaleaba. Se lanzó sobre él mostrándole las uñas y Roy la tomó por el pelo y la arrojó al suelo.

Un poco sorprendido la miró mientras ella levantaba su enrojecido rostro hacia él.

—¿Ves? —le dijo—. ¿Ves por qué no funcionaría, Moira?

—¡Asqueroso bastardo! ¡Ya “te enterarás”!

—Lo siento, Moira —dijo él—. Buenas noches y buena suerte.

## VEINTIUNO

Al llegar a la acera se entretuvo brevemente antes de entrar en el coche, saboreando la lluvia que caía sobre su rostro, complacido por su frescura y limpieza. Allí estaba la normalidad, algo elemental y honesto. Se alegraba mucho de encontrarse allí afuera bajo la lluvia en vez de arriba en su apartamento.

De vuelta al hotel permaneció despierto tendido sobre la cama, pensando en Moira, sorprendido ante lo poco que le importaba perderla.

¿Era aquella noche un mero fin de algo que deseaba hace mucho? Eso parecía. Era como si lo esperara. Podía ser que su fuerte atracción por Carol hubiera actuado como reacción a Moira, un intento por ligarse a otra mujer y así desligarse de Moira.

Carol...

Se agitó nervioso, después la apartó de su mente. Tenía que hacer algo al respecto, decidió. Algún día, muy pronto, de algún modo, tendría que aclarar las cosas con ella.

En cuanto a Moira...

Frunció el ceño, estuvo a punto de quedarse dormido. Luego, se relajó meneando la cabeza. No, no había peligro por ese lado. Se había puesto furiosa y se había salido de sus casillas; seguramente ya se estaba arrepintiendo. De cualquier modo, no existía nada que ella pudiera hacer ya y era demasiado lista como para intentarlo. Su posición era muy poco sólida. Todo indicaba que se encontraba absolutamente expuesta a llevarse un gran tortazo.

Se durmió profundamente. Como había dormido poco la noche anterior descansó bien. Eran más de las nueve cuando se despertó.

Saltó de la cama sintiéndose pletórico y lleno de energía. Se dispuso a hacer planes para el día mientras alcanzaba su bata. Entonces, lentamente, con tristeza, volvió a sentarse. Porque allí estaba de nuevo al igual que la semana pasada. Allí estaba de nuevo, todavía enfrentado al vacío, excluido de su trabajo como vendedor, excluido de cualquier actividad. Cara a cara con un día, una interminable serie de días sin nada que hacer.

Angustiado maldijo a Kaggs.

Se maldijo a sí mismo.

Una vez más, esperanzadoramente desesperanzado, al bañarse y afeitarse, al vestirse y salir para desayunar, intentó avistar el escape de aquel callejón sin salida. Y de su mente surgieron las mismas dos respuestas, respuestas que eran absolutamente inaceptables.

Una: podía aceptar el empleo como jefe de ventas, aceptarlo sin más rodeos y dejar el timo. O dos: podía largarse de la ciudad e irse a otra, comenzar de nuevo

como ya había hecho al venir a Los Ángeles.

Cuando terminó de desayunar se metió en el coche y empezó a conducir, sin objeto, sin rumbo; el modo más agotador de conducir. Cuando se volvió insoportable, como muy pronto sucedió, se arrimó a la acera y aparcó.

Impacientemente, su mente retomó aquel problema imposible.

Kaggs, pensó amargamente. Ese maldito Perk (de Percival) ¡Kaggs! “¿Por qué no podía dejarme en paz? ¿Por qué tenía que estar tan malditamente seguro de que yo...?”.

Aquel fútil pensamiento se interrumpió a sí mismo. Su gesto malhumorado se desvaneció y una lenta sonrisa jugueteaba en sus labios.

Kaggs era un hombre de iniciativas repentinas, un hombre que decidía deprisa. Así que seguramente olvidaría sus decisiones con la misma rapidez con que las tomaba. No admitiría incongruencias de persona alguna. Si se le daban motivos suficientes, y sin disculpas, retiraría su oferta para el trabajo de jefe de ventas con tanta velocidad como se lo había propuesto.

Roy lo llamó desde una cafetería cercana. Le habían prohibido trabajar por algún tiempo (órdenes del médico), le dijo, pero tal vez a Kaggs le agradase almorzar con él. Kaggs respondió que rara vez salía a comer; generalmente se llevaba un bocadillo a la oficina.

—Pues tal vez debas empezar a salir —dijo Roy.

—Ah, ¿quieres decir por causa de mi úlcera? Bueno...

—Quiero decir por causa de tu temperamento. Te ayudaría a llevarte mejor con la gente.

Sonrió fríamente, escuchando el abrumador silencio que reinaba en la comunicación. Entonces Kaggs dijo en tono afable:

—Bien, puede que tengas razón. ¿Te va bien a las doce?

—No, no me va bien. Suelo comer a la una.

Kaggs le respondió que muy bien, que también era mejor para él.

—Una en punto entonces. En ese sitio al otro lado de la calle.

Roy colgó. Consideró la conveniencia de llegar tarde a la cita y decidió en contra. Eso sería sencillamente mala educación, grosería. No lograría nada excepto levantar las sospechas de Kaggs.

Tal vez ya había abusado un poco del ejercicio de la brusquedad.

Llegó al restaurante un poco antes de la una. Comieron en una pequeña mesa situada en la parte trasera del establecimiento, y de algún modo el encuentro se pareció mucho al primero. De algún modo, para disgusto de Roy, el sentimiento de camaradería creció entre ambos. Al final de la comida Kaggs hizo algo sorprendente, sorprendente para él. Extendiendo su brazo le dio a Roy una vergonzosa palmada de ánimo en el hombro.

—Te sientes fatal, ¿eh, chico? Como para morderte las uñas.

—¿Qué? —Roy lo miró sorprendido—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Es lógico; yo también me sentiría mal. Cuando un hombre pasa mucho tiempo sin hacer nada termina por volverse chiflado, ¿por qué no te acercas hasta la oficina conmigo? Así te familiarizas un poco con el tinglado.

—Bueno..., estás ocupado y yo...

—Pues te pongo a trabajar también. —Kaggs se levantó sonriente—. Lo digo en broma, claro. Puedes ir a echar un vistazo a los archivadores de los vendedores. Haces lo que te plazca y te largas cuando te apetezca.

—Bueno... —Roy se encogió de hombros—. ¿Por qué no?

La pregunta era retórica; no se le ocurría ninguna razón válida para negarse. Por lo mismo, al encontrarse en el despacho de Kaggs en Sarber & Webb se vio forzado a aceptar el archivador que Kaggs le mostró, a simular al menos un poco de interés en sus múltiples fichas.

Con resentimiento, se vio a sí mismo como una víctima del despotismo de Kaggs. Éste había vuelto a tomar el mando sobre él como ya hiciera la primera vez. Pero eso no era del todo cierto. Para precisar más, él era su propia víctima, su propio esclavo. Había convertido la personalidad en una profesión, había creado una carrera a base de endurecerse a sí mismo. Y no podía ya alejarse más, ni por más tiempo, del ser que había construido a base de sus propios esfuerzos.

Ojeó aquellas fichas sin verlas en realidad. Después comenzó a fijarse en ellas, a leer el significado que encerraban. Se convirtieron en gente y dinero, en vida. Y con gran atención las sacó una a una del archivador y las extendió sobre la mesa.

Tomó un papel y una libreta de papel rayado y...

Mientras trabajaba, Kaggs lo miraba en secreto de vez en cuando, y una presuntuosa sonrisa estiraba sus labios. Transcurrieron un par de horas. Kaggs se levantó de su asiento y se acercó a la mesa de Roy.

—¿Cómo va eso?

—Siéntate —le dijo Roy; el otro obedeció—. Creo que este sistema de archivación es completamente erróneo, Perk. No tengo la intención de pisotear el trabajo de otra persona pero...

—Pisotéalo. Aquí no hay nada sagrado.

—Bueno, es confuso, una pérdida de tiempo. Mira a este hombre de aquí. Sus ventas en bruto de una semana suman ciento cincuenta dólares. Su comisión, aquí en esta columna, asciende a ochenta y un dólares. ¿Cuál es su porcentaje por las ventas de la semana?

—Tendría que calcularlo. Aproximadamente el ocho por ciento.

—No necesariamente. Depende de lo que haya vendido. Puede que tenga algún material del veinticinco por ciento. Lo que interesa es qué demonios es lo que ha

vendido. Qué cantidad era material de choque, artículos que han de venderse para competir.

Kaggs lo miró fijamente, vacilando.

—Bueno, claro, están las facturas de sus ventas. De ahí se calculan sus comisiones.

—Pero ¿dónde están esas facturas?

—Una copia va para contabilidad, otra para el inventario y por supuesto, el cliente recibe una a la hora de la compra.

—¿Por qué necesita el inventario una? La mercancía se registra cuando sale del almacén ¿no es así? Al menos eso sería lo correcto. Y si no es así una de esas copias no sirve para nada. Donde la necesitas es aquí en el archivador del vendedor.

—Pero...

—Claro, no en uno como éste. No hay bastante espacio. Pero no tiene por qué ser así. No tenemos tantos vendedores como para que no se pueda abrir un archivador independiente para cada uno. Se le puede asignar a cada hombre una sección del archivo.

Kaggs se rascó la cabeza.

—Hmm —murmuró—. Bueno, tal vez.

—Tiene que hacerse, Perk. Es necesario si quieres tener una idea clara de lo que pasa. Liga las facturas de compra a cada vendedor y sabrás qué hombres están vendiendo y cuáles chupando del bote. Pedidos-compras. Sabrás qué artículos se mueven y qué artículos necesitan empuje, y a cuáles hay que dejar de dedicarse. Por supuesto que ahora también llegas a enterarte de todo ello, pero esperar puede costarte un montón de dinero y...

Roy se interrumpió bruscamente, avergonzado de repente por su tono de voz y sus palabras. Meneó la cabeza, consternado, como un hombre que acaba de despertar.

—Pero tú escúchame —dijo—. Acabo de llegar y ya estoy criticando todo tu sistema.

—Pues sigue criticándolo. ¡Limpia toda la mierda que tiene! —Kaggs le mostró una radiante sonrisa—. Bueno, ¿y cómo te sientes? ¿Cansado? ¿Quieres pasar por hoy?

—No. Estoy bien. Pero...

—Bueno pues entonces manos a la obra. —Kaggs acercó su silla y tomó un bolígrafo—. ¿Qué te parecería si...?

Transcurrió una hora.

Dos horas.

En los despachos exteriores una de las empleadas se volvió con expresión de sorpresa hacia otra.

—¿Has oído eso? —le susurró—. ¡Se ha reído! ¡El viejo Kaggs el guindilla

riéndose a carcajadas!

—Lo he oído —dijo la otra muy seria—, pero no me lo creo.

¡Ése tipo no sabe cómo reírse!

A las cinco y media la telefonista conectó los números de la noche y cerró la centralita. El resto de las oficinas quedaron a oscuras y en silencio cuando el último de los empleados salió. Y a las seis, cuando los trabajadores de la planta baja salieron tras escuchar las sordas campanadas, la oscuridad y el silencio fueron absolutos.

A las ocho en punto...

Perk Kaggs se quitó las gafas y se frotó los ojos. Miró a su alrededor pestañeando distraído. Una expresión de asombro se extendió por su rostro. Con una exclamación de sorpresa se puso en pie.

—¡Dios mío! ¡Mira qué hora es! ¿A dónde demonios se ha ido el día?

—¿Qué? —Roy frunció el ceño—. ¿Qué sucede, Perk?

—¡Vamos, ya estás saliendo de aquí! ¡En este mismo instante, maldita sea! ¡Dios, Dios! —exclamó de nuevo—. ¡Te digo que te acerques hasta aquí un rato y tú te haces un día de trabajo!

Cenaron juntos.

Cuando se despedían Kaggs le lanzó una penetrante mirada.

—Sé sincero conmigo, Roy —dijo con firmeza—. Quieres el empleo, ¿no? ¿Quieres ser jefe de ventas?

—Bueno... —Roy vaciló durante una décima de segundo.

Allí estaba. Su oportunidad para rechazarlo. Y de repente sabía que podía rechazarlo sin dar disculpas o explicaciones. Podía decir sencillamente que no, que no lo quería, y eso sería todo. Podía retomar su antigua vida en el punto que la había dejado. Porque algo había sucedido entre él y Kaggs, algo que los convertía en amigos. Y los amigos no cuestionan los motivos de las decisiones.

—Pues claro que lo quiero —dijo en tono seguro—. ¿Qué te ha hecho pensar lo contrario?

—Nada. Sólo pensaba que..., nada. —Kaggs volvió a adoptar su habitual aire enérgico—. A la mierda con el rollo y a la mierda contigo. ¡Vete a casa y duerme un poco!, ¡y no asomes las narices por el almacén hasta que el médico lo diga!

—Tú eres el jefe —sonrió Roy—. Buenas noches, Perk.

En el trayecto en coche hasta su hotel comenzó a razonar su decisión, a intentar encontrar alguna enrevesada razón para lo que acababa de hacer. Pero se le pasó muy pronto. ¿Por qué no iba a aceptar un trabajo que le apetecía aceptar? ¿Por qué no iba un hombre a desear tener un amigo, uno de verdad, si antes no había tenido ninguno?

Estacionó su automóvil y entró en el hotel. El anciano encargado nocturno lo detuvo.

—Lo han llamado por teléfono esta mañana, señor Dillon. Su madre.

—¿Mi madre? —Roy hizo una pausa—. ¿Por qué no me ha dejado el recado en mi trabajo?

—Iba a hacerlo, señor, pero ella dijo que no tenía importancia. Supongo que no tenía tiempo para esperar.

Roy se fue a un teléfono y llamó al apartamento de Lilly. Colgó al instante, sorprendido, intranquilo.

Lilly se había marchado. Se había despedido de su apartamento sin dejar su próxima dirección.

Subió a su habitación. Con el ceño fruncido se quitó las ropas y se acostó sobre la cama. Durante un rato se revolvió preocupado. Después se fue relajando poco a poco hasta quedarse medio dormido.

Lilly sabía cuidarse por sí misma. Podía existir..., debía existir alguna razón sencilla para su repentina mudanza.

Del Mar... Seguro que se había trasladado allí para el mitin de caballos. O tal vez había encontrado un apartamento más deseable en la ciudad y había tenido que mudarse sin demora. O tal vez Bobo Justus había vuelto a requerir sus servicios en Baltimore.

Se quedó dormido.

Después de lo que le pareció un instante se despertó.

La luz del sol invadía la estancia. Era más de media mañana. Tenía consciencia de que el teléfono había estado sonando durante largo rato. Ahora estaba en silencio pero su eco permanecía en sus oídos. Alargó el brazo para tomarlo, sus sentidos embotados, aún preso del estupor del sueño, y llamaron a la puerta; golpes firmes.

Se levantó y la abrió un poco, lo suficiente como para ver. Parpadeó ante el hombre que había al otro lado. Éste se identificó, manifestando el asunto de su visita con pesar profesional, disculpándose por las noticias que le traía. Roy abrió la puerta de par en par.

Y permaneció allí de pie negando con la cabeza mientras el hombre pasaba al interior.

*“No, —gritaba en silencio—. ¡No era verdad! ¡Era un estúpido error! ¡Lilly no podía estar en Tucson! Por qué... Por qué”.*

Lo repitió en alta voz, mirando con ferocidad a su visitante. El hombre apretó sus labios reflexivamente.

—¿No sabía que se encontrase en Arizona, señor Dillon? ¿No le comunicó a dónde iba?

—¡Pues claro que no! ¡Porque no ha ido! Yo... yo —dudaba a la vez que el recelo cobraba consistencia—. Bueno, es que mi madre y yo no estábamos muy unidos. Cada uno hacía su vida. Llevaba ocho años sin verla cuando vino aquí hace unas cuantas semanas, pero...



—Lo comprendo —asintió el hombre—. Encaja perfectamente con nuestra información.

—Pero están en un error —dijo Roy con tenacidad—. Debe tratarse de otra persona. Mi madre no...

—Me temo que no, señor Dillon. Fue con su propia pistola, registrada a su nombre. El propietario del parador turístico recuerda que parecía muy turbada. Por supuesto, resulta un tanto extraño que empleara una pistola con silenciador para..., para algo así. Pero...

—¡No puede ser! ¡No tiene sentido!

—Nunca lo tiene, señor Dillon. Nunca lo tiene cuando alguien comete suicidio.

## VEINTIDOS

El hombre era un poco calvo, de complexión fuerte y con cara rechoncha y honesta. Se llamaba Chadwick y era agente del Departamento del Tesoro. Evidentemente, se sentía un tanto incómodo por encontrarse allí en una situación como aquélla. Pero era su trabajo, por muy desagradable que pudiera ser, y tenía la intención de realizarlo. Sin embargo, abordó el asunto dando rodeos.

—Entenderá por qué he venido yo en vez de un policía local, señor Dillon. En realidad no es asunto local, al menos en este punto. Me temo que más adelante habrá publicidad desagradable, cuando las circunstancias de la muerte de su madre se revelen. Una atractiva viuda con tanto dinero en su poder, en fin...

—Ya veo —dijo Roy—. El dinero.

—Más de ciento treinta mil dólares, señor Dillon. Escondidos en el maletero de su coche. Mucho me temo —un tono más delicado—, me temo que no había pagado impuestos por él. Llevaba años falsificando sus ingresos.

Roy lo miró con ironía.

—El cuerpo fue descubierto esta mañana sobre las ocho ¿cierto? Parece que no ha perdido el tiempo.

Chadwick se limitó a admitir que así era.

—Nuestra oficina de aquí no ha tenido tiempo para llevar a cabo una investigación minuciosa, pero las evidencias son incuestionables. Su madre no pudo ahorrar tanto dinero de los ingresos que declaraba. Era una evasora de impuestos.

—¡Qué horror! Qué pena que no pueda meterla en la cárcel.

—¡Por favor! —Chadwick hizo una mueca de dolor—. Sé cómo se siente pero...

—Lo siento —dijo Roy más calmado—. No soy justo. ¿Qué es lo que quiere de mí, señor Chadwick?

—Bien... Se me ha pedido que le pregunte si tiene la intención de presentar una reclamación por el dinero. Por supuesto, no es su obligación decírmelo. Seguramente querrá usted consultar a un abogado antes de decidir.

—No —respondió Roy—. No voy a presentar una reclamación por ese dinero. Ni lo quiero ni lo necesito.

—Gracias. Muchas gracias. Bien, no sé si podrá darme alguna información en cuanto a la fuente de los ingresos de su madre. Parece evidente, como comprenderá, que también ha existido evasión por parte de otros y...

Roy negó con la cabeza.

—Creo que sé tanto sobre los socios de mi madre como usted, Sr. Chadwick —con una sonrisa de medio lado añadió—: seguramente usted sabe un montón más.

Chadwick asintió solemnemente y se puso en pie. Vacilando, sombrero en mano,

miró a su alrededor. Y la aprobación se asomó a sus ojos junto con una discreta preocupación.

El dinero de Lilly tenía que ser confiscado, murmuró, junto con su coche y todo lo que poseía. Pero Roy no debía pensar que el Gobierno no tenía escrúpulos en tales asuntos. Cualquier suma necesaria para su entierro sería facilitada.

—Imagino que deseará encargarse de los arreglos personalmente. Pero si hay algo que yo pueda hacer para ayudar... —sacó una tarjeta de visita de su cartera y la dejó sobre la mesa—. Si puede decirme cuándo le interesa ir a Tucson, esto es, si va a ir, se lo notificaré a las autoridades locales y...

—Me gustaría irme ahora. En cuanto pueda tomar un avión.

—Déjeme ayudarlo —dijo Chadwick.

Tomó el auricular y llamó al aeropuerto. Habló enérgicamente, recitando un código del Gobierno. Miró hacia Roy.

—Puede salir en una hora, Sr. Dillon, ¿o es demasiado pronto?

—No, allí estaré —dijo Roy, y comenzó a vestirse.

Chadwick lo acompañó hasta el coche, le dio un caluroso apretón de manos cuando Roy abría la puerta.

—Le deseo buena suerte, Sr. Dillon. Desearía que nos hubiésemos conocido en circunstancias más felices.

—Usted se ha portado bien —dijo Roy—. Y me alegro de que nos hayamos conocido, a pesar de todo.

Nunca había visto el tráfico peor que aquel día. Necesitó toda su concentración para abrirse paso, y se alegraba de aquel respiro que le daba ocasión de apartar su mente de Lilly. Llegó al aeropuerto diez minutos antes de la salida de su avión. Tras recoger su billete corrió hasta la entrada que conducía a su avión. Y entonces, movido por una repentina corazonada, se detuvo en una cabina telefónica.

Un minuto o dos después salió de ella, irónica expresión en su rostro, rabia en su corazón. Subió al avión.

Era un *propeller*, ya que el trayecto era corto: unos novecientos cincuenta kilómetros. Cuando describía un círculo sobre la pista y ponía rumbo al sur una azafata comenzó a servir las bebidas de antes del almuerzo. Roy pidió un bourbon doble. Sorbiéndolo se recostó en su asiento contemplando a través de la ventanilla. Pero aquella copa resultaba insípida y su mirada se posaba sobre nada.

Lilly. Pobre Lilly...

No se había matado a sí misma. La habían asesinado.

Porque Moira Langtry también se había despedido de su apartamento el día anterior por la mañana sin dejar su próxima dirección.

Existe cierta ventaja cuando se lleva una vida que se basa continuamente en hacer cálculos. Cuando se lleva mucho tiempo haciéndolos es posible llegar a conocer los

del otro tipo tan bien como los de uno mismo. La mayoría de las veces resulta como mirar a través de la misma ventana. Si se dan una serie de circunstancias se sabe exactamente lo que el otro haría o lo que ha hecho.

De este modo, sin saber realmente lo ocurrido, cómo y por qué se había producido la muerte de Lilly, Roy conocía lo suficiente. Era capaz de idear una suposición que se acercaba increíblemente a la verdad.

Moira tenía un contacto en Baltimore. Moira sabía que Lilly iría bien cargada, que como cualquier operador con éxito habría acumulado una buena tajada de dinero que se encontraría siempre cerca de donde ella estaba. En cuanto a la distancia, dónde podría estar escondido, Moira no lo sabía. Por mucho que lo buscara era posible que jamás lo encontrara. Por eso había que obligar a Lilly a poner pies en polvorosa, ya que en su carrera se llevaría consigo la pasta, reduciendo de este modo los posibles paraderos a su vecindad más inmediata.

¿Y cómo hacer que pusiera pies en polvorosa? No había problema por ese lado. Porque una atemorizante sombra se ciñe sin tregua sobre los habitantes de la calle de la Intranquilidad. Se proyecta en los apretones de mano aparentemente amistosos, o en un paquete de vistoso envoltorio. Se refleja desde el carrito del bebé, desde la silla del barbero, desde el salón de belleza. Cada vecino es sospechoso, cada extraño, cada persona sin excepción. Incluso el propio marido o esposa o amante. No existe tranquilidad en la calle de la Intranquilidad. Cuanto más se sostiene su alquiler más insostenible se vuelve.

No se necesitaba atemorizar a Lilly, sólo atemorizarla un poco más. Y si se tenía un contacto en su base de operaciones, alguien que le hiciera “una amistosa advertencia” por teléfono...

Roy terminó su copa.

Se comió lo que la azafata le sirvió. Cuando le retiraron la bandeja se fumó un cigarrillo. Poco después, el avión descendía sobre el desierto y entraba en la pista de aterrizaje de Tucson.

Un coche de la policía lo estaba aguardando. Fue conducido rápidamente a la ciudad, y un capitán de policía lo hizo pasar a un despacho privado para relatarle lo que conocía sobre los hechos.

—... se registró en el parador sobre las diez de la noche de ayer, Sr. Dillon. Es ese sitio grande con las dos piscinas; ha pasado por allí de camino a la ciudad. El encargado nocturno dice que parecía un poco escamada, pero no veo que se pueda dar gran valor a eso. La gente siempre recuerda que otra gente actuaba, parecía o hablaba raro después de que les ha ocurrido algo. En fin, su madre dejó dicho que la llamaran a las siete y media y al no contestar una doncella se llegó a su habitación para ver qué pasaba y...

Lilly estaba muerta. Se encontraba tendida sobre la cama en camión. La pistola

estaba en el suelo al lado de la cama. A juzgar por su aspecto, —Roy hizo una mueca de dolor—, se había metido el cañón en la boca apretando el gatillo a continuación.

No había desorden en la habitación, ni señales de lucha, ni mensaje suicida.

—Y creo que eso es todo lo que sabemos, Sr. Dillon —concluyó el capitán, añadiendo con despreocupada espontaneidad—. A menos que usted pueda contarnos algo.

Roy contestó con una negación, y era cierto. Únicamente podía decir lo que sospechaba y tales sospechas sólo lo perjudicarían a la vez que no probarían nada en contra de Moira. Le ocasionarían pequeñas molestias como que la llamaran para interrogarla, pero la cosa no iría más lejos.

—No sé qué puedo contarle —dijo—. Tengo idea de que se acompañaba de gente que volaba muy alto, pero estoy seguro de que eso ya lo saben.

—Sí.

—¿Considera posible que no fuera suicido?, ¿que alguien la asesinara?

—No —el capitán frunció el entrecejo dudando—. No puedo asegurarlo, no exactamente. No existe nada que indique asesinato. Resulta un tanto extraño que se tomara la molestia de venir desde Los Ángeles para suicidarse y que se pusiera el camisón antes de hacerlo, pero bueno, los suicidios siempre son extraños. Yo creo que estaba muy asustada, tan asustada de que la mataran que se salió de sus casillas.

—Eso suena razonable —asintió Roy—. ¿Cree que alguien la siguió hasta el motel? Me refiero a la persona que la asustó.

—Es posible. Pero el sitio está en la carretera. Ya sabe, entra y sale gente a todas horas. Si el culpable era una de esas personas, resultaría casi imposible etiquetarlo, y a no ser que confesase lo de la amenaza de muerte, no veo cómo podríamos empaquetarlo aunque estuviera etiquetado.

Roy murmuró su aprobación. Sólo le quedaba una cosa que añadir, un pequeño empujón más hacia Moira que no dañaría su seguridad.

—Estoy seguro de que ya lo habrán pensado, capitán, pero: ¿qué hay de las huellas dactilares? ¿No indicarían...?

—Huellas dactilares —el policía sonrió tristemente—. Las huellas dactilares son para las historias de detectives, Sr. Dillon. Si espolvorease este despacho tendría problemas para encontrar las mías.

”Se encontrarían seguramente cientos de huellas manchadas, y a menos que supiera cuándo fueron hechas y a quién busca, no sé qué demonios iba a hacer con ellas. Aparte de eso, los criminales tienen la mala costumbre de usar guantes cuando trabajan, y muchos de la peor calaña no están ni fichados por la policía. A su madre, por ejemplo, nunca la habían pescado ni tenía ficha. Lo siento... —añadió rápidamente—. No pretendía referirme a ella como una criminal, pero...

—Lo comprendo —dijo Roy—. Es lo mismo.

—Bien, hay unos cuantos objetos personales de su madre que querrá. Su anillo de boda y todo eso. Si me firma este recibo...

Roy lo firmó y le dieron un fino sobre marrón. Se lo guardó en el bolsillo; el lamentable residuo de los duros y ajetreados años de Lilly. El capitán lo acompañó hasta el coche de policía que le esperaba.

La funeraria se encontraba en una bocacalle, un sobrio e imponente edificio de estuco blanco que resplandecía cegadoramente bajo el sol de la tarde. En el interior hacía un frío casi enfermizo. Roy temblaba ligeramente al entrar en una hiperfragante estancia. El encargado, al parecer avisado de su llegada, se apresuró hacia él en señal de pésame.

—Lo siento mucho, Sr. Dillon. Mi más sentido pésame. No importa cómo intentemos prepararnos para estos trágicos momentos...

—Me encuentro bien. —Roy retiró el brazo que el hombre le asía—. Quisiera ver el..., a mi madre, por favor.

—¿No sería preferible que antes se sentara un momento? O tal vez le apetezca beber algo.

—No —respondió Roy con firmeza—. No lo creo.

—Sería mejor, Sr. Dillon. Nos daría un poco de tiempo para... bueno, en fin, debe comprenderlo. Debido a las inusuales circunstancias financieras, no nos ha sido posible, en fin, llevar a cabo las pertinentes tareas cosméticas. Los restos de los seres queridos... el rostro de su amada...

Con brusquedad Roy lo cortó. Dijo que lo entendía y añadió, divertido por la mueca de disgusto del hombre, que sabía lo que una bala disparada en la boca de una mujer podía hacerle a su rostro.

—Ahora quiero verla. ¡Ahora!

—¡Como desee, señor! —El hombre se puso en pie rápidamente—. ¡Tenga la bondad de seguirme!

Le condujo a una estancia cubierta de baldosas blancas situada detrás de la capilla.

Allí el frío era gélido. Una serie de cajones se insertaban en una de las relucientes paredes heladas. El hombre tomó una de las manillas metálicas y de un tirón, deslizó el cajón sobre sus cojinetes. Con gesto ofendido retrocedió y Roy se adelantó hasta la cripta para mirar en su interior.

Miró e instantáneamente apartó su mirada.

Comenzó a volverse, y entonces, lentamente, ocultando su sorpresa, hizo un esfuerzo por posar sus ojos de nuevo sobre la mujer en el ataúd.

Casi tenían la misma talla, el mismo tono de tez; sus cuerpos poseían la misma rellena pero delicada estructura ósea. ¡Pero las manos! “¡La mano!” ¿Dónde estaba la atroz quemadura? ¿Dónde estaba la cicatriz que esa quemadura debía dejar?

Bien, sin duda se encontraba en la mano de la mujer que había matado a aquella mujer. La mujer a quien Moira Langtry había intentado matar, y que a cambio había matado a Moira Langtry.

## VEINTITRES

Era más de media tarde cuando el polvoriento Cadillac llegó al centro de la ciudad de Los Ángeles y aparcó a poca distancia de la entrada del Grosvenor-Carlton. Por un instante su conductor se apoyó con hastío sobre el volante, sin fuerzas por el agotamiento, sintiendo un ligero mareo por la noche en vela. Entonces, con resolución, levantó la cabeza y se quitó las gafas de sol para contemplarse a sí misma en el espejo.

Sus ojos estaban cansados, inyectados en sangre, pero no importaba. Sospechaba que los iba a tener el demonio peor antes de que lograra salir sana y salva de aquel jaleo. Las gafas los cubrían, ayudando a la vez a disfrazar su rostro. Con las gafas puestas y la bufanda enrollada en su cabeza y cubriéndole la barbilla, podía pasar perfectamente por Moira Langtry. Si lo había hecho en aquel motel de Tucson podía volver a hacerlo otra vez.

Hizo unos segundos ajustes en la bufanda, cubriéndose ligeramente la frente. Después, dejando su cansancio a un lado, sometiéndolo a su voluntad, salió del coche y entró en el hotel.

El recepcionista la saludó con la ansiosa sonrisa del anciano. Escuchó su petición, más bien su orden, y un toque de indecisión tiñó su sonrisa.

—Bien, no sé, el señor Dillon está fuera de la ciudad, señora Langtry. Se fue a Tucson esta mañana y...

—Eso ya lo sé, pero estará de vuelta en unos minutos. Tengo que encontrarme con él aquí. Y ahora si es tan amable de darme su llave...

—Pero... pero... ¿No puede esperarlo aquí abajo?

—¡No, no puedo! —Extendió su mano imperiosamente—. ¡La llave, por favor!

Torpemente, sacó la llave del estante y se la dio. Siguiendo con la mirada sus contoneos hasta el ascensor pensó sin amargura que el miedo era la peor parte de hacerse viejo. La ansiedad nacida del miedo. Un hombre se daba cuenta de que ya no servía de mucho, oh, sí, claro que se daba cuenta. Y se daba cuenta de que su charla no siempre era muy animada, y ya no podía parecer agradable por mucho que lo intentara. Así que aunque en el fondo sabía que era imposible complacer a todo el mundo se esforzaba porque así fuera. Y por eso cometía errores, uno tras otro. Hasta que finalmente no podía soportarse más de lo que los otros lo soportaban. Y se moría.

Pero tal vez, pensó esperanzado, tal vez aquello no estuviera mal hecho. Después de todo la señora Langtry y el señor Dillon “eran” buenos amigos. Y a veces las visitas esperaban en la habitación de un huésped cuando el huésped estaba fuera.

Al mismo tiempo...

Al entrar en la habitación de Roy la mujer cerró la puerta con llave y se apoyó



contra ella descansando brevemente. A continuación, dejando sobre la cama las gafas y el enorme bolso a la moda, se dirigió con resolución a los cuatro cuadros de payasos. Habían llamado su atención desde el primer momento, añadían una nota disorde e incompatible con los conocidos gustos de su propietario. No se encontraban allí como objetos de decoración, así que debían servir para otros propósitos. Y sin ver el simbolismo de los cuatro rostros de sabia sonrisa, Clotho, Lachesis, Atropos y un cuarto autodenominado Destino, Roy Dillon, había supuesto cuál era su propósito.

Tras forzar los dorsos de aquellos cuadros vio que su suposición era correcta.

Su contenido salió en desorden, fajo tras fajo de dinero contante y sonante. Mientras atiborraba precipitadamente su bolso, le impresionó, contra su voluntad, la admiración que sentía por Roy. Debía ser bueno para apilar aquella cantidad. Luego, ahogando la emoción, diciéndose a sí misma que el robo le vendría bien a Roy al dejar en evidencia la infructuosidad del delito, concluyó la tarea.

Aunque el bolso era grande, la pasta abultaba. Casi no podía cerrarlo y no estaba convencida de que permaneciera cerrado.

Lo sopesó con el ceño fruncido. Se lo colocó bajo el brazo, echando un extremo de su estola por encima, y comprobó su aspecto en un espejo. No estaba mal del todo, pensó. Nada mal. ¡Si el maldito chisme no se abriera cuando atravesara el vestíbulo...! Consideró la conveniencia de dejar un poco de dinero pero rápidamente rechazó la idea.

¡Nanay! Necesitaba esa pasta, hasta el último maldito centavo y mucho más incluso.

Se echó un último vistazo en el espejo. Después, con el bolsillo firmemente sujeto bajo su brazo, avanzó hasta la puerta y abrió su cerradura. Y retrocedió con una exclamación de sorpresa.

—Hola Lilly —dijo Roy Dillon.

## VEINTICUATRO

Los principales detalles de la historia eran más o menos lo que Roy se había imaginado.

Primero se produjo la llamada de advertencia desde Baltimore. Después, su frenética huida sin detenerse a reflexionar, como respuesta. Condujo sin descanso lo más lejos que pudo y cuando no pudo más, se metió en aquel parador de Tucson.

El lugar tenía un garaje común en vez de cocheras individuales y eso no le había gustado. Pero estaba demasiado cansada para continuar y como siempre había un empleado de guardia en el garaje, pensó que no había motivo para no pernoctar allí.

Puso su pistola cargada bajo la almohada, se desvistió y se metió en la cama. Sí, naturalmente que cerró la puerta con llave; pero eso tampoco tenía demasiada importancia. En esa clase de sitios, los moteles y paradores turísticos, se pierden muchas llaves, así que generalmente son intercambiables y sirven para todas las puertas. Y sin duda, aquél era el caso del parador.

En fin, se despertó horas más tarde cuando dos manos le apretaban el cuello. Manos que silenciarían cualquier grito que pudiera emitir, mientras la estrangulaban. No pudo ver quién era; no le importaba. Le habían advertido que la matarían, ahora lo estaban haciendo y eso era todo lo que quería saber.

Sacó la pistola de debajo de la almohada. A ciegas la levantó hasta el rostro de su atacante. Y apretó el gatillo. Y... y...

*“Lilly se estremeció convulsivamente, su voz era entrecortada.*

—¡Dios, Roy, no sabes lo que es eso! ¡Lo que significa matar a alguien! ¡Llevas toda la vida oyéndolo y leyéndolo, p-pero..., pero cuando eres tú el que lo hace...!”.

Moira vestía camión, un viejo truco de los intrusos nocturnos.

Cuando los sorprenden en la habitación de otra persona dicen que es puro accidente, que salieron de su habitación por cualquier motivo inocente, y que sin darse cuenta entraron al regresar en otra equivocada.

En el bolsillo de Moira había una llave numerada, la llave de una habitación cercana. También era la llave de salida a la situación de Lilly. Dejaba entrever un plan ya hecho y dispuesto, y sin pensar, sabía lo que debía hacer.

Colocó a Moira en su cama. Borró sus propias huellas de la pistola y presionó los dedos de Moira en la empuñadura para que se grabaran las suyas. Pasó la noche en la habitación de Moira y por la mañana se despidió del hotel bajo el nombre de la otra, vistiendo sus ropas.

Naturalmente, no podía llevarse su propio coche. El coche y el dinero ocultos en él pertenecían ahora a Moira Langtry, ya que Moira era ahora Lillian Dillon y Lilly, Moira Langtry. Y así debía ser para siempre.

“—¡Vaya lío! Y todo para nada. Siempre me he guardado bien de Bobo, pero ahora que ha ocurrido... —Hizo una pausa animándose un poco—. Bien, tal vez es un respiro para mí. Llevo años queriendo salir de este rollo, ahora ya estoy fuera. Puedo empezar en limpio y...

—Ya has empezado —dijo Roy—. Pero a mí no me parece que en limpio.

—Lo siento. —Lilly se ruborizó por su culpabilidad—. Odiaba tener que llevarme tu dinero...

—No lo sientas —dijo Roy—. No te lo vas a llevar”.

Durante un largo instante, un segundo de silencio que duró una eternidad, Lilly permaneció sentada contemplando a su hijo. Se me parece demasiado, pensó, y él tuvo el mismo pensamiento. “¿Por qué no puedo hacerlo comprender?” Pensó. Y él pensó: “¿Por qué no puedo hacerla comprender?”.

Vacilante, movida por la gélida inercia que crecía en su interior, se levantó y se fue al servicio. Se lavó la cara en el lavabo, se la secó con suaves palmadas de toalla y bebió un trago de agua. Después, pensativamente, volvió a llenar el vaso y se lo llevó a su hijo. “Hombre, gracias” dijo él conmovido por la pequeña cortesía, desarmado por ella. Y Lilly se dijo a sí misma: “Lo está pidiendo a gritos, lo ayudé cuando estaba en apuros, y si intenta resistírseme..., bueno, mejor no lo intenta”.

—Esa pasta tiene que ser mía, Roy —dijo—. Moira tenía una cartilla bancaria en su bolso, pero no me sirve de nada. No puedo arriesgarme a sacar la pasta. Sólo llevaba encima unos cuantos cientos de pavos y, ¿qué puñetas voy a hacer yo con eso?

Roy le respondió que podía hacer un montón. Unos cientos de pavos la llevarían hasta San Francisco u otra ciudad cercana. Le permitirían vivir un mes tranquila, mientras se buscaba un empleo.

—¡Un empleo! —se quejó Lilly—. ¡Tengo casi cuarenta años y nunca en mi vida he tenido un empleo honrado!

—Puedes conseguirlo —dijo Roy—. Eres inteligente y atractiva. Hay un buen número de trabajos que podrías desempeñar. Lo único que tienes que hacer es deshacerte del Cadillac, entiérralo. El Cadillac no encajaría en la vida que vas a tener que llevar y...

—¡Corta el rollo! —Lilly lo interrumpió irritada describiendo un gesto cortante con la mano—. Te quedas ahí sentado diciéndome lo que tengo que hacer... Un tipo tan retorcido que tiene que comerse la sopa con sacacorchos.

—No debería tener que decírtelo. Tendrías ya que ser capaz de verlo por ti misma. —Roy se echó hacia adelante con un gesto suplicante—. Un trabajo honrado y una vida tranquila son tu única salida, Lil. Si apareces por las pistas, los chicos de Bobo se te echarán encima.

—¡Eso ya lo sé, maldita sea! Sé que tengo que volar bajo y lo haré pero...

—Es un buen consejo, Lilly. Yo mismo lo voy a seguir.

—¡Ya, claro! ¡Seguro que vas a dejar el timo!

—¿Y qué tiene de extraño? Era lo que tú querías, no dejabas de presionarme.

—Vale —dijo Lilly—. Entonces vas de bueno. Entonces no necesitas ese dinero ¿no? Ni lo necesitas ni lo quieres. Entonces, ¿por qué demonios no vas a dármelo?

Roy suspiró. Intentó explicarle el porqué, explicarle de un modo aceptable la más difícil empresa; esto es, que cuando haces algo que te duele por una persona es por su propio bien. Pero cuando le hablaba, cuando contemplaba su angustia, sin querer admitirlo su mente experimentaba un sádico regocijo. “Tal vez provenía de los recuerdos de su infancia enraizados allí atrás, lejos, en la época en la que había conocido la necesidad y el deseo que le habían sido negados porque tal negación era buena para él”. Ahora era su turno. Ahora podía hacer lo justo, y sí, era justo sencillamente por no hacer nada. Ahora, ahora, ahora, el chulo disciplinaba a su puta escuchando sus súplicas y asestándole un nuevo golpe. Ahora, ahora, ahora, él era el marido sabio y fuerte que se metía a su esposa en un puño. Ahora, ahora, ahora, su subconsciente prestaba atención al lazo que existía entre ellos, el impúdico, prohibido y hasta ahora no admitido lazo. Y por eso debía protegerla, mantenerla alejada del peligro al que el dinero inevitablemente la conduciría. Mantenerla disponible...

—Oye, mira Lilly —dijo intentado razonar—. Ese dinero no te duraría eternamente; puede que unos siete u ocho años. ¿Qué harías entonces?

—Bien... ya se me ocurrirá algo. Por eso no te preocupes.

Roy asintió pausadamente.

—Sí —dijo—. Ya se te ocurrirá algo. Otro rollo peor. Otro Bobo Justus que te abofetee y te haga agujeros en la mano. Ése sería el resultado, Lilly; ése u otro peor. Si no puedes cambiar ahora que aún eres relativamente joven, ¿cómo vas a hacerlo cuando arañes los cincuenta?

*“¿Cincuenta? La palabra poseía un anciano sonido, el hedor de lo oculto; la apariencia de boca de lobo de la muerte...”*

*¿Y Carol? Ah, sí, Carol. Una chica preciosa, una chica deseable.*

*Tal vez, excepto por el hasta ahora inadmitido lazo, ‘LA’ chica. Pero ahora tan sólo un señuelo, un peón en el tablero de la vida, muerte... y amor... entre Roy y Lillian Dillon. Así que”.*

—Así están las cosas, Lil —dijo Roy—. Porque no puedo dejar que tengas ese dinero. Quiero decir, ah...

Su voz se desvaneció poco a poco, sus ojos intentaban apartarse de los de ella. Al cabo de un instante Lilly asintió.

—Sé lo que quieres decir —dijo—. Creo que lo sé.

—Bien... —Gesticuló con sus manos, sintiéndose repentinamente incómodo—. Resulta bastante simple.

—Sí —dijo Lilly—. Es bastante simple. Muy simple. Y también es algo más.

Había un peculiar brillo en sus ojos, una extraña tirantez en su rostro, una apagada afonía en su voz. Mirándolo, estudiándolo, cruzó lentamente una pierna sobre la otra.

—Somos delincuentes, Roy. Admitámoslo...

—No tenemos por qué serlo, Lil. Voy a hacer borrón y cuenta nueva, así que tú también puedes.

—Pero siempre hemos tenido clase. Hemos mantenido nuestras vidas privadas sin tacha. Han existido ciertas cosas que no haríamos...

—¡Lo sé! ¡Por eso no hay problema! Puedo..., podemos...

*“La pierna se balanceaba delicadamente, insinuándose, hablándole. Manteniéndolo hipnotizado”.*

—Roy... ¿y qué si te dijera que no era realmente tu madre?, ¿que no somos parientes?

—¡Ah! —Levantó su mirada perplejo—. Bueno, yo...

—Eso te gustaría ¿no? Claro que te gustaría. No necesitas decírmelo. ¿Y por qué te gustaría, Roy?

Tragó saliva dolorosamente, intentó mostrar una sonrisa de indiferencia. Todo se escapaba de las manos, de sus manos para pasar a las de ella. Enmudeció, se sentía esclavo de la repentina clarividencia de sus sentimientos, de la repentina comprensión de su propio ser.

—Roy... —Un susurro que apenas podía oír.

—¿S-sí? —Tragó saliva dolorosamente—. ¿Sí?

—Quiero el dinero, Roy. Tiene que ser mío. Y ahora, ¿qué tengo que hacer para conseguirlo?

Lilly, dijo, o intentó decir, y tal vez llegó a decir lo que intentaba. Lilly, sabes que no puedes continuar como hasta ahora; sabes que te atraparán, te matarán. Sabes que sólo intento ayudarte. Si no significaras tanto para mí, dejaría que te llevaras el maldito dinero. Pero tengo que detenerte, tengo... tengo...

—Tal vez... —quería hacer las cosas bien—. ¿Quieres decir de verdad que no vas a dármelo, Roy?, ¿no me lo vas a dar?, ¿o me lo darás? ¿No puedo hacerte cambiar de opinión?, ¿qué puedo hacer para conseguirlo?

Y, ¿cómo podía él explicárselo? ¿Cómo podía explicar lo inexplicable? Y ella se levantó y se acercó a él con la misma gracia tentadora con la que Moira acostumbraba a moverse... Moira, otra mujer mayor que él y quien en esencia había sido Lilly... Intentó explicárselo. Y aquella confusión era suficiente para Lilly.

—¿Por qué no te terminas el agua, querido? —dijo ella. Y agradecido, acogiendo aquel breve respiro, Roy levantó su vaso. Y Lilly sujetando con fuerza su pesado bolso, lo balanceó con toda su fuerza.

Es culpa mía, se dijo a sí misma. El modo en que lo crié, su edad, la mía. Reñía y le armaba jaleos como si fuese mi hermano. Es culpa mía, obra mía. Pero ¿qué demonios puedo hacer ya?

El bolso se estrelló contra el vaso haciéndolo añicos. El bolso se abrió por el aire, escupiendo el dinero en un torrente verde. Un torrente salpicado y teñido de rojo.

Lilly lo contempló sobrecogida. Contempló la chorreante herida en el cuello de su hijo. Él se levantó tambaleante de su silla, asiéndose desesperadamente a ella, y un horrible fragmento de cristal rezumaba entre sus dedos. Y dijo escupiendo sangre.

—Lil, yo, por quééé...

Y sus rodillas se doblaron y se desplomó cayendo boca abajo sobre la alfombra de billetes manchados de rojo.

Y todo se terminó así de rápido. Se terminó antes de que ella pudiera decir algo o disculparse... si es que existía algo que decir o por lo que disculparse.

Resueltamente, comenzó a separar con un pie el dinero que no estaba manchado, formando un montón. Lo envolvió en una toalla del baño que se metió en sus ropas, y echó un último vistazo a la habitación.

Parecía que todo quedaba claro. Su hijo había sido asesinado por Moira, por alguien que no existía. Claro que habría huellas dactilares suyas por toda la habitación pero eso no significaba nada. Después de todo, ella había visitado a Roy en alguna ocasión, y además, Lilly Dillon estaba oficialmente muerta.

“Y tal vez sea verdad”, pensó. “¡Tal vez desearía estarlo!”.

Abrazándose a sí misma dejó que sus ojos se posaran sobre su hijo. Un brusco sollozo le recorrió todo el cuerpo y rompió a llorar sin control.

Pero se le pasó.

Se rió. Miró aquello que había en el suelo casi con sarcasmo. “Bien, chico, es sólo un cuello ¿eh?”.

Y después salió de la habitación y del hotel y se adentró en la ciudad de Los Ángeles.



**JIM THOMPSON.** (Anadarko, 1906 – Los Ángeles, 1977). Es uno de los mayores exponentes de la novela policíaca norteamericana del siglo xx, además de un notable guionista cinematográfico. Escribió relatos, novelas y colaboró con la industria cinematográfica de Hollywood, firmando guiones para películas de la categoría de *Atraco perfecto*, dirigida por Stanley Kubrick. Entre sus novelas, son memorables *El asesino dentro de mí*, *Noche salvaje*, *Una mujer endemoniada*, *Un cuchillo en la mirada*, *La huida*, *Los timadores*, *1.280 almas* e *Hijo de la ira*.